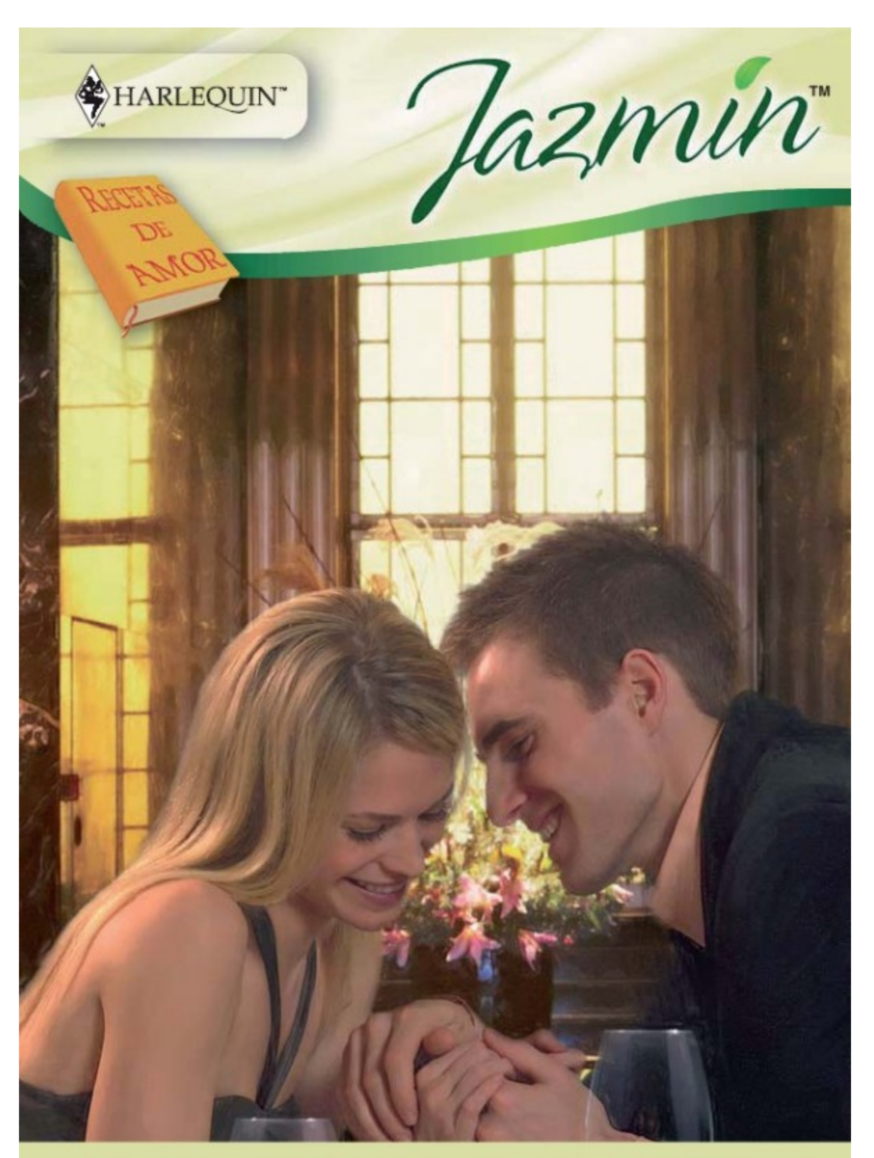



# Destino compartido

JACKIE BRAUN

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

DESTINO COMPARTIDO, N.º 51 - enero 2011
Título original: America's Star-Crossed Sweethearts
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9742-6
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa




# Destino compartido

JACKIE BRAUN



# Prólogo

Angelo Casali esperó con las piernas abiertas en la base del bateador. Sostuvo el bate levantado, justo detrás de su oreja derecha. Era el final de la novena entrada después de haber eliminado a dos jugadores rivales, y los Rogues iban perdiendo por dos. Los corredores que esperaban en las bases estaban ansiosos por ver cómo el Ángel de Nueva York realizaba un milagro. Tanto ellos como los seguidores del equipo tenían todas sus esperanzas puestas en él.

El lanzador del equipo rival miró fijamente a Angelo Kyle Morris poseía uno de los mejores brazos de la liga. Eran pocos los bateadores que lograban darle a las pelotas que lanzaba, pero Angelo era uno de ellos.

Morris levantó la pierna antes de girar el brazo y lanzar la pelota, que se dirigió hacia donde estaba Angelo con la velocidad de una bala. Pero éste estaba preparado, con la mirada clavada en la trayectoria. Movió el bate en el momento perfecto, con todas sus fuerzas. Nada más golpear la pelota, sintió dolor en el hombro, pero la multitud lo estaba ovacionando y él se dijo que merecía la pena.

Dejó caer el bate y empezó a correr hacia la primera base, sin prisa. La pelota todavía iba volando por las nubes.

Todos sus admiradores se habían puesto en pie y coreaban su nombre.

–¡Ángel! ¡Ángel! ¡Ángel!

Sus gritos le dieron fuerza y eso, junto a la adrenalina que corría por sus venas, hizo que pudiese ignorar el dolor. Recorrió las bases al trote, con el brazo levantado en señal de triunfo. Cuando llegó a la base del bateador lo estaban esperando sus compañeros para felicitarlo con gritos y palmadas en la espalda. Él siguió sonriendo a pesar del dolor, continuó disfrutando del momento. ¿Cómo no iba a hacerlo? Los Rogues acababan de conseguir un puesto en la final. Era el héroe de la ciudad.

Veinticuatro horas después, Angelo se sujetaba la bolsa de hielo con una mano mientras levantaba una cerveza con la otra. Estaba solo en su apartamento del Upper East Side de Nueva York. Si cerraba los ojos, todavía podía oír a la multitud aclamándolo. No obstante, el momento se vio enturbiado por la posibilidad de tener que colgar las botas para siempre.

¿Qué haría entonces? La incertidumbre lo molestaba todavía más que el dolor del hombro.

Le estaba dando otro trago a la cerveza, en vez de tomarse la medicación que le había mandado el médico del equipo, cuando sonó su teléfono móvil. Miró la pantalla, pensando que sería otro periodista, y vio que se trataba de su hermano, Alessandro.

Sonrió y descolgó.

–Alex. Hola.

–¿Cómo estás?

–Nunca había estado mejor –mintió.

–Si no hablamos de tu hombro, claro.

–Sí, es verdad. ¿Qué haces?

–Tomarme una cerveza. He tenido un día muy largo.

–Lo mismo estoy haciendo yo.

Angelo se quitó la bolsa de hielo del hombro y fue hacia la cocina por otra cerveza. Deseó poder compartirla con su hermano gemelo en persona. Todavía le sorprendía que Alex tuviese un rancho en Texas, y que ambos hubiesen llegado tan lejos a pesar de su caótica niñez.

–Entonces, ¿tienes el hombro tan mal como dice la prensa? –le preguntó Alex.

–Ya sabes cómo son esos buitres. Dirían cualquier cosa con tal de conseguir audiencia –contestó él.

Pero no consiguió engañar a su hermano.

–No vas a volver a jugar esta temporada, ¿verdad?

–No.

–¿Y la próxima?

–Por supuesto que sí. Después de la operación y de la rehabilitación, me dejarán como nuevo. Soy demasiado joven para retirarme.

Era mentira y ambos lo sabían. Con treinta y ocho años, era casi un anciano para el béisbol. Antes de la lesión, siempre había sido el

puntal del equipo, pero sus piernas ya no eran tan fuertes como antes, y los directivos del equipo lo sabían.

–Parece que vas a tener algo de tiempo libre –comentó Alex.

–Sí, tal vez vaya a verte a Texas. Así podré conocer mejor a tu futura esposa y a su hija.

Todavía le sorprendía que su hermano se hubiese enamorado en tan poco tiempo.

–Me encantaría –le dijo Alex–. Aunque aún me gustaría más que aprovechases para ir a Italia.

Angelo cerró los ojos.

–No vuelvas a empezar con eso –murmuró.

Hacía semanas que su hermano intentaba convencerlo de que fuese a ver a su padre, y a conocer al resto de la familia, que vivía en Monta Correnti, lugar donde ambos habían nacido.

–Ve y haz las paces. No lo lamentarás –insistió Alex.

–No tengo que hacer ningunas paces. Estoy bien como estoy.

–¿Bien? Sigues enfadado, Angelo.

–Es verdad –admitió–. ¿Dónde estaba nuestra familia cuando no teníamos para comer, o cuando nos dejaron en un hogar de acogida? ¿Dónde estaba Luca? –inquirió, refiriéndose a su padre–. Entonces nadie nos invitó a ir a Italia.

Angelo pensaba que su padre se había deshecho de ellos enviándolos a Boston a vivir con su madre, a la que le gustaba más salir de fiesta que criar hijos. Por entonces, ellos tenían tres años. A los catorce, su madre alcohólica había fallecido y ellos se habían quedado en un hogar de acogida.

–No lo sabían, Angelo. Ni siquiera Luca sabía cuál era la situación.

–No lo sabían porque no se molestaron en averiguarlo –replicó él.

Angelo lo tenía muy claro: su familia italiana no había querido saber nada de ellos en el pasado, y en ese momento era él quien no quería verlos.

Ya había hecho caso omiso del correo electrónico de su hermanastra Isabella, gracias al cual se había enterado de que tenía tres hermanastros en Monta Correnti, nacidos de un segundo matrimonio de Luca. Tampoco había contestado a la invitación de boda de su prima, que había crecido en Australia.

–Luca se arrepiente de la decisión que tomó, pero no puede dar marcha atrás. Sólo puede cambiar el futuro. Ve a Italia, Angelo, y pasa una semana en Monta Correnti. O dos. Te vendrán bien unas vacaciones. Ya te he reservado un vuelo y alojamiento. Te enviaré los datos por correo electrónico. Ya me lo pagarás cuando quieras.

–Te haré un cheque mañana mismo, pero no pienso ir.

–Si no lo haces por ti mismo, hazlo por mí. Te lo estoy pidiendo por favor.

–Eso me parece un golpe muy bajo.

–Bajo, pero eficaz. Luego hablamos, ¿vale?

–No sé si debo darte las gracias. No lo des por hecho –le dijo Angelo antes de colgar.

# Capítulo 1

Atlanta Jackson suspiró mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero de su habitación de hotel. ¿De verdad era ella, esa mujer pálida y ojerosa que la miraba desde el otro lado?

El pelo lo llevaba bien, era como una cascada de rizos rubios, casi blancos, pero tenía la piel demasiado blanca. Había adelgazado mucho en los últimos meses.

Sonrió. Zeke odiaría aquel vestido azul marino. Por eso mismo se lo había comprado el día anterior en una cara boutique de la Quinta Avenida. En el exterior, la habían esperado los paparazzi y la habían abucheado un par de viandantes. Tanto comprarlo como ponérselo habían sido actos de rebeldía.

Zeke Compton, su mánager, mentor y, según él mismo, su mesías, nunca le había permitido que se vistiese de azul marino. Siempre decía que era un color demasiado cercano al negro, otro color que le tenía prohibido porque decía que era ir de luto.

–¿Qué motivos tendría la actriz favorita de Estados Unidos para estar triste? –le había preguntado en una ocasión en la que su estilista le había sugerido que se pusiese un vestido de color ónice de Oscar de la Renta para pasearse por la alfombra roja.

Con el tiempo, ella también había aprendido que el público no quería saber la verdad, que sólo quería cuentos de hadas o escándalos emocionantes. El público jamás aceptaría que estuviese cansada, o que la estuviesen manipulando, ni que se sintiese hastiada de vivir en una mentira.

Se puso unos zapatos planos, de punta redonda, que tampoco le habrían gustado a Zeke.

–Eres demasiado baja para ir con menos de tres centímetros de tacón –había decretado en otra ocasión.

Por entonces, su relación ya era algo más que profesional y ella se había mudado a vivir a su casa de Bellair.

Atlanta no era baja, pero le había hecho caso a Zeke, tanto con la ropa y el calzado como con todo lo demás. Siempre había hecho

caso a los hombres que habían pasado por su vida, una costumbre que tenía desde la niñez.

«A las niñas pequeñas que no hacen caso les pasan cosas malas», le habían dicho muchas veces.

Atlanta se obligó a apartar aquel oscuro recuerdo de su mente y miró su reloj. Era hora de marcharse. Gracias a Dios. Tenía tantas ganas de dejar Nueva York como las había tenido de marcharse de Los Ángeles. No estaba a gusto en ninguna de las dos ciudades después de que Zeke hubiese puesto a la opinión pública en su contra.

En el ascensor, comprobó el contenido de su bolso una vez más para asegurarse de que tenía el itinerario, los billetes y el pasaporte. Su equipaje la esperaba abajo, lo mismo que la limusina que había encargado. Sólo tendría que correr delante de unos pocos paparazzi antes de relajarse detrás de los cristales tintados del vehículo.

Y unas doce horas más tarde estaría en Monta Correnti, Italia. Su estilista, una de las pocas personas de su vida anterior que todavía le hablaban, le había asegurado que era el lugar ideal para descansar.

Ojalá Karen Somerville tuviese razón, porque estaba a punto de estallar. Respiró hondo y se puso las gafas de sol antes de que se abriesen las puertas del ascensor.

–Ya ha comenzado la función –murmuró.

Con las gafas de sol puestas, Angelo entró en la sala VIP del aeropuerto internacional de Nueva York como si no pasase nada. La imagen lo era todo, en especial, en aquellos momentos en los que tanto se estaba especulando acerca de su carrera.

El médico le había dicho que tenía que operarse, y que tal vez su hombro ya no quedase como para seguir siendo jugador profesional de béisbol, pero, en vez de pasar por quirófano, Angelo había decidido hacer caso a su hermano y viajar a Italia, donde pasaría un par de semanas. No tenía intención de retomar la relación con su padre, pero sabía que yendo a Monta Correnti tranquilizaría a Alex. Además, sería un buen lugar para ocultarse de la prensa y pensar en su futuro.

En el bar de la sala VIP había sólo un par de personas. Ninguna levantó la vista cuando él entró. Todas eran personas importantes,

no se emocionaban al verlo o, si lo hacían, mantenían la compostura. Eso esperó Angelo que estuviese haciendo la espectacular rubia que había sentada al lado de la ventana.

A pesar de las enormes gafas de sol, era fácil reconocer a Atlanta Jackson. La actriz había protagonizado una docena de películas muy taquilleras. Angelo estudió su nariz pequeña, los labios carnosos y la melena rubia que le caía sobre los hombros. Y sintió interés. Se habían conocido varios años antes en una discoteca de Nueva York y habían hablado unos minutos. Él había intentado ligar con ella, pero Atlanta lo había rechazado.

Ella cruzó las piernas, dejando al descubierto todavía más carne de sus muslos, y el interés se convirtió en deseo. Había pocas mujeres como aquélla, con las piernas tan largas y esbeltas. Aunque estaba un poco más delgada de lo que él recordaba. Y Angelo creía saber por qué. La prensa se había cebado con ella desde que había dejado de salir con su mánager.

Angelo había leído que el tipo la acusaba de haberlo engañado con varios hombres a lo largo de los años, incluso con su hijo, de veinticuatro años.

¿Sería verdad?

A él no le había parecido ese tipo de mujer cuando le había dado calabazas en la discoteca. Con aquello en mente, se acercó a su mesa y esperó a que ella lo mirase para hablar.

–Te invitaría a una copa, pero seguro que la rechazarías. Así que, ¿qué te parece si charlamos un rato hasta que sea la hora de embarcar?

Ella sonrió, divertida.

–Tal y como están los tiempos, ha sido muy original, señor Casali.

–Gracias –respondió él, sin esperar a que lo invitase a tomar asiento–. Así que te acuerdas de mí. No estaba seguro, han pasado varios años.

–Bueno, últimamente ha salido mucho en las noticias.

–Lo mismo podría decir yo de ti.

–Sí, es verdad.

–¿Por eso no te quitas las gafas de sol?

–Tal vez. ¿Y usted?

–Por supuesto. Como he visto que tú y yo éramos los únicos que

las llevábamos en toda la sala, he pensado que lo mejor sería unir nuestras fuerzas. Ya sabes, jugar en el mismo equipo.

–¿Está seguro de que quiere que esté en su equipo después de todo lo que se ha dicho de mí, señor Casali?

–Me llamo Angelo –la corrigió él–. Consideraremos esto como una prueba.

Atlanta se echó a reír. Hacía mucho tiempo que nadie le hacía una prueba, sino que, más bien, escribían los papeles de las películas pensando en ella. Todo el mundo en Hollywood sabía que nadie hacía el papel de arpía vulnerable como ella.

–¿Y si soy yo la que no quiere formar parte de tu equipo?

–Claro que quieres.

Atlanta deseó sentirse molesta, pero lo cierto era que se sentía intrigada, y tal vez un tanto envidiosa. A pesar de parecer una persona segura de sí misma delante de la cámara, era algo en lo que debía trabajar en su vida real.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Porque todo el mundo quiere estar en el equipo ganador.

–¿Y ése es el tuyo?

–Por supuesto. Los Rogues están en la final gracias a mí. Vamos a ir al Mundial.

–Todavía no lo sabes.

–Por supuesto que sí, estaremos allí.

–¿Tú también? Entonces, ¿se equivoca la prensa contigo?

Atlanta le miró el hombro y pensó que no parecía pasarle nada.

–Ya conoces a la prensa. Cuando huele la sangre, se vuelve despiadada.

Ella pensó en Zeke y dijo:

–Y lo es todavía más cuando tiene fuentes que la alimentan.

«Yo te creé, yo te arruinaré», le había dicho Zeke como despedida. Ella no lo había creído capaz por entonces, pero lo había sido.

Al parecer, Angelo era mucho menos ingenuo que ella.

–El mundo está lleno de personas deseosas de venderte, no se puede confiar en cualquiera.

–En estos momentos, no confío en nadie –le respondió ella, sorprendiéndose a sí misma–. ¿Y tú, en quién confías?

–En mi gemelo –le dijo él sin dudarlo–. Alex siempre me ha

apoyado.

–¿Tienes un hermano gemelo? –Atlanta se preguntó si podía ser cierto que hubiese en la Tierra otro hombre tan guapo como aquél–. ¿Sois idénticos?

–No del todo. Yo soy más guapo.

–Y más modesto también, ¿no?

–Por supuesto –respondió Angelo, levantándose las gafas de sol y guiñándole un ojo–. Y se me dan mejor las mujeres.

Además de sexy, y de tener un gran ego, Angelo era simpático, y Atlanta pensó que no podría hacerle ningún mal su compañía, estando en un lugar público.

Así que se acercó más a él y le dijo:

–Bueno, don Juan, pues si voy a jugar en tu equipo, tal vez debas explicarme a qué estamos jugando.

–A la distracción.

–¿Es ése el nombre del juego o su objetivo?

–Ambas cosas.

–Me siento intrigada. Cuéntame más.

Angelo miró el Rolex que llevaba en la muñeca.

–A ver, faltan una hora y cuarenta minutos para que salga mi vuelo. Podría ir a sentarme solo y tomarme algo mientras espero, o podría sentarme aquí contigo y disfrutar de alguna conversación fascinante.

–¿Y qué te hace pensar que la conversación sería fascinante?

–Que tú eres una mujer fascinante.

Aquello hizo que Atlanta contuviese la respiración. Era evidente que en esos momentos tenía la autoestima por los suelos.

–Me ha gustado tu respuesta –admitió.

–¿Ha sido suficiente para poder invitarte a tomar algo?

–Tanto, que soy yo la que invita.

Angelo le hizo un gesto a una camarera para que se acercase y ambos pidieron. Una cerveza para él y un té con hielo para ella.

Cuando la camarera se marchó, Angelo se quedó con el ceño fruncido.

–¿Ocurre algo? –quiso saber Atlanta.

–Que pensé que pedirías otra cosa.

–¿Como una copa de champán, tal vez?

–En una ocasión, leí que te bañabas en él.

–Yo también lo leí.

–¿No es verdad?

–Me temo que no.

–Pues me siento decepcionado. Iba a preguntarte cómo era tener todas esas burbujas acariciando tu piel desnuda –le dijo él sonriendo.

Y a Atlanta se le puso la piel de gallina.

–La verdad es que prefiero ducharme a bañarme. Y no bebo –le contó.

–¿Nada en absoluto?

–Muy poco últimamente –prefería tener la mente despierta.

–Yo tampoco.

–Pues acabas de pedir una cerveza.

Angelo dejó de sonreír.

–Son circunstancias especiales.

–No te gusta volar –adivinó Atlanta. Era una fobia que entendía porque ella también se ponía nerviosa antes de que despegase el avión.

Pero Angelo negó con la cabeza.

–No, volar me da igual. Me paso el día haciéndolo. Es hablar con una mujer preciosa lo que me inquieta –respondió, volviendo a sonreír.

–Pues hasta ahora lo has hecho muy bien sin la ayuda del alcohol –comentó ella.

–¿A qué hora es tu vuelo? –le preguntó Angelo, sin que viniese a cuento.

–A las dos y cuarenta y pico.

–Como el mío, lo que significa que tengo una hora y media para humillarme. No quiero correr riesgos.

–Seguro que, si hablamos de temas banales, todo irá bien.

Así que eso fue lo que hicieron.

Muy a su pesar, Angelo miró su reloj algo más de una hora después. Pronto tendría que marcharse. Y no era sólo pensar en lo que lo esperaba en Italia lo que lo molestaba. No recordaba la última vez que había charlado tan a gusto con una mujer, y con la ropa puesta, aunque tanto Atlanta como él se habían quitado las gafas de sol.

–Si tu vuelo fuese más tarde, retrasaría el mío también –le dijo Angelo sonriendo.

–Seguro que sí –bromeó ella.

–De verdad –Angelo alargó la mano y tomó la suya–. Si te soy sincero, no esperaba pasarlo tan bien.

Ella frunció el ceño y apartó la mano.

–Gracias.

–Lo siento, supongo que no ha sido el cumplido más adecuado. Ya te he dicho que me pongo nervioso con las mujeres guapas.

Aunque la verdad era que nunca se había sentido tan torpe como con Atlanta.

Ella se echó a reír.

–Estás perdonado. Yo te agradezco que me hayas entretenido este rato.

–Tal vez podamos volver a vernos cuando ambos volvamos a Estados Unidos. Si vas a estar en Nueva York, va a haber una exposición nueva en el Metropolitan.

–¿El Metropolitan? –preguntó ella, sorprendida.

–Soy mecenas. Seguro que pensabas que era el típico bruto al que sólo le interesa el béisbol.

–No, la verdad es que no. No te conozco lo suficiente para sacar esa conclusión.

–Pues casi todo el mundo lo hace.

Atlanta suspiró.

–Mira, Angelo, te agradezco la invitación, pero ahora mismo mi vida es muy complicada.

–Es la segunda vez que me rechazas. Perdona que te lo diga, pero eres un horror para el ego de los hombres.

–Seguro que sobrevivirás –contestó ella sonriendo.

Atlanta no solía hacer nada de manera espontánea. Con Zeke, había aprendido a planear todos sus movimientos. Así que no tenía pensado besar a Angelo Casali, pero se inclinó sobre la mesa y le dio un leve beso en los labios.

Fue un gesto inocente. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así con un hombre, y ese fue el motivo por el que se apartó.

Tomó su bolso y su maleta y se puso en pie. A pesar de que le temblaban un poco las piernas, fue capaz de hablar con voz firme.

Atlanta pasó por el cuarto de baño después de despedirse de Angelo. Respiró hondo varias veces hasta que hubo recuperado la compostura. Luego se retocó el maquillaje, volvió a ponerse las gafas de sol y fue hacia su puerta de embarque. Llegó justo cuando estaban haciendo la última llamada para el vuelo 174 con destino a Roma. Una azafata la ayudó a colocar la maleta en uno de los compartimentos superiores del avión y luego Atlanta se giró para buscar su asiento.

–Creo que te estás pasando un poco, cariño –le dijo una voz masculina.

Atlanta se volvió y vio a Angelo, que estaba sentado dos filas más atrás que ella, al otro lado del pasillo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió ella sin pensarlo.

Él se abrochó el cinturón.

–Me estoy preparando para el despegue –le contestó.

–¿Me… me estás siguiendo?

Atlanta se sintió inmediatamente como una tonta por haber hecho aquella pregunta.

–La que decía que tenía el ego herido. A mí me parece que está en perfectas condiciones.

Ella miró a su alrededor. Por suerte, ninguno de los pasajeros de primera clase estaba prestando atención a su conversación.

–Así que vas a Italia –consiguió decir Atlanta.

–Sí. ¿Está el asiento de al lado del tuyo vacío?

Angelo no esperó la respuesta. Se desabrochó el cinturón, se levantó y fue a sentarse a su lado. El viaje a Italia se estaba poniendo interesante.

# Capítulo 2

–¿Y cómo es que vas a Italia? –le preguntó Angelo cuando el avión hubo despegado–. ¿A rodar alguna película?

–No, de vacaciones. Necesito pasar algo de tiempo a solas, sin que me persiga la prensa.

–¿Así que has decidido ir a una ciudad tan pequeña como Roma?

–No, no me quedo en Roma –respondió ella, bajando la voz–. Voy a un pequeño pueblo que está situado más al sur, sobre una colina. Al parecer, sus habitantes son muy discretos con los personajes públicos.

Angelo pensó que era imposible, pero tenía que preguntárselo.

–¿No irás a Monta Correnti, por casualidad?

–¿Lo conoces? –dijo ella, palideciendo–. ¿No irás tú…?

–Sí –contestó él, echándose a reír.

Varios pasajeros los miraron, así que tuvieron que disimular.

Un par de horas después, a Angelo le había empezado a doler bastante el hombro. Atlanta estaba leyendo una revista o, más bien, fingiendo hacerlo, ya que llevaba veinte minutos sin pasar la página.

Angelo abrió la botella de agua mineral que le había pedido a la azafata y se tomó un par de pastillas que le había dado el médico para el dolor.

–¿Tanto te duele? –le preguntó Atlanta, cerrando la revista.

–Se me pasará –dijo él.

Pronto se quedó dormido con las pastillas y no se despertó hasta poco antes de que aterrizase el avión. Tenía hambre, ya que se había perdido la cena.

Miró por la ventanilla y vio Italia por primera vez después de treinta y cinco años. A pesar del embriagador perfume de Atlanta, no podía olvidar qué había ido a hacer allí.

–¿Has dormido bien? –le preguntó ella.

–Como un bebé.

–Pues has gemido varias veces. He pensado que debía de dolerte el hombro.

–He tenido sueños eróticos –la corrigió él, guiñándole un ojo.

–¿Por qué habré preguntado? –dio Atlanta, poniendo los ojos en blanco.

La azafata pidió a Angelo que pusiese el asiento en posición vertical. Él cambió de postura y se le escapó un gemido de dolor.

–Al parecer, sigues soñando despierto –comentó Atlanta.

–¿Quieres que te cuente los detalles? –le preguntó él con una sonrisa pícara.

–No hace falta.

–Y dime, ¿cuánto tiempo vas a quedarte en Monta…?

–Shhh –lo reprendió Atlanta, mirando a su alrededor.

–¿Cuánto tiempo? –repitió él en un susurro.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Siento curiosidad por saber cuánto tiempo voy a tener para convencerte. Antes o después, tendremos que compartir una botella de vino, aunque digas que no bebes.

–Tres semanas, tal vez cuatro –respondió ella, suspirando. Estaba deseando llegar.

–Yo estaré, como mucho, dos semanas. No me has dicho por qué has elegido Monta… –se detuvo antes de decir el nombre completo–. MC como destino, casi ni aparece en los mapas.

–Por eso mismo.

–Ah, es verdad. Estás escondiéndote.

Atlanta frunció el ceño.

–Eso me hace sentir como si fuese una cobarde.

–Lo siento. No quería…

–Da igual. Supongo que me estoy escondiendo. Necesito recargar las pilas. Ha sido mi estilista la que me ha sugerido el sitio. Al parecer, hace un par de años salió con un actor famoso, estuvieron allí juntos y nadie los molestó.

–La verdad es que no tiene nada que ver con Los Ángeles, ni con Nueva York.

–He encontrado un par de fotografías en Google –le contó Atlanta–. Parece un pueblo pintoresco, algo antiguo, como si se tratase de una instantánea del pasado.

De su pasado.

Atlanta le miró el hombro.

–¿Tú también quieres perderte durante unos días? –le preguntó.

–No exactamente –Angelo respiró hondo antes de admitir–: Mi padre vive allí.

Atlanta se quedó sorprendida.

–Sí, tengo padre –comentó él en tono seco.

–A juzgar por tu expresión, no debéis de tener una buena relación.

–Hace treinta y cinco años que no lo veo –ni tenía ganas de hacerlo.

–Vaya, lo siento.

Él se echó a reír para ocultar el dolor que no podía admitir que estaba sintiendo.

–No pasa nada. No lo he necesitado y, por lo tanto, no lo he echado de menos. De hecho, casi ni me acuerdo de él.

–Entonces, ¿por qué vas a verlo? Perdona que te lo pregunte –añadió ella.

Angelo se encogió de hombros y volvió a sentir dolor.

–Mi hermano me ha comprado el billete y me ha reservado el alojamiento. Alex piensa que es muy importante que haga las paces con nuestro padre.

–Pero tú no estás de acuerdo –adivinó Atlanta.

–Es una historia muy larga, pero ¿qué voy a ganar haciéndolas?

–No puedo responder a esa pregunta –admitió ella–. Yo hace años que tampoco veo a mi madre.

–Mi hermano quiere que volvamos a reunirnos todos porque ha conocido a una mujer y va a casarse. Está enamorado.

–Y veo que a ti no te hace ninguna ilusión.

–No tengo nada en contra del amor. Me alegro por él.

¿Cómo no iba a alegrarse? Allie, la mujer con la que Alex iba a casarse, era guapa, buena persona e inteligente. Y tenía una hija a la que su hermano adoraba. Juntos, formaban una familia. Si la idea hacía que él se sintiese solo en ciertas ocasiones, era su problema. Lo superaría.

–¿Has estado enamorado alguna vez? –le preguntó Atlanta.

–Haces muchas preguntas –bromeó él, estirando las piernas y deseando poder darse un baño.

–Lo siento –se disculpó ella–. ¿Y?

–No. Me gustan demasiado las mujeres como para comprometerme con una en particular.

–Qué romántico.

–Romántico, no, pero realista. Podría decirte que no he encontrado a la persona adecuada, y que creo que ésta no existe.

–Al parecer, tu hermano es de otra opinión.

Angelo levantó un dedo.

–Permite que te lo aclare. No creo que exista la mujer adecuada para mí, pero si existiese, sería rubia, tan alta como tú y con unas piernas igual de largas.

Atlanta se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

–¿Sueles tener éxito con esas frases?

–Al parecer, no –respondió él, fingiendo decepción.

–Eres incorregible.

–Lo sé. Eso mismo me dijo un juez antes de mandarme a un centro de menores cuando era niño –comentó, como si no tuviese importancia. Antes de que a Atlanta le diese tiempo a hacer comentarios, añadió–: No voy a molestarme en preguntarte si tú has estado enamorada alguna vez. Has vivido con ese tal Zeke durante… ¿cuánto tiempo? ¿Una década?

–Más o menos –murmuró ella.

–Me extraña que no te pidiese que te casases con él. Si yo fuese de los tipos a los que les gusta comprometerse, te lo habría pedido después de la primera cita.

–Veo que no lees mucho las revistas –respondió ella–. Zeke me lo pidió muchas veces. Quería casarse conmigo y tener hijos, pero yo le dije que no. Mi cuerpo es todo lo que tengo. ¿Qué haría si engordase?

El piloto anunció que iban a aterrizar y los informó de la hora local y la temperatura. Cuando terminó, Angelo le preguntó a Atlanta:

–¿Debo disculparme por haber sido indiscreto?

Ella sonrió ligeramente.

–¿Lo sientes de verdad?

–No, tenía demasiada curiosidad. Eres todo un enigma.

–¿Yo? –rió ella–. Si todo el mundo lo sabe todo de mí.

Angelo pensó que también todo el mundo creía saberlo todo de él. Después de su lesión, había empezado a preguntarse si de verdad

se conocía a sí mismo.

Alex le había asegurado a Angelo que habría un coche esperándolo en el aeropuerto.

A Atlanta también la estarían esperando, pero siguieron juntos después de aterrizar.

–¿Quieres que te ayude con las maletas? –le preguntó ella.

–Eso debería haberlo dicho yo.

–Pero tienes el hombro mal.

–Puedo solo –dijo Angelo, entre dientes.

Esperaron juntos y Atlanta recogió sus cuatro maletas antes de que a Angelo le diese tiempo a ayudarla. Luego llegó la de él, grande, pero sólo una.

–Pensé que habías dicho que ibas a quedarte en Italia menos de un mes –comentó él–. A juzgar por la cantidad de equipaje que llevas, cualquiera diría que vas a quedarte a vivir.

–Me gusta la ropa, y los zapatos.

–Eso es evidente. Podrías vestir a toda la población de un país pequeño.

Ella arrugó la nariz.

–Lo siento, pero soy muy egoísta, sobre todo con mis zapatos. No los comparto.

–¿Cuántos pares traes?

–Doce, más los que llevo puestos. Y casi todos con poco tacón –anunció encantada.

–¿No traes zapatos de tacón?

–Ni uno.

–Vaya.

Angelo vio su maleta y esperó a tenerla al lado para levantarla.

–La tengo –gruñó.

–Por supuesto que la tienes, hombretón. No necesitas a nadie.

Angelo se echó a reír, aunque sabía que era cierto, no necesitaba a nadie. Había aprendido a confiar sólo en su hermano, y en sus compañeros de equipo.

El mozo que llevaba el carrito para las maletas dio por hecho que estaban juntos y las puso todas juntas.

–Vamos a tener que darle una buena propina –comentó Angelo entre dientes.

–Bueno, podemos permitírnoslo.

Era cierto. Atlanta era una de las pocas mujeres que había conocido que ganaba tanto dinero como él, tal vez más.

No obstante, Angelo le dijo:

–Esto corre de mi cuenta, que tú ya has pagado las bebidas en el aeropuerto de Nueva York.

–*Grazie mille* –respondió ella, batiendo las pestañas con gracia.

Después de pasar por la aduana y salir al recibidor, varios fotógrafos empezaron a gritar el nombre de Atlanta y a hacer instantáneas. Ella se escudó con la mano y, de repente, la alegre y cándida mujer con la que Angelo había pasado las últimas horas se convirtió en un monstruo.

Todo por culpa de la fama.

Pensó que pronto empezarían a gritar su nombre también. Era el día de suerte de aquellos parásitos, ya que había dos personajes famosos estadounidenses juntos.

–Voy un minuto al cuarto de baño –le dijo Atlanta en un susurro–. Vete tú delante a tu coche y dile al mozo que me espere con mis maletas, por favor.

–¿Divide y vencerás? –le preguntó él.

–A ver si tenemos suerte.

–Nos veremos en MC.

Ella no contestó. Ya se había metido en el cuarto de baño.

Angelo se giró. Se había puesto las gafas de sol, pero no le hacían falta. En cuanto Atlanta había desaparecido, los fotógrafos habían bajado las cámaras. Al parecer, no lo habían reconocido y eso le molestó, pero después se dijo a sí mismo que el béisbol era un juego estadounidense, y que era normal que no lo conociesen fuera de su país.

Debía haberse sentido aliviado, pero no fue así. ¿Sería así su vida cuando se retirase? ¿Nadie lo reconocería? ¿Volvería a la oscuridad de la que provenía?

El mozo que les llevaba las maletas le dijo algo en italiano. Era su lengua materna, pero no lo entendió.

–Lo siento, pero sólo hablo inglés.

–¿Taxi? –le preguntó el hombre.

–Me están esperando.

Vio a un chófer que tenía en la mano un cartel con su nombre.

–Allí.

–¿*Signorina*? –preguntó el mozo, mirando hacia el cuarto de baño.

Atlanta le había dicho que también la estarían esperando, pero Angelo le pidió al mozo que esperase con él allí.

Supieron que había salido del cuarto de baño cuando los paparazzi se lanzaron sobre ellos.

–Te he dicho que te marchases –le dijo Atlanta a Angelo al acercarse.

–Se me da mal obedecer órdenes –respondió él–. Cosa de hombres.

–Les estás dando un titular.

–Si ni siquiera saben quién soy.

–Aquí, no, pero en casa, lo sabrán. Dirán que eres mi última conquista.

–¿Sí?

–No te sientas orgulloso. Te aseguro que no es nada bueno.

–Para ti –replicó Angelo, esperando hacerla sonreír.

Pero ella siguió seria.

–Tienes que salir de aquí –le dijo Angelo.

–Pues, al parecer, mi coche no ha llegado –comentó ella, riendo con nerviosismo.

–Esto es Italia –le recordó él–. Ven conmigo. Vamos al mismo sitio.

Le tendió la mano, pero ella la rechazó.

–No, no. Gracias, pero esperaré mi coche.

Los fotógrafos hicieron un par de fotografías más. Muchas personas se estaban acercando también a ver qué ocurría.

–¿Estás segura de que quieres esperar? –insistió.

–No.

Atlanta, Angelo y el mozo corrieron hacia el coche juntos. Angelo le dio al último unos billetes de propina y se metió al coche. El mozo sonrió al ver lo que le había dado y él sonrió también, pero por diferentes motivos.

# Capítulo 3

Atlanta dio por hecho que, cuanto más cerca estuviese de Monta Correnti y de la casa que había alquilado allí, más se relajaría, pero le estaba pasando justo lo contrario. Probablemente, era porque aquel pequeño pueblo era también el destino de Angelo Casali.

Sería normal que se encontrasen una o dos veces durante las dos siguientes semanas, pero no quería que aquello se convirtiese en una costumbre. Estaba disfrutando de su compañía, tal vez, demasiado. Le resultaba un hombre divertido y, muy a su pesar, interesante. Además, era muy atractivo. No podía dejar de pensar en el beso que le había dado. Le había hecho desear algo que había perdido hacía mucho tiempo, algo que jamás recuperaría.

Era una suerte que ninguno de los dos estuviese allí realmente de vacaciones. Él había ido a encontrarse con su padre y, ella, a escapar de los medios de comunicación. Tenía una carrera y una reputación que salvar. Una vida que emprender sin la influencia de ningún hombre. Cuando el Mercedes se detuvo delante de una casa de dos pisos, Atlanta ya se había aprendido de memoria su discurso de despedida.

–Bonitas vistas –comentó Angelo antes de que a ella le diese tiempo a hablar.

–Increíbles –admitió–. Bueno, gracias otra vez. Espero que disfrutes de tu estancia.

Atlanta fue a abrir la puerta para salir, pero Angelo la siguió.

–De acuerdo con lo que Alex me ha dicho, el lugar en el que me alojo yo también tiene unas vistas estupendas. Está un poco más arriba, en la colina. Si quieres pasarte mañana por la noche, podríamos comparar las vistas cenando juntos.

Angelo le hizo la invitación con tanta naturalidad que ella estuvo a punto de aceptarla.

–Gracias, pero creo que comeré en casa durante las dos semanas.

El conductor había sacado sus maletas del coche. Angelo insistió en llevar una de ellas hasta la puerta de la casa.

–Pensé que habías escogido Monta Correnti por la discreción de sus habitantes. ¿Has cambiado de opinión después de lo que ha ocurrido en el aeropuerto?

–No. Es sólo que necesito pasar tiempo a solas… para reflexionar y hacer planes. Lo entiendes, ¿verdad?

Angelo silbó.

–No puedo creer que me hayas dado calabazas por tercera vez –dijo sonriendo.

Atlanta se sintió mal.

–Lo siento. No es nada personal. De hecho, he estado pensando en lo mucho que me ha divertido tu compañía durante el viaje. Es sólo que no se trata de un buen momento.

–¿Para cenar?

–Ya sabes a qué me refiero.

–No, la verdad es que no. Sólo te he pedido que cenemos juntos.

Atlanta decidió cambiar de táctica.

–Lo que quieres es evitar el motivo real de tu visita. Has venido a ver a tu padre.

–Eso es asunto mío –le contestó Angelo, dejando de sonreír durante un par de segundos–. ¿Qué hay de malo en cenar juntos, Atlanta? Ya sabemos que a mí no me interesa una relación a largo plazo, y que tú tampoco estás preparada para tenerla. ¿Qué hay de malo en una… amistad?

Angelo alargó la mano y le acarició la mejilla, dejándole claro a qué tipo de amistad se refería. Y a Atlanta se le aceleró el pulso.

–Somos dos estadounidenses en un país extranjero. Lo que ocurra aquí, se quedará aquí. Nadie tiene por qué enterarse.

«No se lo cuentes a tu madre. Será nuestro secreto».

Atlanta sintió náuseas al recordar, también ira y decepción, pero intentó seguir hablando con naturalidad.

–No me interesa seguir siendo tu distracción, Angelo.

De hecho, había pasado demasiados años siendo sólo eso, el juguete de un padre enfermo. La marioneta de un hombre poderoso.

Angelo frunció el ceño.

–Me habías dicho que no querías compromisos.

–Y es cierto, no los quiero, pero tampoco quiero seguir jugando como lo hemos hecho durante el viaje.

Él suspiró y retrocedió con las manos levantadas.

–Está bien, cariño. Que disfrutes de tu estancia.

Atlanta observó cómo se alejaba el Mercedes y se preguntó si había sido demasiado brusca y si podía haber sido más diplomática. En cualquier caso, Angelo había respetado su decisión.

Subió las escaleras del porche y la puerta de la casa se abrió. Detrás de ella apareció una mujer joven vestida con un sencillo vestido de algodón.

–Señorita Jackson, bienvenida –le dijo–. Soy Franca Bruno.

Atlanta recordó que era el nombre de la dueña de la casa.

–Gracias. Estaba admirando las vistas –le contestó ella–. Mi agente de viajes me había dicho que eran preciosas y tenía razón.

La mujer miró las maletas y luego asomó más la cabeza.

–¿No está mi marido con usted? Se suponía que debía recogerla en el aeropuerto.

–No, he venido en otro coche.

Franca frunció el ceño y dijo unas frases en italiano.

–Ha llegado tarde, ¿verdad?

–Tal vez un poco –le respondió Atlanta–. Y yo he tenido que marcharme de allí corriendo. Por suerte, estaba con un amigo que se ha ofrecido a acercarme hasta aquí.

–¿Otro estadounidense?

–Sí, Angelo Casali.

–Ah, el otro hijo de Luca. Me alegro por el señor Casali, es un buen hombre.

Franca ayudó a Atlanta a meter las maletas dentro de casa.

–Venga, le enseñaré la casa.

Además de las vistas, la casa tenía tres grandes habitaciones, tres cuartos de baño, un salón, un comedor y lo que parecía ser un estudio. Los muebles eran casi todos antiguos, pero también había una televisión de pantalla plana y un microondas en la cocina.

Atlanta tenía todo lo que necesitaba. Franca le había llenado la nevera de comida y hasta se había molestado en prepararle una ensalada por si llegaba del viaje con hambre.

–En la despensa hay agua mineral y vino. Y estaré encantada de prepararle las comidas que desee.

–Gracias. Con la ensalada tendré para esta noche.

Juntas volvieron hacia la puerta y salieron a la calle.

–Espero que disfrute de su estancia.

–Será difícil no hacerlo. Es un lugar maravilloso.

–Es un lugar especial –admitió Franca–. La casa perteneció a mis abuelos. Mi marido y yo vivimos un poco más abajo. Yo vendré todas las mañanas a arreglar la casa y a ocuparme de todo lo que necesite.

Cuando Franca se hubo marchado, Atlanta subió al piso superior. En esos momentos sólo necesitaba una ducha de agua caliente y unas horas de sueño ininterrumpido. Al contrario que Angelo, ella se había pasado todo el vuelo despierta.

Angelo fue pensando en lo que le había dicho Atlanta de camino a la casa que había alquilado. Quería olvidarse de ella y no entendía por qué se sentía tan decepcionado. Decidió que se notaba raro por culpa de las pastillas para el dolor. Por eso estaba como aturdido.

Vio delante de él una casa de principios de siglo, rodeada de campo, con una piscina cubierta y un jacuzzi.

Mientras el conductor metía las maletas en el interior, Angelo se paseó por las instalaciones. La piscina no era olímpica, pero, de todos modos, él no estaba en condiciones de nadar. Le gustó más el jacuzzi. Se imaginó metido en él, con los chorros de agua masajeándole los músculos mientras disfrutaba de una copa de vino tinto y de la puesta de sol. Si tenía que estar unos días en Monta Correnti, al menos, estaría cómodo.

Al entrar en la casa, olió a ajo, a cebolla y a varias hierbas aromáticas. Alex no le había dicho que la comida estuviese incluida, pero parecía ser que sí. El olor le recordó a cuando era niño, cuando había ido con Luca a recoger una albahaca especial con la que su padre preparaba su salsa de tomate especial. Alex también había ido con ellos y los tres habían sido felices. Eso había sido poco antes de que Luca los enviase a Estados Unidos.

–No me extraña que nunca me hayan entusiasmado los espaguetis –murmuró.

–Lo cierto es que son raviolis rellenos de setas y cebolla –le dijo una mujer joven desde el otro lado de la habitación. Era morena y tenía unos bonitos ojos azules. Unos ojos que tenían el mismo color que los suyos propios, algo que habían heredado de su padre.

–Isabella –adivinó.

Así que aquélla era la hermana a la que no conocía y de cuya

existencia se había enterado hacía poco tiempo. Otro motivo más para sentirse resentido con Luca. Aunque no sentía sólo resentimiento. Tenía muchas emociones agolpadas en su interior. Durante mucho tiempo, sólo había tenido a Alex. En esos momentos, estaba conociendo a su hermana, y sabía que Luca tenía otros dos hijos más.

Su hermana le sonrió de manera cariñosa.

–Y tú eres Angelo –le dijo, acercándose y poniéndose de puntillas para besarlo en ambas mejillas–. Bienvenido a casa.

–¿Es ésta… la casa de Luca? –le preguntó él, mirando a su alrededor.

–No, quería decir que bienvenido a Monta Correnti –le aclaró Isabella–. La casa pertenece a un hombre de negocios estadounidense que casi nunca está aquí. Alessandro pensó que te gustaría.

Angelo asintió. No supo qué más decir.

–Hablas muy bien inglés.

–¿Mejor que tú italiano? –le preguntó ella–. Tu hermano aprendió mucho durante su estancia aquí –añadió con satisfacción–. Alessandro es un buen hombre. Le agradecí mucho que viniese, y le agradezco todavía más que te haya convencido a ti para venir también.

–No estoy seguro de que el resultado de mi visita sea el que tienes previsto, Isabella –le advirtió él–. Tal vez Alex y yo nos parezcamos mucho, pero eso no quiere decir que pensemos de igual manera.

Ella tardó unos segundos en responderle.

–Estás aquí. Y eso es suficiente por ahora. Ya nos ocuparemos del resto después –le dijo, limpiándose las manos en el delantal, nerviosa–. Ven. Debes de estar cansado después del viaje. Te enseñaré la casa.

–La verdad es que he dormido casi todo el trayecto.

–Entonces, ¿tienes hambre?

–Supongo que eso sí –admitió.

Isabella sonrió, claramente complacida.

–Eso esperaba. Pondré la mesa mientras te refrescas. Hay un baño allí –le indicó, señalando el pasillo–. Y otro más grande en el piso de arriba. Tu habitación está arriba a la izquierda.

Angelo optó por utilizar el de la planta baja y unos minutos después estaba en la cocina. A pesar de que la casa disponía de un gran comedor, su hermana había puesto la mesa en la sencilla cocina.

–Espero que no te importe –le dijo–. El comedor es demasiado grande y formal. Al fin y al cabo, somos familia.

–Veo que el dueño no cocina demasiado.

–No. Cuando está aquí, come siempre en el pueblo, pero no te preocupes por nada –le dijo ella, como si le hubiese leído la mente–. Tu habitación es muy cómoda. Casi toda la casa está reformada.

–Y el exterior también está muy cuidado. Ya he visto la piscina y el jacuzzi.

–Parecen muy tentadores.

–Lo mismo que la comida que has preparado.

–Siéntate a disfrutarla.

Mientras Angelo se sentaba, su hermana le llenó una copa de vino tinto. Él intentó no mirar fijamente a su hermana, pero al final no pudo evitarlo.

–Lo siento, pero es… inquietante.

Isabella frunció el ceño.

–Ver a alguien desconocido que se parece tanto a uno –le aclaró él.

–Los ojos.

–Sí, y las barbillas. Aunque la tuya es mucho más pequeña y femenina.

–¿Y te inquieta que nos parezcamos?

Angelo decidió ser sincero.

–Durante casi toda mi vida, sólo he tenido a Alex.

–Y a vuestra madre…

–No mucho –respondió él.

En realidad, casi no habían podido contar con ella, que se había pasado la vida de fiesta en fiesta.

–Como mucho –añadió–, pero aquí hay comida para un regimiento.

–Es que cuando me pongo nerviosa, cocino –admitió Isabella echándose a reír.

–¿Por qué no te sientas a comer conmigo?

–Encantada –contestó ella sonriendo–. Así tendremos la

oportunidad de conocernos mejor.

Angelo no había exagerado con la cantidad de comida preparada. Además de la pasta, aderezada con una deliciosa salsa de tomate, había en la mesa pan, judías verdes y salchichas.

–Todo está exquisito –declaró después de haber probado los raviolis–. Eres una excelente cocinera.

–En realidad, no todo el mérito es mío. La salsa es la verdadera estrella.

–Está muy buena.

–Es muy popular entre nuestros clientes –admitió Isabella.

–En Rosa –añadió él entre dientes.

Su hermano Alex le había contado que su padre había heredado de su abuela un restaurante. Y había sido por culpa de ese restaurante por lo que Luca había tenido que abandonar a sus hijos.

–Antes pasaba casi todo mi tiempo allí –le contó Isabella–. Scarlett, nuestra prima, que ha venido de Australia, es ahora la que lo lleva. Su futuro marido, Lorenzo, es el chef. No obstante, sigo yendo mucho.

–¿Por qué te molestas? ¿Por qué os gusta vivir como esclavos para él?

Su hermana se puso seria.

–Tengo una vida muy completa, Angelo. Y Scarlett, también. Estoy casada con un hombre maravilloso y soy feliz. Y trabajo para mi padre porque me gusta hacerlo.

–Pero tienes que soportarlo –replicó Angelo.

–Es injusto que hables así de él. No lo conoces.

–Porque él no ha querido que lo conozca. Alex me ha dicho que el restaurante funciona bien, pero que anda justo de dinero.

Isabella palideció.

–Es cierto. Papá se empeña en utilizar productos y mano de obra locales, y eso resulta muy caro.

–Así que habéis llamado al hermanastro millonario para que os solucione los problemas.

Isabella se ruborizó y se puso en pie. Exclamó algo en italiano antes de responder en tono más moderado:

–Siento que parezca que es así, pero no es cierto. Si hemos contactado con Alex y contigo, no ha sido por dinero.

–Entonces, ¿por qué? ¿Por qué ahora?

–Yo me he enterado de vuestra existencia hace muy poco, Angelo.

Él se cruzó de brazos.

–Ya somos dos. Y todo por deseo de Luca. ¿O debería decir por su culpa?

Angelo tenía razón y ella no podía quitársela.

–Si os he pedido venir es porque quería conoceros y porque deseo que la familia se lleve bien. Por eso le pedí permiso a Luca para ponerme en contacto con vosotros. Si necesitase dinero para salvar el restaurante, lo habría puesto mi marido de buena gana. De hecho, se ha ofrecido a hacerlo en varias ocasiones.

–Pero no lo habéis aceptado.

–No. La familia es más importante que el restaurante, es nuestra familia lo que quiero salvar. Mis primas y yo tenemos un plan: unir los dos restaurantes. Están el uno al lado del otro.

–¿Y qué opina Luca al respecto?

–Todavía no sabe nada. Queremos darle una sorpresa. Queremos que todos los descendientes de nuestra abuela, Rosa Firenzi, estén unidos.

Isabella se puso en pie de nuevo.

–Ahora, dejaré que termines de comer y que te instales. Tengo cosas que hacer.

–¿En el restaurante? –le dijo él, sabiendo que era un golpe bajo y arrepintiéndose de inmediato.

–Si necesitas algo, te he dejado mi número de teléfono en la entrada –le respondió su hermana.

Y luego salió por la puerta. Angelo se levantó con tanta brusquedad que hizo caer la silla. Quería disculparse. Se sentía fatal.

Nada de lo que había ocurrido era culpa de Isabella. El único responsable de todo era Luca.

Bueno, Alex había intentado echarle parte de la culpa a su tía, Lisa Firenzi, hermana de Luca y dueña del restaurante que estaba al lado de Rosa. Según le habían dicho, si Lisa le hubiese prestado a Luca el dinero que éste le había pedido cuando los niños eran pequeños, no habría tenido que mandarlos a vivir con Cindy. Pero Angelo no se lo creía. Luca podía haber tomado otra decisión.

No siguió a su hermana. En su lugar, se sirvió otra copa de vino

y sin molestarse en cambiarse de ropa, se metió vestido en el jacuzzi.

Perdido en los amargos recuerdos de su niñez, no le importó lo más mínimo que su cara ropa se estropease, ni que las vistas fuesen espectaculares.

# Capítulo 4

Angelo se despertó temprano a la mañana siguiente, con un fuerte dolor de cabeza debido al jet lag, a sus preocupaciones y al vino. La noche anterior se había terminado la botella entera sentado en el jacuzzi. La cabeza le dolía todavía más que el hombro, pero lo que peor tenía era la conciencia.

Le debía una disculpa a Isabella.

Mujeres. Dos lo habían afectado más de lo debido en las últimas horas.

La noche anterior, después de la segunda copa de vino, se le había pasado por la cabeza ir a ver a Atlanta, pero después había decidido beberse una tercera copa en su lugar. Nunca había ido detrás de una mujer. Nunca le había hecho falta. No obstante, y a pesar de que ella le había dicho que necesitaba estar sola, tenía ganas de verla, no le importaba comportarse como un adolescente enamorado.

Con respecto a Isabella, lo había recibido como al hijo pródigo. Al fin y al cabo, lo era. Eran dos extraños y, al mismo tiempo, hermanos. Hermanastros, en realidad. Y ella le había dejado claro que sólo quería tener la oportunidad de conocerlo y de arreglar las cosas. A cambio, le había pedido que intentase tener una actitud abierta hacia su padre y el resto de la familia.

Él lo había estropeado todo antes de que pudiesen terminar de cenar, así que tenía que arreglarlo. Esperó a que fuese una hora prudente y llamó por teléfono a su hermana.

El hombre que respondió al teléfono le dijo que Isabella estaba en el pueblo haciendo unos recados y que todavía tardaría un par de horas en volver.

–¿Eres Angelo, verdad? –le preguntó con brusquedad.

–Sí.

–Soy Max, el marido de Isabella.

Angelo no supo qué decirle.

–Encantado.

Max no se molestó en ser tan educado.

–Isabella volvió a casa muy disgustada ayer.

–Fue culpa mía.

–Sí. Eso me dijo. La enfadaste mucho. Mi Isabella se pone especialmente guapa cuando se enfada –añadió en tono más suave–. No quiero volver a verla así.

En otras circunstancias, a Angelo le habría molestado sentirse amenazado, pero en aquel caso pensó que se lo merecía.

–Yo tampoco. De hecho, por eso llamaba. Quería pedirle disculpas.

–Bien –dijo Max, complacido–. Si vas esta tarde al pueblo, estará en Rosa.

Angelo no quería encontrarse con su padre, así que no iría allí a buscar a su hermana.

–Tu padre no va a ir hoy al restaurante –le contó Max, como si le hubiese leído el pensamiento–. De hecho, se ha marchado a la costa a comprar marisco fresco. Le gusta hacer las cosas importantes en persona.

El mensaje de Max era muy claro: debía ir a disculparse en persona.

Un rato después salía en dirección al pueblo, decidido a pasearse un poco antes de ir a ver a su hermana.

Recorrió con placer la zona del centro, donde descubrió pequeñas tiendas y disfrutó del olor a pan recién hecho y a hierbas aromáticas. Monta Correnti le pareció un lugar muy acogedor y sus olores, deliciosos, pero éstos no evocaron nada de su pasado.

Se dijo que se sentía aliviado. En realidad, lo último que deseaba hacer era recordar. Era muy normal que no lo hiciese, sólo había pasado tres años allí. Después de ese tiempo, Alex y él habían estado diez años en Boston con su madre, y esos recuerdos también estaban bien enterrados. Lo prefería así. Para él, la auténtica vida había comenzado el día en que había empezado a jugar al béisbol.

Perdido en sus pensamientos, tardó un momento en reconocer a la mujer que acababa de salir de la pastelería de la esquina. Era Atlanta.

Iba vestida con unos vaqueros desgastados y con un suéter verde manzana, pero a él le gustó tanto como si hubiese ido enfundada en un traje de cuero.

«No le interesas», se recordó. Se lo había dejado muy claro. Así que Angelo había empezado a andar en dirección contraria a la que se encontraba ella cuando Atlanta lo saludó con la mano. Él deseó seguir andando, pero sus pies no lo obedecieron.

–Buenos días –le dijo al llegar a su lado.

–*Buongiorno*.

–Seguro que te has comprado una cinta para aprender italiano en dos días antes de venir –bromeó él.

–Lo cierto es que tuve que aprender italiano para una película que rodé hace un par de años. Me gustó y decidí seguir con él –comentó ella, metiéndose la bolsa de la panadería debajo del brazo.

–¿Qué tienes ahí?

–Nada –respondió Atlanta, que se había puesto nerviosa de repente.

–¿Por qué me da la sensación de que estás escondiendo algo?

–Es sólo un pastel –confesó ella.

–¿Un pastel? ¿Tanta intriga por un pastel?

–Está bien. He comprado dos, no he podido resistirme. Estaban recién hechos.

–Umm. No hay nada como un pastel recién hecho –comentó Angelo, con la boca hecha agua, y no sólo por el pastel–. ¿Tenías pensando compartirlos con alguien?

–No. Me iba a comer los dos –rió ella, un poco más tranquila–. Supongo que por eso me sentía tan culpable. No puedo creer que me haya comprado dos pasteles.

–¿Qué hay de malo en ello?

–Que tenía planeado comérmelos. De una sentada –la última parte la confesó casi en un susurro, con la mirada pegada en la punta de sus zapatos.

–¿Y es eso un crimen?

–Sí –le dijo ella, volviendo a mirarlo a los ojos–. Bueno, no. Salvo para Darnell.

–¿Darnell?

–Mi sádico entrenador personal. Desde que me he marchado de Los Ángeles me envía un mensaje todos los días para ver si estoy haciendo ejercicio y respetando la dieta.

A pesar de saber que no debía hacerlo, Angelo recorrió lentamente el cuerpo de Atlanta con la mirada. Era un cuerpo

perfectamente proporcionado.

–No creo que debas preocuparte por ahora.

–He perdido un poco de peso –admitió ella–. Lo llamo la dieta del estrés. Tal vez debiera patentarla e ir pregonándola entre las jóvenes estrellas, por si mi carrera no vuelve a despegar.

–Eso sería desperdiciar mucho talento. Además, a mí me gustan las mujeres con curvas.

–Con curvas. Pero hay un límite que Zeke no me dejaba…

Se ruborizó y dejó de hablar, pero Angelo entendió lo que había querido decir. No obstante, prefirió dejarlo pasar. Tenía suficientes problemas con los suyos propios y Atlanta ya le había dejado claro que no quería compartir nada con él, ni siquiera un pastel.

–Tengo que marcharme –le dijo.

–Sí, yo también.

–Deberías comerte esos pasteles antes de que se pongan duros.

–Sí –rió ella–. Me alegro de haberte visto, Angelo.

–¿De verdad?

–Sí, me sentí mal después de lo de ayer. Por cómo nos despedimos.

–Bueno, tal y como dijiste, era el momento de dejar de jugar.

–No quise…

–¿Decir eso? Claro que sí. Y aprecio tu sinceridad, de verdad.

–Eso no me lo creo. Ayer te enfadaste.

Él sonrió.

–Da igual. Ya es agua pasada.

–Entonces, ¿por qué sacas el tema?

–No lo he hecho.

–Claro que sí.

Atlanta tenía razón. Angelo miró detrás de ella y vio una cafetería.

–Quiero un pastel –dijo.

–¿Qué?

–Un pastel. Te invitaré a un café si compartes los pasteles conmigo. No hace falta que me des uno entero. Me conformaré con un par de bocados.

Atlanta frunció el ceño.

–¿Quieres un pastel?

–Eso he dicho.

Angelo contuvo la respiración, casi esperando que ella le dijese que, si quería un pastel, se lo comprase.

Pero, para su sorpresa, la respuesta fue otra:

–Supongo que es un trato razonable.

La cafetería era pequeña, con sólo media docena de mesas de hierro forjado en el interior. Casi todas las mesas de dentro estaban ocupadas, pero hacía un día demasiado bueno como para encerrarse. En el exterior había dos mesas libres. Se sentaron a una de ellas y esperaron a que el camarero fuese a tomarles nota. Angelo pidió un espresso y Atlanta prefirió un capuchino.

–De perdidos, al río –dijo ésta cuando llegaron los cafés.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Angelo.

–Que mi café tiene leche entera y cafeína. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me permito ninguna de esas dos cosas? –no esperó a que Angelo le respondiese–. ¡Y, además, un pastel! –los sacó de la bolsa de papel–. Estaría comiéndome los dos si no me hubieses convencido de que los compartiese.

Le tendió uno de ellos a Angelo, pero éste lo rechazó.

–He cambiado de idea. Quiero que te los comas tú los dos. Y quiero ver cómo lo haces.

–¡No! Por favor, Angelo. Sálvame de mí misma.

A pesar de la dramatización, Angelo se dio cuenta de que Atlanta hablaba, en cierto modo, en serio.

–Todos debemos darnos algún capricho de vez en cuando, cariño –le respondió él, apoyándose en el respaldo de la silla.

–Lo sé.

–¿Y lo haces?

–Hay hábitos que son muy difíciles de cambiar –le respondió ella.

–¿Zeke? Atlanta dejó el pastel encima de una servilleta y apartó la vista.

–Piensas que soy una estúpida por haber permitido que un hombre dirigiese mi vida durante tanto tiempo.

–¿Es eso lo que pienso? ¿O es lo que piensas tú? –le preguntó él, a pesar de haber prometido que no se metería en los asuntos que no le incumbían.

Pero tal y como ella misma había dicho unos minutos antes: de

perdidos, al río.

–Es lo que pienso yo.

–¿Y cómo ocurrió?

Atlanta frunció el ceño.

–No fue de repente. Yo pensaba que era libre, pero…

–¿Libre?

Ella se aclaró la garganta.

–Ya sabes. Libre como el viento. Cuando llegué a Hollywood era todo imagen. Me había marchado de Louisiana sin mirar atrás, feliz de dejar todo aquello atrás.

Dudó y Angelo pensó que había algo más que no le estaba contando, pero prefirió hacerle una pregunta distinta.

–Pensé que habías nacido en Georgia.

–Fue idea de Zeke, después de cambiarme el nombre. Atlanta es una de sus ciudades favoritas.

–¿Y cuál es tu nombre real?

–Jane. Jane Marie Lutz.

Era un nombre bonito, pero Angelo pensó que no le pegaba mientras observaba su pelo tan rubio y unos ojos azules que hasta sin maquillaje eran los ojos de una estrella.

–Perdona que te lo diga, pero no te pega el nombre de Jane.

Ella se rió con desgana.

–Lo mismo me dijo Zeke. Quería algo exótico, algo que la gente fuese a recordar.

–Como Cher o Madonna.

Atlanta asintió.

–Eso es, lo has entendido. La idea de ser tan famosa me llamó la atención, aunque al principio no me emocionase el nombre de Atlanta. No obstante, estaba completamente dispuesta a hacer todo lo que Zeke me sugiriese. Él era alguien importante en Hollywood y había sido el mánager de muchos actores conocidos. Por entonces, yo todavía no era nadie. Y le estaba muy agradecida por confiar en mí.

–No creo que tuviese que hacer ningún esfuerzo.

–Lo primero que vio de mí fue mi cuerpo –confesó ella–. Iba vestida con un tanga y unas pegatinas en los pezones y estaba bailando en un club. No era el mejor momento de mi vida, ni lo que había soñado al marcharme de casa.

Angelo intentó no imaginársela así y dijo en tono tranquilo:
–Hace falta más que un cuerpo y una cara bonita para tener éxito en Hollywood. Y tú has conseguido muchos éxitos. Veo que sigues subestimándote.
Pensó que Atlanta le llevaría la contraria, pero no lo hizo. Tampoco le dio la razón. En su lugar, abrió un sobrecito de azúcar y lo echó en su café. Otro acto de rebeldía más.
–¿Y qué tiene eso que ver con un par de pasteles y un café con cafeína y leche entera y, ahora también, un azucarillo?
–Zeke era muy estricto con lo que yo podía comer –le explicó ella, sacudiendo la cabeza–. Y con lo que podía beber, o ponerme de ropa…
–¿Muy controlador?
–Sí, pero siempre decía que lo hacía sólo por mi bien. Por supuesto.
–Muy controlador –repitió Angelo, esa vez afirmándolo.
–Tenía razón en muchas cosas. Y gracias a él conseguí mi primer papel importante.
–¿Lo estás defendiendo?
–No –dijo ella, como si acabase de insultarla–. Sólo estoy comentando que me ayudó en mi carrera.
–Así que lo estás defendiendo.
–¡No!
–Podría haberte ayudado igual sin tratarte como un trozo de arcilla que pudiese moldear a su antojo.
Atlanta sacudió la cabeza.
–No lo entiendes.
–¿Y tú?
–Dirigió mi carrera, una carrera llena de éxitos.
–Y tu vida también.
–Por supuesto que no.
–¿Y tú no querías nada más que tu carrera? –le preguntó él sin saber por qué.
–Tenía otras ideas, otras aventuras pendientes.
–Pero, deja que lo adivine, él no te permitió explorarlas.
Atlanta apartó la mirada.
–Cambiemos de tema.
–Por supuesto.

Atlanta se quedó callada y Angelo pensó en disculparse, pero lo cierto era que no se arrepentía de lo que había dicho. Pensaba que Atlanta había estado oprimida durante demasiado tiempo. Y nadie se merecía ser tratado así.

La vio meter el dedo en la crema del pastel y llevárselo a la boca y dejó de pensar en Zeke.

–Buen comienzo, pero podrías hacerlo mejor –comentó.

Ella lo miró como si no lo hubiese entendido, y Angelo señaló el pastel.

Atlanta volvió a hundir el dedo en la crema por segunda vez, pero Angelo le agarró la mano y se la acercó a la boca.

–Lo sé todo acerca del placer, Atlanta. Podríamos decir que soy un experto. *Seducción en Italia* –añadió.

–¿Perdona?

–Es el título de la película para la que tuviste que aprender italiano.

–Ah. Es verdad –sonrió–. Ésa fue. La rodamos en Venecia. Me encantó.

–¿Estaba Zeke contigo?

–Sólo los primeros días, luego tuvo que volver a Los Ángeles a trabajar.

–Tal vez por eso te gustó tanto Venecia. Es una ciudad hecha para disfrutar.

Ella se encogió de hombros y le dio otro sorbo al capuchino antes de decir:

–Seguro que fuiste a ver la película con una chica.

–¿Por qué dices eso?

–Porque no te imagino viéndola con un par de amigos del equipo.

–Tienes toda la razón. No recuerdo con quién fui, pero sí me acuerdo de la escena en la que bailabas en la fuente con una camiseta casi transparente.

–Qué raro –comentó Atlanta.

Angelo estaba volviendo a coquetear con ella, aunque a veces parecía que también se estaba probando a sí mismo. En cualquier caso, Atlanta pensó que no le hacían daño a nadie. Era normal. Eran dos adultos libres, disfrutando de unas vacaciones en un lugar idílico.

No obstante, ella siempre era una mujer fría cuando estaba lejos de las cámaras. No le gustaban los malosentendidos. Todo lo contrario que a su madre, que coqueteaba con todos los hombres. Cosa de la que su padrastro la había acusado a ella para acallar su conciencia cuando había empezado a tocarla, antes de que alcanzase la pubertad.

Incluso con Zeke, se había sentido incómoda y había enfocado el sexo de manera directa, sin el más mínimo romanticismo. A él no había parecido importarle y era porque, al parecer, tampoco había puesto sentimientos en ello.

–¿Le pasa algo a tu pastel? –le preguntó Angelo, sacándola de sus pensamientos.

–No, está delicioso –respondió Atlanta limpiándose la boca con la servilleta.

–Entonces, ¿por qué frunces el ceño?

–No sabía que lo estuviese haciendo.

–Pues sí.

–Si lo he hecho, no ha sido por la compañía –respondió ella de manera automática.

–Yo creo que sí –comentó Angelo–. Te pongo nerviosa.

–Por favor… ¿Por qué ibas a ponerme nerviosa?

–Porque te sientes atraída por mí.

Ella respiró hondo antes de contestar:

–Vale. ¿Y por eso tengo que ponerme nerviosa?

–Sí. Porque en la vida real no estás tan segura de ti misma como en las películas.

Así que se había dado cuenta.

–Es porque soy una persona, no un personaje con un guión escrito –replicó Atlanta, cruzándose de brazos–. A ti, sin embargo, parece que te sobra la seguridad. No obstante, sé que no es cierto. Has admitido que no eres capaz de tener una relación duradera, de verdad.

–Yo no he dicho que no sea capaz. He dicho que no es lo que quiero.

–Ya. No existe la mujer adecuada para ti. Recuerdo la conversación. ¿Has tenido alguna vez una relación? Me refiero a algo que implique algo más que sexo.

Él apretó la mandíbula.

–Ya te he dicho que no es lo que quiero.

–¿Por qué? –en ese momento, le tocaba a ella hacer de terapeuta–. ¿Tan perfecta es tu vida en solitario?

–Exacto.

–No. Eso es lo que quieres que crea todo el mundo. Y casi todo el mundo lo hace, pero yo, no.

¿Qué inseguridades intentas ocultar? ¿Cuáles son tus secretos?

Él cambió de postura en la silla; Atlanta había dado en el clavo.

–No sé si sabes que hoy, cuando te he visto, he estado a punto de darme la vuelta y marcharme.

–¿Y lamentas no haberlo hecho?

Angelo no respondió.

–No te gusta que ahora sea yo la que haga las preguntas, ¿verdad?

–Es muy violento.

–En ese caso, piénsatelo la próxima vez antes de ponerte a psicoanalizarme.

–Tal vez debiera hacerlo –dijo él, encogiéndose de hombros–. Por eso mismo, tal vez debiera dejarte completamente en paz. Ya me lo has pedido antes, y yo no suelo ir detrás de una mujer cuando ésta me advierte que no me moleste en hacerlo.

–Entonces, ¿por qué estás aquí?

Atlanta pensó que volvería a hablar de la atracción, pero la respuesta fue:

–No acabo de descifrarte, Atlanta.

Ella rió con amargura.

–A nadie más parece importarle.

–Sí, eso pensaba yo también, pero estás llena de contradicciones. Eres fuerte, luego vulnerable.

–Tal vez sea ambas cosas. O ninguna. Soy actriz.

–Ya, pero ahora me toca a mí decirte que no me lo creo. Ésta eres tú. No estás actuando. Estás llena de contradicciones, como cuando me dices que no, pero…

No pudo seguir hablando. Atlanta se levantó, empujando la mesa con la cadera y haciendo que los cafés se cayesen sobre la mesa.

–Cuando digo no, es no.

–Atlanta…

–¡No es no!

Angelo intentó agarrarla, pero ella sacudió la cabeza, se giró y huyó.

# Capítulo 5

¿De qué iba todo aquello?

Ya solo en la cafetería, Angelo volvió a sentarse e intentó recordar toda la conversación. Atlanta lo había sorprendido dos veces. La primera, al darle la vuelta a la tortilla e interrogarlo acerca de sus secretos y vulnerabilidades. Y luego, reaccionando de manera exagerada.

Él siempre había creído que, cuando una mujer decía que no, quería decir que no, pero en la cama. No habían estado hablando de sexo, al menos, no de manera directa; aunque él no pudiese pensar casi en otra cosa cuando estaba con Atlanta.

–Tenía que haberme marchado nada más verla –murmuró.

No tenía tiempo para preocuparse por ella, bastante tenía con lo suyo.

Se levantó, dejó varios billetes encima de la mesa y salió de la cafetería para seguir paseando. Todavía le quedaba un rato antes de ir a ver a Isabella.

Todas las personas con las que se cruzó en Monta Correnti eran muy agradables. Los tenderos, sus clientes y la gente que paseaba por las calles, todos sonreían y lo saludaban con educación. Pero nadie le pidió un autógrafo. Nadie lo paró para hacerse una fotografía con él. Tal y como le había ocurrido en el aeropuerto, el anonimato le resultó muy inquietante. Y su necesidad de fama, todavía más.

«¿Qué inseguridades intentas ocultar?», le había preguntado Atlanta.

–*Buongiorno*.

Angelo levantó la vista y vio a una joven al lado de un carro con flores. Las flores y la joven eran igualmente bellas. Angelo imaginó que tendría veintitantos años. Tenía un cuerpo turgente, los ojos de Sophia Loren y el pelo castaño oscuro, largo hasta media espalda.

–Hola, esto… *buongiorno*.

–¿Le gusta algo de lo que ve, *signor*?

Se lo dijo en tono sensual, pero él no sintió ningún interés. Allí tenía el entretenimiento que necesitaba, pero la idea de pasar tiempo con ella no lo atraía lo más mínimo. Si hubiese sido rubia y con los ojos azules…

–¿Qué tal unas rosas?

–¿Rosas? –repitió ella, claramente decepcionada.

–Sí. Una docena, y que sean blancas –le dijo, pensando que sería el regalo perfecto para su hermana.

La joven le hizo un ramo con poco entusiasmo.

Iba a pagar cuando una mujer mayor llegó gritando algo en italiano. Se dirigía a la joven, que volvió a mirar a Angelo de arriba abajo antes de marcharse.

–¿Eres el hijo de Luca, verdad? –le preguntó la otra mujer.

A pesar de no gustarle aquella etiqueta, Angelo respondió:

–Sí.

–Yo soy Andrea, la dueña de la floristería del pueblo. Mi hija, Bianca, me cuida el carro. Me encargo de las flores de las mesas de Rosa. Luca es muy bueno conmigo y con mi familia. Lo es con todo el mundo en Monta Correnti. Por eso te dejo las rosas a mitad de precio.

Angelo contuvo las ridículas ganas de rechazar la oferta.

–*Grazie* –dijo en su lugar.

Después de otros veinte minutos paseando y pensando, llegó al restaurante de su padre. La parte exterior era tal y como le había descrito su hermana, una fachada rústica, de piedra, con ventanas en forma de arco. Al lado estaba Sorella, un restaurante de más nivel. Pertenecía a su tía Lisa, la hermana de Luca. Los dos restaurantes daban pared con pared, pero tenían muy poco en común.

Según le había contado Alex, la cocina de Sorella era contemporánea e internacional. Tenía los platos que podían encontrarse en cualquier restaurante de moda de Nueva York, más del gusto de Angelo. Miró por una ventana y vio un interior decorado con estilo, moderno.

Ambos restaurantes estaban abiertos. La puerta del de Rosa estaba abierta de par en par, Angelo entró y el aroma a pan recién horneado y a salsa de tomate le dio la bienvenida. Le rugió el estómago.

Tras el mostrador de recepción había una mujer joven. Le sonrió de manera educada y lo saludó.

–*Ciao* –repitió él–. Soy Angelo Casali.

Pensó que su nombre lo diría todo.

La chica sonrió.

–Sí, sí. Bienvenido. El señor Casali no está.

Por eso mismo había ido él. Sonrió.

–En realidad, estaba buscando a Isabella. Su marido me dijo que estaría aquí.

–Isabella. Sí. Ahora está hablando por teléfono, pero le diré que está aquí. Siéntese, por favor –la joven le señaló una mesa cerca de la ventana que daba a la calle–. ¿Quiere un café mientras espera?

–Mejor agua, por favor.

No quería tomar más cafeína con el estómago vacío. La joven volvió poco después con una botella de agua con gas y un vaso.

–Isabella me ha pedido que le diga que no tardará. Y su prima Scarlett está también en el despacho. ¿Quiere que vaya a buscarla?

–No. No es necesario. No quiero molestarla.

Tendría que conocer a todo el clan Casali antes de volver a Nueva York, pero en esos momentos no estaba de humor. La chica asintió y lo dejó solo para ir a atender a un grupo de turistas que acababa de entrar por la puerta.

A pesar de que eran poco más de las doce, Rosa ya estaba empezando a llenarse de clientes. Sin duda, era un lugar popular. Suponía que eso se debía a los ricos aromas que lo asaltaban a uno al entrar. Pero él había ido allí con una misión y no quería tener hambre. Tampoco quería sentirse tan orgulloso, pero no podía evitarlo.

Alguien llegó con una cesta de pan caliente. Angelo levantó la vista y vio que se trataba de Isabella.

–Angelo. Hola. Espero que hayas descansado –le dijo en tono educado.

–Sí –mintió él.

–En realidad, no esperaba verte hoy por aquí. Luca no está.

–Ya lo sé.

Ella sonrió con tristeza.

–Por supuesto.

Angelo decidió ir directo al grano.

–He venido a disculparme contigo. Tenía que hacerlo cuanto antes.

Isabella arqueó las cejas, pero no dijo nada. Angelo pensó que eso era bueno, así que separó la silla que había al lado de la de él de la mesa para invitarla a sentarse. Ella lo hizo.

–Ayer te ofendí, y lo siento. Fuiste muy amable cocinando para mí y haciéndome sentir bienvenido en mi primer día en Monta Correnti, y yo fui muy brusco contigo.

Ella sonrió más.

–Sí, lo fuiste.

–¿Podrás perdonarme? –le preguntó él.

–Por supuesto. Sobre todo, si esas flores son para mí. A Angelo casi se le habían olvidado las rosas. Tomó el ramo y se lo tendió.

–Pensé que sería un detalle adecuado.

–Y también muy bonito –dijo ella–. Ninguno de mis otros hermanos me ha pedido nunca perdón así. Cuando éramos pequeños, Cristiano y Valentino solían hacerme cosquillas hasta que los perdonaba.

Isabella enterró el rostro en las flores y Angelo estuvo a punto de oír los ecos de aquellas risas infantiles. Lamentó no haber podido formar parte de aquello. Ella le sonrió.

–Creo que me gusta más este detalle –le dijo.

–Y yo me alegro de que ya no estés disgustada conmigo.

–¿Cómo iba a estarlo? –admitió Isabella, dejando las flores a un lado y agarrándose las manos–. Somos familia, Angelo.

Él no se lo discutió a pesar de no estar habituado al concepto, pero necesitaba dejarle algo claro.

–No sé si voy a poder perdonarlo, Isabella. Lo que Luca hizo fue muy grave. No podrá arreglarse sólo con una disculpa y unas flores.

Ella se puso seria.

–Sólo te pido que, cuando estés preparado, escuches lo que tiene que decirte.

Angelo asintió y dio un trago a su vaso de agua. No obstante, tenía que saber algo más.

–¿Por qué es tan importante para ti?

A ella pareció sorprenderle la pregunta.

–Somos familia, Angelo. Familia. ¿Qué hay más importante que eso?

Angelo envidiaba la pasión que parecía sentir su hermana por el tema. Era la segunda vez en unos minutos que le recordaba que tenían la misma sangre. Él deseó dejarse convencer, pero su verdad era otra.

–La única familia que he tenido durante mucho tiempo ha sido a Alex.

Ella lo miró con compasión y empatía.

–Tu hermano me contó que vuestra madre falleció cuando erais adolescentes.

–Murió de tanto beber –le contó él sin más rodeos–. Cindy… –avergonzado por su propia emoción, sacudió la cabeza y lo intentó de nuevo–: No fue precisamente la madre ideal, pero no teníamos a nadie más.

–Mi madre también murió cuando yo era joven –le contó Isabella–. Todavía la echo de menos.

Alex le había contado a Angelo que la segunda mujer de Luca, Violetta, había fallecido en un trágico accidente. El destino podía ser todavía más cruel que las adicciones, aunque siempre habría quien diría que eso daba igual, porque el resultado era el mismo.

–Lo siento.

–Yo me acuerdo poco de ella, lo mismo que Valentino, que es el pequeño. Cristiano, que tiene dos años más que yo, tiene más recuerdos.

–Tengo la sensación de que, a pesar de no ser la mayor, cuidaste de ellos.

Sabía poco de Isabella, pero parecía una persona responsable y comprometida. Al fin y al cabo, había sido ella la que se había puesto en contacto con Alex y con él. La pacificadora de la familia. Angelo la habría admirado más si esas cualidades no fuesen en contra de sus propios objetivos.

–Sí.

–Y ayudaste en el restaurante.

–Sí, papá se quedó destrozado después de la muerte de mamá. Me necesitaba.

Luca y sus necesidades. Angelo tuvo que controlarse para no decirlo en voz alta.

–¿Por qué no estás amargada? –le preguntó en su lugar, sin saber por qué–. No, perdona. Da igual. He venido a disculparme, no

a empezar otra pelea.

–Te contestaré de todos modos. La amargura no sirve para nada, Angelo. Me habría gustado tener una niñez distinta, sí. Con menos tareas y responsabilidades, pero… –le dijo, encogiéndose de hombros.

–Bueno, es evidente que ahora eres feliz.

–Lo soy. Y mucho.

Aquellos ojos tan parecidos a los suyos se encendieron con una emoción que Angelo todavía no había experimentado nunca.

–Alex me contó que estabas casada, y con un príncipe, ni más ni menos.

Isabella sonrió todavía más.

–Maximilliano Di Rossi.

–He hablado con él por teléfono, pero no estaba muy contento conmigo.

Ella rió complacida. Era una risa muy femenina.

–Puede llegar a ser muy protector.

–Ya me he dado cuenta.

–Lo conocerás, como a los demás, en…

Isabella se interrumpió y se puso colorada.

–¿Dónde?

–En la fiesta.

–Deja que lo adivine: seré el invitado de honor –comentó Angelo en tono seco.

Ella arrugó la nariz.

–¿Preferirías que no la hiciésemos? Si es así, llamaré a los demás y se lo explicaré. También puedes conocerlos de uno en uno.

Esa última idea le gustó todavía menos.

–No. La fiesta estará bien. ¿Cuándo y dónde será?

–Pensamos que sería mejor darte algo de tiempo para que te instalases, así que está planeada para el viernes que viene a las ocho de la tarde. Pensábamos cerrar Rosa para la ocasión. Valentino estará aquí. Cristiano, por desgracia, no podrá. Es bombero y tuvo un accidente en un incendio en Roma.

De repente, y sin saber muy bien por qué, Angelo se sintió preocupado por aquel extraño que tenía la misma sangre que él.

–¿Pero está… bien?

–Lo estará. Entonces, ¿te parece bien una fiesta familiar?

–Sí.

–Puedes venir acompañado si quieres.

–¿A quién podría traer? –preguntó él, aunque tenía la sensación de que su hermana ya había pensado en alguien.

–A Atlanta Jackson, por ejemplo. Me han contado que os han visto tomando un café juntos esta mañana.

¿Y no le habían contado que Atlanta se había marchado muy repentinamente?

–¿Pasa algo, Angelo?

–No, es sólo que, en realidad, Atlanta ha venido aquí para huir de todo. No quiere llamar la atención.

–No lo hará –le aseguró Isabella–. La gente siente curiosidad por ella, pero nadie la molestará. Nadie le pedirá autógrafos ni fotografías. Las personas ricas y famosas vienen aquí porque saben que pueden contar con nuestra discreción. A cambio, hacen que nuestra economía siga funcionando.

–Bien, porque Atlanta está pasando por un mal momento, tanto personal como profesional. Lo último que necesita ahora mismo es verse acosada por los medios de comunicación.

–He leído alguna de las cosas que ha dicho de ella su ex.

–Mentiras.

Isabella ladeó la cabeza.

–Pareces muy… preocupado por ella. ¿Hace mucho que la conoces?

–En realidad, no nos conocemos nada –respondió él.

–Pues tal vez podáis remediarlo durante vuestra estancia aquí –le sugirió su hermana sonriendo.

Atlanta se frotó la frente mientras hablaba con una de las pocas amigas que le quedaban en Los Ángeles, Sara Daniels, que acababa de confirmarle lo que ya se temía.

–Odio decírtelo, pero he visto unas fotografías tuyas con Angelo Casali en el aeropuerto de Roma en varias revistas.

–¿Y qué es lo que dicen de mí ahora?

–Que llevas varios años con él.

–Por supuesto. ¿Y qué más? –preguntó, enfadada.

–La otra revista dice que Angelo es otra más de tus conquistas. Incluye un comentario de Zeke, que dice sentirlo por el señor

Casali, y que le sorprende que estés con él, teniendo en cuenta que no está en su mejor momento, después de la lesión.

–Qué cerdo. Una cosa es que se meta conmigo y, otra, que ataque a otra persona.

–Por cierto, ¿qué tal has conectado con Angelo?

–No hemos conectado. Hemos coincidido en un avión, veníamos al mismo lugar y él se ofreció a traerme al ver que los fotógrafos me estaban acosando.

–¿Y eso es todo?

–Hoy hemos vuelto a encontrarnos por casualidad –confesó, pensando en que había reaccionado de manera exagerada con él.

–¿Y tienes pensado volver a verlo?

¿Después de lo que había ocurrido? Angelo debía de pensar que estaba loca.

No obstante, ella sabía quién era el verdadero culpable de todo: su padrastro. Y también su madre, que había preferido no darse cuenta de lo que pasaba porque le daba demasiado miedo estar sola.

Ya de adulta, le había costado mucho trabajo mantener relaciones sexuales sin sentirse físicamente mal después. Después de una década con Zeke, había llegado incluso a disfrutar del sexo, aunque no siempre. Y se había conformado con aquello. Hasta hacía muy poco. Después de conocer a Angelo, sin embargo, había empezado a preguntarse si no habría estado perdiéndose algo realmente interesante.

–¿Atlanta? –le dijo Sara, sacándola de sus pensamientos.

–¿Qué?

–Te he preguntado si vas a volver a verlo.

–No –respondió ella con seguridad.

–Umm. Qué pena.

–¿Por qué dices eso?

Sara se echó a reír.

–¿Te has quedado ciega o te has apuntado a una secta últimamente?

–Veo a la perfección y, no, no estoy en ninguna secta.

–Entonces, será que no es tan guapo al natural como en la televisión.

–Es muy guapo, es verdad.

–Eso me parecía.

–Como tantos actores con los que he trabajado durante mi carrera. Eso no significa que tuviese que acostarme con ellos.

–¿Quién ha hablado de acostarse? –le preguntó Sara–. Sólo te he preguntado si ibas a volver a verlo.

–Y mi respuesta no ha cambiado. No.

–Pues no te vendría mal tener una aventura, después de lo de Zeke y ahora que estás de vacaciones –le sugirió su amiga–. Y Angelo Casali es perfecto.

–No he venido en busca de aventuras –le respondió Atlanta con impaciencia.

No obstante, Sara tenía razón en algo: si fuese el tipo de mujer a la que le gustasen las aventuras, Angelo sería perfecto.

Durante la mayor parte de la tarde, Atlanta estuvo ojeando guiones en casa. Ninguno había sido escrito por alguien conocido. Ni eran papeles pensados para ella. Para alguno, hasta tendría que cambiar físicamente.

¿Podría cortarse el pelo? ¿Sería capaz de engordar unos kilos? La idea la asustaba y le parecía excitante al mismo tiempo. Zeke jamás se lo habría permitido, pero ¿cómo si no iba a demostrarse a sí misma que era algo más que un símbolo sexual?

Angelo le había dicho en dos ocasiones que se subestimaba.

Dejó el guión que tenía en las manos en su regazo. Angelo. Era tan distinto de Zeke… No había querido compararlos, pero era imposible no hacerlo. Físicamente, eran como el día y la noche: Zeke era delgado, con una constitución elegante. Decía que era más alto de lo que era en realidad, y aseguraba tener cincuenta y dos años, aunque ella sabía que tenía cincuenta y siete. Estaba bien para su edad, gracias al gimnasio, a un poco de botox y a las frecuentes visitas a su estilista. Le gustaba la ropa de diseño, prefería la seda al algodón y no tenía ni una prenda vaquera ni, mucho menos, sintética. Llevaba unos grandes pendientes de diamantes en ambas orejas y un bolso hecho en Europa para guardar su BlackBerry y otros aparatos electrónicos.

En otras palabras, Zeke era todo un metrosexual y, Angelo, la personificación de la masculinidad.

Atlanta no podía imaginarse a Angelo con un bolso, y sabía que

no se teñía el pelo porque había visto canas en su sien. Con respecto al botox, no parecía haberlo utilizado, porque los surcos de su cara lo hacían todavía más atractivo.

Durante la última década, Zeke había dominado su vida. Bajo su rígida tutela, ella había pasado de ser una chica de pueblo con muchos sueños y algo de talento, a ser una bomba de la gran pantalla que hacía que a muchos hombres se les acelerase el corazón y se les hiciese la boca agua. En la vida real, Zeke la había acusado en más de una ocasión de ser una frígida. Dado su pasado, ella se había creído incapaz de vivir en la realidad las escenas de amor que repetía en el cine. No obstante, cuando estaba con Angelo, era consciente de su sexualidad y de su femineidad.

Y eso la asustaba.

Angelo estaba enfadado. La comida con Isabella había ido bien, pero al volver a la casa había encontrado un regalo de Luca. Una cesta de fruta fresca con una nota de su padre. Estaba escrita en italiano, así que la única palabra que entendió fue «papá».

Arrugó el papel y se lo metió al bolsillo antes de buscar las llaves del coche de alquiler.

«Maldito sea», pensó.

No sabía adónde iba, sólo que necesitaba salir. El problema de Monta Correnti era que no había espacio suficiente para alejarse de sus preocupaciones. Después de más de una hora frente al volante, conduciendo prácticamente en círculo, terminó en un lugar en el que sabía que no sería bienvenido. Perfecto.

Perdida en sus pensamientos, Atlanta se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Era casi de noche y no esperaba a nadie. Debía de tratarse de Franca. Fue a abrir, pero en la puerta no se encontró con ella, sino con Angelo.

Se quedó tan sorprendida que tardó un par de segundos en reaccionar.

–No esperaba… compañía.

Sobre todo, la de Angelo.

–Siento haber venido sin avisar –empezó él–. No había planeado venir aquí, he salido con el coche y… –dejó de hablar y frunció el ceño.

Fue ese gesto lo que hizo que Atlanta no lo invitase a pasar. Él

no parecía querer estar allí, así que tal vez no quisiese quedarse. Ella se cruzó de brazos y esperó con impaciencia a que Angelo le contase a qué había ido.

–¿Sabes leer italiano? –le preguntó él de repente.

–Un poco.

–Bien. ¿Puedes intentar descifrarme esto?

Angelo se sacó el papel arrugado del bolsillo y se lo dio. Atlanta alisó el papel y empezó a leer.

–Es de tu padre.

–Ya lo sé. Es lo único que he podido averiguar –replicó él. Luego, cerró los ojos un momento–. Lo siento.

–No pasa nada. Es un mensaje personal. ¿Estás seguro de que quieres que lo lea?

Él rió con amargura.

–Personal –repitió–. Tiene gracia, la primera noticia que tengo de él y me escribe en un idioma que no entiendo. Léelo, por favor.

–Está bien –respondió, y empezó a leer en voz alta–: «Querido hijo: gracias por venir a Monta Correnti. Quería darte algo de tiempo antes de pasar a verte, pero te aseguro que estoy deseando hacerlo. Has crecido y, según he leído y me ha contado tu hermano, te has convertido en un gran hombre. No sabes lo feliz que me hace eso. Espero que, igual que Alessandro, puedas llegar a perdonarme y que podamos empezar de cero. Te quiere, papá».

–Me ha mandado una maldita cesta con fruta –murmuró Angelo, metiéndose en el bolsillo la nota que Atlanta acababa de devolverle–. ¿Puedes creerlo?

–¿Qué querías que te enviase?

–Nada. No quiero nada de él.

Aquella respuesta hizo que Atlanta sufriese por él. Sabía lo que era desear ser querido.

–¿Quieres entrar? –le preguntó.

–Sí, pero antes te debo una disculpa por lo que ha pasado esta mañana, a pesar de que sigo pensando que no he dicho nada malo.

–Y no lo has hecho. He reaccionado de manera exagerada.

Angelo se pasó una mano por el pelo y suspiró. Atlanta tuvo la impresión de que había esperado otra respuesta.

–Entonces… ¿volvemos a estar bien?

«No exactamente», pensó ella. Seguía habiendo demasiada

atracción entre ambos, pero sonrió y lo dejó pasar.

–Salvo que al final no me he podido comer los pasteles.

–Supongo que te debo una disculpa, al fin y al cabo –le dijo él sonriendo–. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

–Invítame a cenar –contestó ella sin pensarlo. Le parecía más seguro estar con él en público.

–De acuerdo.

–Estaré lista en una hora.

–¿Para qué necesitas una hora? Ya estás vestida.

–No puedo salir a cenar así –iba con los mismos vaqueros y la misma camiseta que esa mañana–. Siempre me arreglaba para salir a cenar. Zeke decía… –se interrumpió y levantó la barbilla–. Voy a salir a cenar así vestida.

–A mí me parece bien, no esperaba que te cambiases.

Al oír aquello, a Atlanta le dio un pequeño vuelco el corazón.

–Yo elegiré el sitio –dijo por si acaso.

# Capítulo 6

Angelo se notó nervioso mientras escoltaba a Atlanta hasta el coche. Aquello no le gustó. Nunca se ponía nervioso con las mujeres. Era como con el béisbol. Algo natural. ¿Por qué estaba así?

No era la fama de Atlanta lo que hacía que le sudasen las palmas de las manos. Ya había salido con mujeres conocidas antes.

Algunos hombres podían confundir a una mujer con el personaje que representaba en el cine, y tal vez a él le hubiese pasado también antes de hablar con ella, pero, después de haberla conocido, sabía que era una mujer de carne y hueso. Real. Una mujer vulnerable y, al parecer, con un pasado también difícil.

Ambos tenían eso en común.

Pensó en la nota de su padre. Atlanta sabía más de su pasado que ninguna otra mujer con la que hubiese estado. Tal vez por eso estaba nervioso.

Se sentaron en el coche, Angelo encendió el motor y preguntó:

–¿Adónde vamos?

–No lo sé.

–Daremos una vuelta por el pueblo. Cuando veas un lugar que te gusta, me lo dices.

–¿No te importa?

–¿Por qué iba a importarme?

–A muchos hombres les gusta decidir el destino antes de arrancar el coche.

–En ese caso, muchos hombres no saben lo que se pierden –comentó él con naturalidad antes de pisar el acelerador.

Terminaron al otro lado del pueblo, en un pequeño local que era más una cafetería de carretera que un restaurante. Se sentaron en el exterior, disfrutando de las vistas.

–¿Estás seguro de que te parece bien? –le preguntó una vez más Atlanta antes de que les llevasen la bebida.

–¿Por qué no? Tengo hambre y aquí sirven comida.

–¿No tiene nada que ver con lo que te he dicho antes? Ya sabes,

con Zeke.

–¿Y su tendencia a llevar siempre el mando?

Ella asintió.

–Tal vez un poco –admitió Angelo.

–Así que te estás burlando de mí.

–Yo no lo veo así. Como ya te he dicho, no tengo motivos para oponerme.

Angelo sabía que, en esos momentos, era muy importante para Atlanta tener el control. Lo necesitaba. Y él quería ver qué era capaz de hacer. Y si, además, así no pensaba en su padre, tanto mejor.

–Está bien.

–Por cierto, que soy bastante testarudo.

–Pero no completamente intransigente.

–¿Por qué dices eso?

–Has venido a Italia a conocer a tu padre –le recordó Atlanta.

–Porque mi hermano me lo pidió.

–¿Es ése el único motivo?

Angelo no contestó.

El camarero les llevó la bebida, agua con gas para los dos. Cuando volvieron a estar solos, Atlanta le dijo:

–Durante unos segundos, he considerado la idea de escoger el restaurante de tu familia para cenar esta noche.

Él bebió agua.

–¿Y por qué no lo has hecho? –le preguntó después.

–Dada tu reacción ante la nota de tu padre, no quería empujarte a hacer algo para lo que tal vez no estés preparado –admitió ella.

Su preocupación le llegó al alma, aunque eso no le gustase.

–No me habría importado. Mi padre no significa nada para mí.

–Angelo…

–Menos que nada –insistió él, al tiempo que se preguntaba a quién intentaba convencer.

–No pasa nada porque estés enfadado.

–Vaya, gracias por darme permiso.

–Ya sabes lo que quiero decir.

–Sí. Lo siento.

–Entonces, ¿cuándo tienes pensado ir a verlo?

Angelo pensó en la fiesta de la que le había hablado Isabella. E intentó no pensar en que podía invitar a alguien. No se lo comentó

a Atlanta. En su lugar, contestó:

–No tengo prisa. Todavía voy a estar un par de semanas por aquí.

–¿Y el restaurante? ¿Lo has visto?

–He comido hoy allí, después de… separarme de ti –terminó diplomáticamente.

–¿Tú solo?

–Con Isabella. Le debía una disculpa.

–Isabella, ¿eh? Eres muy rápido. No pensé que hubieses tenido la oportunidad de ofender a alguna chica de por aquí.

–Isabella es mi hermana.

Atlanta se ruborizó.

–Tu hermana –repitió despacio.

–Hermanastra, supongo que es más preciso. Luca volvió a casarse cuando nos perdió a Alex y a mí de vista. Tuvo una segunda familia –dijo con amargura–. Con ésa sí decidió quedarse.

–Y tú no sabías nada de su existencia –adivinó Atlanta.

–No, hasta hace poco –dijo él, volviendo a beber agua–. Al parecer, ellos tampoco sabían nada de Alex y de mí. Digamos que ha sido una sorpresa para todos.

–Lo siento.

Él sacudió la cabeza.

–Hoy soy yo el único que tiene que disculparse. Como ves, no estoy manejando la situación demasiado bien, por eso le debía una disculpa a Isabella. No estoy enfadado con ella, si no con Luca.

–Y, aun así, no tienes prisa por verlo, por enfrentarte a él.

Atlanta tenía razón, pero eso no hablaba nada bien de él. Por suerte, fue ella la que cambió de tema de conversación.

–¡Oh, Dios mío! Casi se me olvida. Ha ocurrido algo. Algo… lamentable.

–¿Para mí?

–Para los dos. Hemos salido en un par de revistas.

–Lo siento, Atlanta. Imagino que, como iba contigo, algo habrán dicho también de mí.

–Sí, han hecho ciertos comentarios acerca de nuestra relación.

–Supongo que han dicho que nos hemos venido juntos de vacaciones.

–Según una de las revistas, te he seducido yo.

–¿De verdad? ¿Me has seducido? Sólo la idea va a hacer que no pegue ojo esta noche.

–Estoy hablando en serio, Angelo.

Él dejó de sonreír.

–Ya lo sé y, por eso mismo, si les pusiese las manos encima a esos fotógrafos, te aseguro que se arrepentirían de haberse comprado su primera cámara.

A Atlanta no le gustaba la violencia, pero las palabras de Angelo la reconfortaron. ¿Cuándo había sido la última vez que un hombre la había defendido fuera de la pantalla? Se puso seria al darse cuenta de que estaba mirando a Angelo con una gran sonrisa en los labios.

–¿A ti no te importa?

–Al menos ya no se cuestiona mi capacidad física –respondió él.

Atlanta se echó a reír porque no supo qué contestar. La idea de que Angelo le demostrase dicha capacidad la había dejado sin habla.

Pronto llegaron los sándwiches que habían pedido, que estaban buenos, pero no eran nada en comparación con la comida que había probado Angelo en Rosa al mediodía. Eso le hizo sentirse orgulloso e incómodo al mismo tiempo.

Y se olvidó de ambos sentimientos viendo comer a Atlanta con tantas ganas. Pensó en hacer algún comentario acerca de los pasteles de la mañana, pero después decidió ocuparse de su propio bocadillo.

Cuando levantó la vista, era ella la que lo estaba observando. No había sido capaz de acabarse el bocadillo. Normal, dado su tamaño.

–Me ha gustado mucho –admitió Atlanta, apoyándose en el respaldo de la silla.

–A mí me ha gustado ver cómo te lo comías.

–¿Qué nota le das?

–¿Nota? –repitió Angelo sin comprender.

–En comparación con Rosa.

–Ah. Vale. Comida. Y Rosa.

Atlanta se echó a reír. Estaba disfrutando con él tanto como con el bocadillo.

–No voy a preguntarte a qué otra cosa pensabas ponerle nota.

–Mejor, aunque no me importaría decírtelo.

Estaba volviendo a coquetear con ella. Y Atlanta decidió seguirle el juego.

–Está bien. Dímelo.

Angelo arqueó las cejas. Estaba claro que no había esperado esa respuesta.

–Ya hemos hablado del tema esta mañana.

–Ah, la atracción.

–Llamémoslo por su nombre: sexo.

Esa mañana, en la cafetería, Atlanta se había enfadado por motivos que no tenían nada que ver con el hombre que tenía sentado delante. ¿Acaso pensaba que iba a volver a hacerlo? ¿La estaba poniendo a prueba?

–¿Cuánto tiempo hace para ti? –le preguntó Angelo.

–¿Cuánto tiempo…? –balbuceó ella. Se dijo que debía mostrarse ofendida, a pesar de sentirse invadida por un extraño calor–. Hay preguntas demasiado groseras para ser contestadas. ¿O eres de los que luego van y lo cuentan todo?

–No. Soy discreto –respondió él, impasible–. No creo que haya motivos para fanfarronear –luego, volvió a centrarse en la vida sexual de Atlanta–. Supongo que ha pasado bastante tiempo.

–¿Por qué dices eso?

–A pesar de que terminaste con Zeke hace sólo seis meses, las cosas no iban bien entre vosotros desde hacía mucho más tiempo, así que es probable que no durmieseis juntos. Tal vez haga más de un año.

–¿Y todos los amantes que se supone que he tenido?

–No me lo creo.

Ella tragó saliva. Por patético que fuese, se sintió complacida y agradecida.

–Yo no soy Zeke –le dijo Angelo.

–Y no te he confundido con él.

–Pero apuesto a que nos has comparado.

Atlanta se ruborizó.

–Para que lo sepas –continuó él–, soy más joven, más atlético y mucho más complaciente.

–Gracias por los datos.

Angelo se inclinó sobre la mesa y bajó la voz:

–Me gustas. Me siento atraído por ti. No puedo prometerte que lo que ocurra entre nosotros continúe fuera de Italia. Jamás hago ese tipo de promesas. Y tal vez a ti también te parezca bien, porque no quieres compromisos, pero, dadas nuestras circunstancias individuales, tal vez nos viniesen bien unos fuegos artificiales a ambos.

Angelo estaba haciendo que se derritiese por dentro con sus palabras, pero Atlanta no se sintió avergonzada, ni tuvo ningún recuerdo amargo. Incluso se olvidó de sus problemas. Se acordó de lo que le había dicho su amiga Sara.

–¿Y eso sí puedes garantizármelo? –le preguntó, con la piel de gallina.

–Con un poco de ayuda, por supuesto –alargó la mano para acariciarle el rostro–. Hacer el amor es dar y recibir. No se trata sólo de tener el control, sino también de saber darlo. De este modo, ambas partes quedan satisfechas.

Atlanta se sonrojó y su cuerpo reaccionó como no había reaccionado en mucho tiempo. Dar y recibir.

–¿Ha terminado ya de psicoanalizarme, doctor Freud? –le preguntó con voz temblorosa.

–Por ahora. El resto puede esperar.

Atlanta decidió cambiar de tema.

–A pesar de que nuestra conversación está siendo fascinante, el jet lag está empezando a afectarme.

–¿Significa eso que quieres que te lleve a casa?

Ella asintió y ladeó la cabeza antes de preguntarle:

–¿Estás enfadado?

–Decepcionado, pero no pasa nada. No creo que ninguno de los dos esté preparado para lo que nos piden nuestras hormonas.

Ella no lo estaba, pero eso no le impediría soñar con él más tarde, cuando se acostase en su cama, sola.

Tumbado en la cama, Angelo clavó la vista en el techo y repasó la velada con Atlanta.

No era algo que hiciese normalmente, ni siquiera cuando la noche en cuestión terminaba de manera mucho más satisfactoria. No obstante, no se sentía frustrado, ni desde el punto de vista sexual, ni en ningún otro modo. Lo que sentía era todavía más

curiosidad acerca de una mujer a la que medio mundo creía conocer.

Se puso de lado y recordó cómo lo había mirado Atlanta cuando la había dejado en la puerta de su casa. Él había esperado y había tenido la esperanza de que lo invitase a pasar. A tomar un café o a algo más, le habría dado igual. Sólo había pensado que no quería que la noche terminase. Pero Atlanta no le había pedido que entrase. En su lugar, había sonreído y le había dado las buenas noches.

¡Con un apretón de manos!

Al ver que no tenía elección, él le había dado la mano, pero se la había soltado enseguida, casi como si fuese una serpiente venenosa. «Paciencia», se había dicho. Estaba bastante seguro de que era una mujer que había tenido malas experiencias en lo referente a la intimidad. Entonces, justo cuando se había dado la vuelta para volver al coche, Atlanta lo había agarrado del brazo, haciéndolo girar.

El beso que se habían dado no había sido en absoluto casto, sino ardiente. Él le había mordisqueado el labio inferior y ella le había clavado las uñas en el brazo. Y se había terminado despacio y con un suspiro.

Luego, Angelo había pensado en volver a besarla, pero la expresión de Atlanta había hecho que se contuviese. No le había parecido que estuviese asustada, sino más bien confundida e insegura.

Para él, el sexo nunca había sido algo complicado, sobre todo, porque era lo suficientemente listo como para saber que las mujeres solían verlo de otra manera. Ellas solían mezclarlo con las emociones, lo que causaba problemas si uno permitía que la cosa fuese demasiado lejos. Angelo siempre había tenido presente el desastre de matrimonio de sus padres y por eso nunca había permitido que ocurriese.

Entonces, ¿por qué se sentía igual de confundido e inseguro que Atlanta? Apagó la luz y le dio un par de puñetazos a la almohada. Aquélla iba a ser una noche muy larga.

Por suerte, Angelo no había hecho planes para el día siguiente, porque se despertó con mucho dolor poco después de que saliese el

sol.

–Maldito hombro –murmuró, a pesar de que no era su única preocupación–. Y maldita mujer.

A media tarde, después de todo el día leyendo revistas deportivas y viendo algún programa de televisión en italiano, se dijo a sí mismo que estaba harto de su propia compañía, así que se subió al coche y fue a dar un paseo. Sin planearlo, volvió a terminar en casa de Atlanta. En esa ocasión, sin embargo, fue una mujer morena la que le abrió la puerta.

–Hola. Estoy buscando a Atlanta Jackson. Supongo que no está.

–No –respondió la otra mujer sonriendo–. Eres Angelo Casali.

Por fin lo había reconocido alguien. Angelo sonrió.

–Sí.

–Es un placer conocerte.

–Gracias.

La vio emocionada, observándolo con adoración, y estaba a punto de preguntarle si quería un autógrafo cuando ella añadió:

–Conozco mucho a tu familia. Fui al colegio con Isabella. Y estuve enamorada de Valentino.

La sonrisa de Angelo menguó. Aquella mujer conocía a su familia, pero, al parecer, no sabía nada de su multimillonaria carrera como jugador de béisbol, que estaba llegando a su fin. Era toda una ironía que allí el Ángel de Nueva York sólo fuese famoso por ser el hijo de Luca Casali.

–También conocí a Alessandro cuando vino a Monta Correnti –continuó la mujer–. Estaba en Rosa una noche en que mi marido y yo fuimos a cenar –ladeó la cabeza–. Los dos os parecéis mucho a vuestro padre. Tenéis sus ojos.

Angelo retrocedió un paso. No le interesaba la comparación que estaba haciendo aquella mujer ni el vínculo que ésta definía.

–Tengo que marcharme.

–¿Quieres dejar un mensaje para la señorita Jackson?

–No. Yo… –sacudió la cabeza antes de repetir–: No.

La mujer seguía mirándolo desde la puerta cuando se subió al coche. Lo arrancó y pisó el acelerador. Tenía que salir de allí lo antes posible. Tal y como había hecho Atlanta la mañana anterior, él también tenía que huir de su pasado.

Fue el presente lo que le hizo reducir la velocidad al ver a una

mujer andando por el borde de la carretera. Se trataba de Atlanta.

Parecía más relajada que nunca. El aire fresco y el paisaje de la campiña italiana le sentaban bien. Llevaba un ramo de flores silvestres en la mano. Su distintiva melena rubia iba en parte cubierta por una gorra de un equipo rival de béisbol. Aun así, Angelo sonrió. Su tensión empezó a disiparse y se vio reemplazada por otro tipo de inquietud cuando ella lo vio y lo saludó con la mano. Él detuvo el coche y se bajó. Esperó apoyado en el capó a que Atlanta llegase a su lado.

–¿Estás haciendo un poco de ejercicio? –le preguntó entonces.

–No era ése el principal objetivo, pero sí.

Él se alegró de oír que no necesitaba quemar los hidratos de carbono que había ingerido la noche anterior. Atlanta estaba avanzando, ya que sólo el día anterior se había sentido muy culpable por haber comprado un par de pasteles.

–¿Y vuelves ya a casa? –le preguntó.

Atlanta se miró el reloj.

–Todavía no. La dueña de la casa, Franca, está ahora allí. Insiste en cambiarme las sábanas todos los días, aunque ya le he dicho que no soy tan maniática. Me he marchado para no incordiarla.

–¿Quieres un poco de compañía?

Ella jugó con la cola de caballo que salía por la parte trasera de la gorra.

–No me importaría –le contestó.

En un principio, Atlanta había salido a pasear para aclararse las ideas. Hacía un día perfecto para ello, soleado y cálido. ¿Pero cómo iba a hacerlo si paseaba con el causante de todas sus preocupaciones?

Podía haberle dicho que no quería compañía. No habría sido la primera vez que lo rechazaba. A pesar de quejarse del daño que le había hecho a su ego, Angelo había seguido yendo a buscarla y se estaba convirtiendo en un amigo, a pesar de que era evidente que él quería algo más que una amistad.

No obstante, su amistad le resultaba en esos momentos un bien precioso. Nunca había tenido a un hombre como amigo. Y amigas, como Sara, le quedaban pocas. Hollywood no era el lugar más indicado para forjar relaciones profundas. Casi todo el mundo tenía

otras prioridades y casi nada era como parecía ser, y Atlanta lo sabía demasiado bien.

–Quiero darte las gracias –le dijo a Angelo.

Él arqueó las cejas.

–¿Por qué?

–Por ser mi amigo.

Él se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–Vaya, justo la frase que más nos gusta oír a los hombres.

–Lo siento, es que no tengo muchos amigos y, ahora mismo, necesito uno.

–Lo sé –le dijo él en tono serio–. Lo mismo me ocurre a mí.

Atlanta sonrió, complacida.

–Pero, seamos claros –añadió él enseguida–. Sigo queriendo acostarme contigo.

Ella dejó de andar y se giró a mirarlo.

–¿Por qué haces eso?

–¿El qué?

–Actuar como se espera que actúen los machos.

–Por el mismo motivo que tú utilizas esa sonrisa falsa de Hollywood.

Atlanta se puso seria.

–Sí –le dijo él–. Sé diferenciar la sonrisa de la Atlanta Jackson de verdad, y la que utilizas para las masas.

–*Touché*.

–¿Qué tal si hacemos un trato?

–Te escucho.

–¿Y si somos auténticos el uno con el otro?

–¿Con nuestros defectos y todo? –quiso saber ella.

–¿Por qué no? ¿Qué podríamos perder? Todo el mundo cree conocernos gracias a los medios de comunicación, pero ambos sabemos que no es así.

–¿Así que tú no eres un atleta arrogante con más testosterona que inteligencia?

–Ni tú una estrella del cine egocéntrica que utiliza a los hombres –le dijo él. Al ver que Atlanta lo miraba sorprendido, añadió–: Lo leí en Internet el otro día.

–Menuda pareja hacemos.

–Eso dicen las revistas. Entonces, ¿trato hecho?

–Sí.

Volvieron a ponerse a caminar. Unos minutos más tarde, Angelo se agachó a recoger una flor y se la dio a Atlanta para su ramo.

–Gracias.

–Son bonitas.

–Eso me ha parecido. Luego miraré en Internet, a ver cómo se llaman.

–¿Es así como ocupas tu tiempo estos días, navegando por Internet?

–Sí y, antes de que digas nada más, me encanta. Hacía años que no tenía unas vacaciones de verdad. De hecho, creo que son las primeras vacaciones en las que no hago nada.

En el pasado, siempre que había tenido tiempo libre lo había empleado para promocionar una película, un producto o a sí misma. Incluso cuando se suponía que había ido de escapada romántica con Zeke, habían tenido que hacer calculadas apariciones públicas para que los fotografiasen juntos.

–Yo tampoco –le dijo Angelo–. Y como siga así dos días más, me voy a volver loco.

–¿Cómo puedes aburrirte estando aquí? –preguntó ella, extendiendo los brazos.

–No me aburro, me siento… atrapado.

Atlanta se giró. No sabía si lo había oído bien, pero al verlo con el ceño fruncido, se dio cuenta de que sí.

–Sé lo que es sentirse atrapada –comentó en voz baja.

Él seguía con el ceño fruncido, pero su expresión había cambiado.

–Eso me parece.

–¿Puedo hacer algo para ayudarte?

–¿Como amiga?

–Eso es.

Aunque tal y como la estaba mirando Angelo, parecía que quería otra cosa.

–Entonces, sí –respondió, mirándola fijamente y preguntándose si podía confesarse con ella y contarle sus secretos. Decidió que no. En su lugar, le quitó la gorra de la cabeza–. Préndele fuego a esto. Ganan un mundial y todo el mundo se hace fan de ellos.

Atlanta se dio cuenta de que Angelo estaba intentando quitar

seriedad a la discusión, así que se echó a reír.

–¿De qué equipo debo ser?

–Del mejor.

–¿El tuyo?

–Los Rogues.

Después de decir aquello, Angelo volvió a ponerse serio.

# Capítulo 7

Atlanta perdió la noción del tiempo mientras paseaban, pero las alargadas sombras de los árboles y el rugido de su estómago le anunciaron que se estaba haciendo la hora de cenar. Además, Franca ya debía de haber terminado de cambiar las sábanas.

Fueron en dirección a la casa, deteniéndose al llegar al coche de Angelo. Aunque pareciese una tontería, le dio las flores que habían recogido, que estaban empezando ya a ponerse mustias.

–Si las pones en agua, revivirán –le dijo sin mucha convicción.

–Gracias.

Atlanta pensó que seguro que las tiraba por la ventanilla en la primera curva. Sabía que los hombres no solían ser tan sentimentales como las mujeres.

Angelo la sorprendió tomando una de las flores y poniéndosela detrás de la oreja.

–No hablo mucho italiano, pero sé qué palabra utilizar en este caso: *bella*.

No era la primera vez que la llamaban guapa, dentro y fuera de la pantalla, pero, en esa ocasión, el cumplido hizo que Atlanta se sintiese bien.

–Gracias.

El viento le arrancó la flor y Angelo la recuperó antes de que llegase al suelo.

–No quiere quedarse en su sitio –murmuró ella, con el corazón acelerado.

Tenía a Angelo demasiado cerca.

–Creo que he cortado demasiado el tallo.

–Inténtalo con otra.

–¿Sí? ¿Quieres que lo siga intentando?

Atlanta tragó saliva y asintió.

–Creo que tienes razón –comentó él muy serio–. Las cosas no siempre salen bien a la primera –se apoyó en el coche y puso las manos en las caderas de Atlanta–. Como anoche.

–¿Qué pasó anoche?

–Ese beso que me diste.

–¿No te gustó?

–Me gustó, pero si hubiese tenido yo el control, lo habría hecho de otra manera.

–Tengo que admitir que fuiste un perfecto caballero.

–¿Te preocupaba que no lo fuese?

–Si me hubiese preocupado, no habría accedido a cenar contigo –le respondió ella.

Angelo asintió.

–¿Y esta noche?

La invitación la tentó demasiado, así que evitó responder haciendo otra pregunta:

–¿Cuándo vas a quedar con esos parientes tuyos a los que has venido a visitar?

–Cuando no pueda seguir posponiéndolo –fue su respuesta–. Entonces, ¿esta noche?

–Está bien, con una condición.

–¿Cuál?

–Que tienes que contarme algo de ti. Algo que no sepa nadie.

–De acuerdo, pero yo tengo otra condición: seré yo quien elija el sitio esta noche.

–Está bien –dijo ella, segura de que había ganado con el trato.

De vuelta a casa, Atlanta se apresuró a cambiarse de ropa. Angelo había insistido en que no hacía falta. Con que se quitase la gorra, era suficiente, pero ella prefirió ponerse una de las bonitas faldas y de las nuevas blusas que se había llevado.

Mientras se cambiaba, se preguntó qué había pasado con su decisión de mantenerse alejada de los hombres en general, y de Angelo Casali en particular. Tampoco sabía por qué le había hablado de su relación con Zeke.

–No muerdas la mano que te alimenta –le había advertido su agente cuando Atlanta le había confiado, un año antes, que no era feliz–. Tal vez tú tengas mucho éxito, pero Zeke tiene mucho poder en esta ciudad. ¿Qué más da que le guste decirte cómo debes peinarte? Casi siempre tiene razón. Millones de mujeres desearían estar en tu lugar.

Angelo, no obstante, había comprendido que lo que Zeke hacía no era darle consejos, sino órdenes. La había controlado tanto como su padrastro, haciéndola sentirse atrapada, impotente.

Pero, al final, se había deshecho de Zeke como de su padrastro. Y ningún otro hombre iba a controlarla. Ni siquiera Angelo, aunque fuese él quien escogiese el lugar al que irían a cenar esa noche.

Se sintió confiada y despreocupada cuando, un rato después, sentada en su coche, le preguntó:

–Entonces, ¿adónde vamos a cenar?

–A mi casa.

–¿A tu casa? –repitió, nerviosa.

–Podemos ir a otra parte si lo prefieres –le dijo él.

–¿Por qué a tu casa? –preguntó Atlanta, intrigada.

–Porque mi hermana cocinó para mí la otra noche. Todo estaba delicioso, pero sobró mucho. Y las vistas desde el patio son de cinco estrellas.

–¿Es ése es el único motivo?

Él negó con la cabeza.

–Eso me parecía –le dijo ella.

Luego esperó a que Angelo volviese a coquetear con ella, o le dijese que quería que estuviesen a solas, pero no lo hizo. Suspiró.

–Monta Correnti es pequeño. Todo el mundo conoce a mi padre, o a alguien de mi familia –le contestó por fin.

–Deberías estar acostumbrado a que te reconociesen –le recordó Atlanta.

–Ése es el problema, Atlanta, que aquí nadie me conoce. Nadie conoce a Angelo Casali –se refería al jugador de béisbol–. Aquí soy sólo el hijo de Luca.

–Angelo… –le dijo ella en tono comprensivo–. ¡Cuidado!

Angelo, que había ido conduciendo mirándola a ella en vez de a la carretera, vio que estaban a punto de chocar contra un árbol. Pisó el freno y dio un volantazo. El coche derrapó por la gravilla durante un segundo y entonces Angelo recuperó el control.

–¿Estás bien? –le preguntó a Atlanta, llevándose la mano al hombro, que le dolía.

–Yo sí –respondió ésta–. El que no está bien eres tú.

–Estoy bien –mintió.

–Te duele el hombro otra vez.

–Yo diría todavía –admitió Angelo.

–¿Te estás tomando algo para el dolor?

–Cuando éste se hace insoportable.

–Eso debe de ser casi todo el tiempo.

Angelo no lo negó.

–Las pastillas que me recetó el doctor me hacen sentir cansado y algo mareado. No es la primera vez que soporto el dolor.

–Se trata de tu salud, Angelo, de tu calidad de vida. No puedes continuar así. Me parece que, al final, tendrás que operarte.

–Mira, estoy bien –repitió él por segunda vez, en tono más frío–. Lo siento.

–No, yo soy la que lo siente. No es asunto mío.

No lo era, pero, sin saber por qué, Angelo le confesó:

–Tengo miedo, Atlanta.

–¿A la operación?

Eso era sólo una parte. Lo que más le inquietaba era perder su identidad, pero asintió.

–Bueno, aquí está mi secreto. Me da miedo pasar por quirófano.

Ella sonrió como una estrella de Hollywood. Sabía que lo que acababa de contarle era mentira.

El sol estaba empezando a ponerse cuando llegaron a casa de Angelo. Atlanta salió del coche enseguida, antes de que a él le diese tiempo a dar la vuelta para abrirle la puerta.

–No pensé que fuese posible superar las vistas que hay desde mi casa. ¡Y tienes piscina!

–Y un jacuzzi.

–Tendré que hablar con mi agente de viajes cuando vuelva.

–No te pongas celosa. Puedo compartirlo contigo. Podemos darnos un baño luego, si te apetece.

–Qué pena. No he traído traje de baño –le respondió ella en tono irónico.

–No me importa –dijo él con los ojos brillantes.

–Apuesto a que los chorros de agua caliente le sientan fenomenal a tu hombro –replicó Atlanta para frenarlo.

Angelo frunció el ceño y se dio la vuelta, pero luego volvió a girarse y la agarró de la muñeca, acercándola a él.

–Vamos a dejar algo claro: tal vez esté lesionado, pero no estoy

fuera de juego.

–¿Lo dices en sentido figurado o literal?

–Ambos –le contestó él antes de besarla.

Atlanta había esperado un beso duro, casi castigador. Angelo estaba enfadado. Y asustado también, aunque no fuese el quirófano lo que le diese miedo. Por eso permitió que la besase, porque pensó que, tal vez, eso lo reconfortase un poco.

Pero quedó claro que no había sido así cuando rompió el beso y retrocedió.

–Si quieres marcharte ahora, lo entenderé –le dijo, después de pasarse la mano por el pelo.

Ella frunció el ceño.

–¿Por qué iba a querer marcharme?

–Porque no tenía que haber hecho eso. Sé que… tienes ciertos problemas con quién tiene el control. Y con que «no» quiere decir «no».

–Yo no he dicho que no.

–Si lo hubieses hecho, no te habría besado –le aseguró Angelo.

–Si hubiese dicho que no, no te habría permitido hacerlo.

–Entonces, ¿quieres quedarte?

–Me has prometido que me ibas a invitar a cenar.

Angelo la hizo entrar en la casa. El salón era más grande que el de ella y, a juzgar por los muebles, debía de haber sido decorado por un profesional.

–Es muy agradable –comentó.

–Espera a ver la cocina para opinar –respondió él en tono seco.

Atlanta entendió lo que había querido decir un poco después.

–Oh, Dios mío…

–Exacto, aunque Isabella consiguió preparar un festín aquí –añadió sonriendo–. Eh, ¿no interpretabas a una cocinera en una de tus películas?

–Sí, pero en esta cocina no sería capaz de hacer nada. ¿No hay un microondas en alguno de los armarios?

–No. Y, créeme, ya lo he buscado. Al parecer, el dueño no ha reformado la cocina. Es la primera que tuvo la casa.

–Ya lo veo. ¿Qué le pasa al dueño? ¿No le gusta comer?

–No le gusta cocinar. Mi hermana me ha dicho que no viene mucho a Monta Correnti y que, cuando está aquí, come siempre

fuera –Angelo frunció el ceño–. Y creo que es lo mismo que mi hermano pensó que haría yo.

–Debió de hacerlo adrede.

–Se lo haré pagar –murmuró Angelo mientras iba hacia la vieja nevera.

Mientras sacaba varios recipientes tapados, Atlanta fue inspeccionando los armarios hasta encontrar platos y cubiertos. Decidieron tomar la pasta fría, con pan. Atlanta decidió disfrutar de lo que Zeke había considerado alimentos prohibidos y mezcló aceite de oliva y unas hierbas aromáticas que encontró en la despensa para mojar el pan en la mezcla. Luego puso la mesa en el patio. Se había hecho de noche. Había faroles que iluminaban la zona de la piscina y el patio mientras que, más abajo, en la colina, las luces de las casas parecían el reflejo de las estrellas que brillaban en el cielo. Angelo llegó poco después con la pasta, una botella de vino y dos copas.

–Yo no quiero vino, gracias –le dijo Atlanta.

Aun así, él dejó una copa delante de su plato.

–Por si cambias de idea. Nada saca el sabor de una comida mejor que una buena copa de vino.

–Está bien, ponme media copa.

Antes de terminar de cenar, Atlanta ya se había bebido dos medias copas. Angelo tenía razón con respecto al vino: complementaba el sabor de la salsa de tomate a la perfección. De hecho, hacía mucho tiempo que Atlanta no disfrutaba tanto de una comida.

–Esto es increíble –comentó, terminando el último bocado de pasta–. Siempre me ha gustado la comida italiana, aunque no acabo de saber cuáles son todos los ingredientes de esta salsa.

–Creo que contiene una hierbabuena especial, que crece por la zona –comentó él frunciendo el ceño–. Cuando llegué aquí el otro día y olí la salsa, recordé haber ido con Alex y con mi padre a recogerla. Y debía de ser muy pequeño.

–He oído decir que el olfato es uno de los sentidos que más memoria tiene.

–Pues creo que es cierto.

Angelo no parecía demasiado contento al respecto, así que no le preguntó si el recuerdo era bueno.

Atlanta vació su copa de vino.
–¿Quieres más? –le preguntó Angelo.
–No, ya he tomado suficiente.
–Creo que aquí utilizan la palabra *basta* –le dijo él.
–Sí, es una palabra muy útil.
–Pero si la utilizas demasiado, podrías perderte muchas… aventuras.
Angelo pensó que ella le diría que no tenía ganas de aventuras, sobre todo después de que los hubiesen fotografiado juntos en el aeropuerto de Roma, pero Atlanta se quedó mirándolo fijamente.
–En ese caso, supongo que tendré que intentar utilizarla bien.
–Sí.
Angelo se echó hacia detrás y sintió dolor en el hombro. Inmediatamente, se llevó la mano allí.
Atlanta lo miró con preocupación.
–No lo digas –le pidió él.
–Está bien. No te preguntaré acerca de la operación ni de la rehabilitación ni tampoco sobre tu calidad de vida –le prometió ella–, pero tengo curiosidad.
–¿Por qué?
–¿Qué tienes pensado hacer cuando dejes de jugar al béisbol?
¿Después? No había un después. Del mismo modo en que se había convencido a lo largo de los años de que no había un antes del béisbol, tampoco podía haber un después.
–No voy a irme a ninguna parte –replicó él en tono beligerante–. Los Rogues todavía me necesitan. Estaré bien la próxima temporada, no cometeré errores.
–No te estoy hablando de la próxima temporada. Ni de la de después, pero no puedes seguir jugando eternamente, Angelo.
Éste tuvo que hacer frente a la realidad. Levantó la vista a las estrellas y admitió:
–No lo sé.
–Tienes muchas opciones.
Las tenía. Podía ponerse a entrenar. Ya le habían hecho una oferta. O podía comprar una franquicia. El dinero no era un problema.
–El béisbol lo es todo para mí.
–Todo, no –lo contradijo ella en voz baja.

–Sí, lo es. Me salvó. Literalmente. El béisbol y Alex consiguieron que me saliese de las estadísticas.

–¿Qué quieres decir?

Aquél no era un tema del que le gustase hablar, sobre todo con una mujer tan guapa y con tantos problemas propios, pero el momento parecía ser el adecuado y, la persona, también.

–Lo más fácil habría sido que me metiese en problemas. Era demasiado joven y demasiado tonto como para pensar en las consecuencias. Y estaba enfadado.

–Con tu padre –adivinó ella.

–Con él, sí. Y con mi madre. Estaba enfadado con todo el mundo.

El cielo estaba plagado de estrellas. Angelo se concentró en una de ellas y continuó:

–Tenía la sensación de que mi hermano y yo no les importábamos a nadie. Nuestra madre llegaba borracha casi todas las noches. Tenía trabajo y, gracias a eso, teníamos un techo bajo el que dormir y comida cuando se acordaba de hacer la compra, aunque no entiendo cómo no la despidieron.

–Algunos alcohólicos son capaces de continuar con su vida, al menos, durante un tiempo.

–Así era Cindy. No era una mala persona, pero no le interesaba la maternidad. Supongo que también estaba enfadada porque el matrimonio con Luca no había funcionado. No hablaba mucho del tema, pero parece ser que se conocieron cuando ella estaba de vacaciones en Italia, se quedó embarazada y se casaron. Casi no se conocían. Estaban destinados al fracaso.

–Sí.

–En cualquier caso, creo que estaba desesperada por mantenerse joven y libre de responsabilidades.

–Algo difícil teniendo gemelos –comentó Atlanta.

–Sí. Ella se pasaba más tiempo fuera, de fiesta, que en casa con Alex y conmigo.

Tal vez por eso, pensó Angelo entonces, nunca le habían gustado las mujeres a las que les encantaba la fiesta y que rondaban por el estadio después de los partidos a ver si ligaban con algún jugador. Le habían recordado demasiado a Cindy y a su comportamiento irresponsable. La estrella a la que estaba mirando parpadeó, como

alentándolo a seguir hablando.

–Algunos de nuestros profesores intentaron ayudarnos, pero no podían hacer mucho sin la intervención del Estado. Y siempre que Cindy tenía que hablar con algún profesor o algún asistente social, se deshacía en lágrimas y prometía cambiar de actitud. Y la creían. Alex y yo también la creíamos.

–Es imposible no creer ese tipo de promesas cuando te las hace alguien a quien necesitas y quieres –comentó Atlanta con tristeza, como si supiese de lo que estaba hablando.

–Las cosas mejoraban durante una temporada, pero luego Cindy empezaba a salir otra vez.

Angelo dejó de ver las estrellas con claridad y tuvo que tragar saliva. Su madre los había abandonado, no física, pero sí emocionalmente.

–¿Y tu padre no os ayudó al menos mandándoos dinero?

Él negó con la cabeza.

–Según Cindy, Luca nos envió a Estados Unidos porque no podía mantenernos. Por entonces tenía un puesto de comida al borde de la carretera –le contestó él en tono helado–. Al final, las cosas se enderezaron y pudo abrir un restaurante, volver a casarse y mantener a una segunda familia.

–¿Y nunca se puso en contacto con Alex y contigo?

–Una vez. Teníamos dieciocho años y ya vivíamos en Nueva York. Yo estaba tan enfadado con él que le colgué el teléfono con tanta fuerza que lo rompí –confesó.

–Tenías derecho a estarlo.

–¡Luca se olvidó de Alex y de mí! ¡Nos abandonó! –exclamó él, desahogándose.

–Lo siento, Angelo –le dijo Atlanta, alargando la mano para cubrir la suya.

–Ha pasado mucho tiempo.

–Pero sigues dolido.

Era cierto. El corazón seguía doliéndole tanto como el hombro. Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo decir nada más. Asintió.

# Capítulo 8

–Cuéntame cómo te salvó el béisbol. ¿Jugabas para el equipo del instituto?

–No. No sacaba notas tan buenas como para jugar en el equipo del instituto. No era buen estudiante y no se me daban bien las letras.

–¿Eres disléxico?

–Por aquel entonces no lo llamaban así, pero, sí, soy disléxico.

–Entonces, ¿cuándo empezaste a jugar al béisbol?

–Poco después de hacerle el puente a un Porsche rojo.

–¿Cuántos años tenías?

–Quince.

–¿Quince? Con esa edad todavía no podías conducir.

–No podía, pero lo hacía –dijo él en tono de broma–. Hacía eso y muchas otras cosas, cariño.

Atlanta sacudió la cabeza y se echó a reír.

–Continúa con la historia, por favor.

–Está bien. Cindy ya había fallecido y Alex y yo estábamos en un hogar de acogida. Habíamos huido de una casa en Boston y habíamos estado una temporada viviendo en la calle.

–¿Y cómo acabasteis en Nueva York?

–La gente con la que yo iba en Boston y unos amigos de Bronx me dijeron que podían encontrarme trabajo en Nueva York. A Alex no le gustó la idea, y se vino conmigo para vigilarme. Una noche, tenía que robar un coche, pero me equivoqué de calle –sacudió la cabeza–. Como soy disléxico…

–¿Y?

–Y Alex tuvo que venir a verme a la cárcel. Los servicios sociales se lo llevaron a una casa de acogida en Brooklyn. El padre había estado en la Marina. Lo llamaban el Gran Mike. Mientras yo esperaba a que saliese la fecha de mi juicio, el tipo consiguió que me dejasen salir y me mandasen a su casa.

–¿Y qué pasó con el juicio?

–Que me declararon culpable, e incluso iban a mandarme a la cárcel, porque a pesar de ser menor, no era la primera vez que delinquía, pero el Gran Mike se presentó ante el tribunal y le pidió al juez que no me echase a perder, que era un chico inteligente y que estaba seguro de que todavía podía cambiar mi vida.

–¿Y el juez le hizo caso? –le preguntó Atlanta.

–Sí. Me dejaron irme a casa del Gran Mike, que esa primera noche me sentó en la cocina y me dijo que, si desaprovechaba esa segunda oportunidad que me habían dado, él mismo se encargaría de que me metiesen en la cárcel.

–Y te asustó.

–Claro. Era un tipo enorme, que intimidaba mucho. Pero lo que me hizo seguir el buen camino fue el béisbol. Mike entrenaba un equipo, así que empecé a jugar en él... –Angelo no pudo seguir hablando, se emocionó.

Atlanta se dio cuenta.

–Así que el béisbol te salvó la vida.

Él asintió.

–Por eso no puedo imaginarme haciendo otra cosa, aunque sepa que no podré jugar siempre. Dadas tus circunstancias, tal vez pienses tú lo mismo acerca de actuar.

Ella se puso seria.

–Me encanta actuar. Y tienes razón. A mí mi trabajo también me salvó la vida en cierto modo. No obstante, estoy cansada de hacer siempre los mismos papeles. Llevo un tiempo queriendo ir en otra dirección. He contactado con un par de directores independientes, pero la verdad es que todavía no me he atrevido a dar el paso. Lo que quiero es que se me tome en serio, Angelo.

–Yo te tomo en serio.

Ella se ruborizó.

–Gracias. Por desgracia, en este negocio, las mujeres, en especial las atractivas, sólo parecen recibir elogios cuando hacen papeles en los que no salen guapas.

–¿Quieres que se reconozca más tu trabajo?

–Por supuesto, pero, sobre todo, quiero lo que eso representa.

–Respeto.

–Exacto.

–¿Y no crees que te lo has ganado ya? Apuesto a que a muchos

actores les encantaría trabajar contigo. Contigo en una película, el éxito está asegurado.

–Puede que tengas razón, pero no por mi talento, sino porque tengo muchos fans a los que les gusta mi aspecto y ver esas historias de pobre niña rica. No me malinterpretes, estoy muy agradecida por las oportunidades que me han dado. En un momento dado, el dinero era suficiente para sentirme feliz y segura.

–¿Segura?

–Esto… económicamente, quiero decir.

Angelo pensó que se refería a otra cosa y, dado que él acababa de abrirle su corazón, se sintió un poco decepcionado al ver que ella no hacía lo mismo.

–Tengo más dinero del que podré gastarme en toda la vida –estaba diciendo Atlanta–. A no ser que Zeke me deje sin blanca con la pensión alimenticia.

–¿Te ha pedido una pensión alimenticia? –le preguntó Angelo con incredulidad.

Ella le dijo la cifra mensual que quería Zeke.

–Dice que ha descuidado otras oportunidades de negocio por pensar en mi carrera.

–También dice que te has acostado con la mitad de Hollywood. Ese tipo es un mentiroso.

–Gracias.

–¿Por qué? ¿Por escucharte? Tal vez haga poco tiempo que nos conocemos, Atlanta, pero tengo muy claro lo que eres… y lo que no eres.

Ella tragó saliva y se encogió de hombros.

–El caso es que, a pesar de ser grandes éxitos de taquilla, sólo han recibido buenas críticas un par de mis películas. Al resto, las han puesto por los suelos.

–Ni caso a los críticos –le dijo Angelo enfadado–. ¿Qué saben ellos?

–Saben lo que es actuar bien. Y yo también. Soy capaz de hacerlo. Es sólo que no he encontrado el vehículo adecuado para explotar mi talento. Y con Zeke, era evidente que jamás podría hacerlo. Siempre que quería leer un guión de alguien desconocido, o en el que no se me exigía enseñar el escote, él me lo vetaba.

–¿Por eso lo dejaste al final?

–No podía más.

–Me alegro por ti.

–Cuando conocí a Zeke, pensé que era mi salvador, pero resultó que había cambiado un guardián por otro.

–¿Cómo es eso?

Atlanta se dio cuenta de lo que acababa de decir. Angelo la vio tan asustada de repente que le dijo: –Ya me lo contarás otro día. ¿Sabes que es casi media noche? Angelo se levantó, rodeó la mesa y le tendió la mano a Atlanta.

–Mañana.

–¿Qué? –preguntó ella mientras se ponía en pie.

–Que mañana será otro día. Podemos retomar la conversación donde la hemos dejado. Podríamos volver a cenar.

–Angelo…

–No hace falta que me cuentes ningún secreto, pero, si lo haces, puedes confiar en que no lo compartiré con nadie –levantó la mano de Atlanta y se la llevó a los labios–. Verás que se me da bien escuchar. Como a ti esta noche, cuando te he abierto mi corazón.

–En ese caso, tal vez quieras aceptar un consejo. Has venido a ver a tu padre, Angelo. No puedes seguir evitándolo poniéndome a mí como excusa.

–Este viaje está siendo soportable sólo gracias a ti –cuando Atlanta abrió la boca para protestar, él se le adelantó–. No te preocupes por Luca. Hablaré con él. Hay planeada una reunión familiar. Allí hablaremos y conoceré al resto del clan.

–Ya verás como no es tan horrible como piensas.

–Tal vez no. Tú y yo nos marcharemos pronto, en cuanto nos hayan presentado a todo el mundo –le dijo él sonriendo.

–¿Me estás invitando a ir contigo?

–Me vendrá bien una aliada.

–Se trata de una reunión familiar, Angelo.

–Son extraños para mí –la corrigió–. Lo único que tenemos en común es el ADN.

Pensó en Isabella y se sintió culpable. La descripción que había hecho no le parecía justa con ella, que era una mujer amable, interesante y llena de vida. Le caía bien, la admiraba. En otras circunstancias…

Pero las circunstancias no podían cambiarse.

–No tienes que darme una respuesta ahora mismo. Puedes pensártelo si quieres. Y, con respecto a mañana, te llamaré por la mañana, para que me digas cuáles son tus planes y cómo deberé ir vestido.

Atlanta ladeó la cabeza.

–¿Quieres que te diga cómo debes vestirte?

–No. Sólo quiero estar contigo, pero si es necesario…

La acercó a él y la besó con más pasión de lo que era sensato. ¿La estaba poniendo a prueba o se estaba poniendo a prueba a sí mismo? Ella suspiró, pero no se apartó en ese momento, esperó un poco más.

–Tenemos que dejar algo claro –le dijo por fin.

–¿El qué? –preguntó él, acariciándole la cintura y sintiéndola temblar.

–Que tenemos que tomar las decisiones juntos. ¿De acuerdo?

Él volvió a agachar la cabeza para besarla y susurró:

–Ningún problema.

Atlanta todavía estaba en la cama cuando Angelo la llamó a la mañana siguiente.

Y la mañana de después.

Y la de después.

Se acostumbraron a pasar la mayor parte del día juntos y a compartir la cena. Además de cenar en sus respectivas casas, recorrieron casi todos los locales de Monta Correnti, salvo Rosa y Sorella, por supuesto.

Después, hablaban, se besaban y se daban las buenas noches. Lo que estaba ocurriendo entre ambos era inesperado y dulce, ni una amistad ni una aventura. Atlanta no habría sido capaz de definirlo, pero se estaba empezando a convertir en una exquisita tortura.

Aquella mañana, la profunda voz de Angelo la acarició a través del teléfono:

–¿Has dormido bien? –le preguntó.

Atlanta casi no había pegado ojo, pensando constantemente en los besos que se habían dado la noche anterior. Estaba segura de que Angelo sería un buen amante, pero se sentía insegura con respecto a sí misma.

Zeke siempre había criticado su manera de hacer el amor.

–Menos mal que tus fans no saben lo inepta que eres en la cama,

cariño. No irían más a ver tus películas.

Intentó no pensar en ello y centrarse en la conversación que estaba teniendo con Angelo.

–Yo…

–Ya lo sé. Yo también.

–¿Qué quieres hacer hoy? –le preguntó ella.

–¿De verdad quieres saberlo? Es lo mismo que quería hacer anoche, la noche anterior y la anterior.

Atlanta se apartó el teléfono para que Angelo no se diese cuenta de que le costaba respirar. Él rompió el silencio con una risotada.

–Está bien, ya lo dejo. El día es joven, ya tendremos tiempo para hablar de ese tema después.

–¡Vamos de excursión! –exclamó ella.

–¿De excursión?

–La mujer que me alquila la casa me ha dicho que hay una fortaleza medieval cerca de aquí. Hay que andar un poco para llegar, pero me vendrá bien hacer algo de ejercicio.

–Pues yo conozco otras maneras mucho más estimulantes de mejorar tu ritmo cardiaco, ya sabes.

–Sí, una de ellas es hablar contigo –Atlanta esperó a que Angelo replicase, pero no lo hizo–. ¿Angelo?

–No deberías decirle eso a ningún hombre –contestó por fin, mucho más serio.

–¿Por qué no?

–Porque podrías darle alguna idea.

–Yo creo que tú ya tienes bastantes ideas. ¿Qué llevas puesto?

–¿Quieres saber lo que llevo puesto? –preguntó él sorprendido.

–Yo llevo una sábana de algodón y una sonrisa. ¿Y tú?

–Al parecer, me sobra ropa, pero eso es fácil de remediar. Espera un momento.

–¿Angelo?

No obtuvo respuesta. ¿Habría colgado? Atlanta oyó un ruido y esperó.

–¿Quieres saber ahora lo que llevo puesto? –le preguntó Angelo por fin.

–¿Una sonrisa?

–Eso, por descontado. ¿Y qué más?

Atlanta jamás se había sentido así, ni siquiera cuando había

rodado tórridas escenas de amor para sus películas. Se sentía confiada, poderosa y muy sexy.

–Sabes que la sábana es opcional, ¿no? –le dijo.

–Lo mismo digo.

–Tengo que confesarte algo.

–Que no te estás tapando con la sábana –adivinó él.

–No.

Sin darse cuenta, Atlanta empezó a desabrocharse la parte superior del pijama.

–¿Estamos teniendo sexo telefónico? –le preguntó.

–No –le dijo Angelo–. Son, más bien, juegos preliminares telefónicos. Por cierto, que preferiría hacerlos en persona. Podría estar en tu casa en quince minutos si no hago caso de las señales de tráfico y no me salgo en ninguna curva.

–Buen intento –le contestó ella. ¿Debía decirle que fuese? Quería hacerlo–. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras. Las ruinas no van a irse a ninguna parte.

–¿Estás segura?

Ella decidió hacerse la tonta.

–Llevan ahí unos mil doscientos años.

–Tu próxima película debería ser una comedia –gruñó él–. Estaré allí en una hora. Así me dará tiempo a darme una ducha fría.

Después de colgar el teléfono, Angelo pensó que estaban jugando con fuego. Aun así, quemarse era una de sus menores preocupaciones. La principal era el deseo que sentía por Atlanta. Estaba desesperado por estar con ella.

Era una locura. Sólo hacía unos días que se conocían, sólo se habían dado un par de besos.

Se dejó caer sobre el colchón. No, se recordó. Habían compartido mucho más. Él le había contado la historia de su vida. Y ella lo había escuchado. Aún más, lo había aceptado y comprendido. Lo había animado a dejar de evitar a su padre, a pensar en qué iba a hacer cuando dejase de jugar al béisbol.

¿Cómo había sido la vida de Atlanta? Algo sabía de las conversaciones que habían tenido, y algo había imaginado él, pero, para su propia sorpresa, quería saberlo todo y devolverle el favor apoyándola. Ambos se encontraban en un momento muy duro,

tanto personal como profesionalmente hablando. Él le había confesado que estaba asustado. Se había referido a su carrera, pero también le asustaba la relación que estaba empezando a tener con ella.

Angelo se tomó su tiempo antes de ir a casa de Atlanta y llegó una hora más tarde de lo planeado. Se la encontró sentada en el jardín. Tenía delante lo que parecía ser un guión y una taza de porcelana en la mano. Llevaba gafas de sol, los labios pintados y el pelo recogido en una sencilla coleta. Estaba tan guapa como cuando paseaba por la alfombra roja.

A Angelo se le aceleró el corazón y volvió a sentir una mezcla de emociones. Se sentó frente a ella con fingida naturalidad.

–Dime que te estás tomando un café y que hay más preparado.

–Sí a ambas cosas –le respondió ella–. Supongo que quieres uno.

–Sí.

Atlanta dejó a un lado el guión y se dispuso a levantarse, pero Angelo la detuvo alcanzando su taza medio vacía y terminándosela.

–No he podido resistirme –le dijo, dejando de nuevo la taza sobre su plato y estirando las piernas–. Tengo una enorme cafetera en casa. Me costó muy cara, era importada de Italia, pero el café que prepara no es nada comparado con éste. Tal vez debieras venirte a vivir conmigo y, así, cada taza de café que me tomase sería completamente perfecta.

La expresión de Atlanta se ensombreció.

–Pensé que íbamos a ser sinceros el uno con el otro. Lo que acabas de decirme me ha sonado al viejo Angelo y sus frases preparadas.

–Tienes razón. Es la costumbre. Lo siento.

–De acuerdo –le dijo ella, aceptando las disculpas–. Y, por cierto, ya me fui a vivir con un hombre por motivos equivocados en una ocasión. No pienso volver a cometer el mismo error.

A Angelo se le hizo un nudo en el estómago al pensar en Atlanta yéndose a vivir con otro hombre. ¿Estaba celoso? No le gustaba la idea. Era más bien curiosidad, así que preguntó:

–¿Por qué te fuiste a vivir con Zeke?

–En parte, porque pensé que me necesitaba. Y me necesitaba, pero no como compañera con la que compartir la vida.

–Sino para tener a alguien a quien controlar –sugirió Angelo.

–Sí –admitió Atlanta, sonriendo con tristeza–. Necesitaba un trozo de arcilla para modelar, como tú mismo dijiste.

–Creo recordar que no te gustó que te dijese eso.

–No, supongo que no estaba preparada para oírlo. Yo tuve tanta culpa como él al permitir que me tratase así.

–No estoy de acuerdo, ya lo sabes. ¿Lo… lo querías?

–Tal vez. Deseaba hacerlo –confesó ella, tragando saliva y apartando la mirada de Angelo–, pero, sobre todo, deseaba ser amada. Supongo que suena patético.

«No tanto», pensó Angelo.

–Yo también quería ser amado –empezó–, pero lo intenté de una manera distinta a la tuya. Atlanta volvió a mirarlo.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando estoy en la base, preparado para batear, nunca me siento solo ni… rechazado.

Atlanta alargó la mano y tomó la suya. Angelo pensó que jamás comprendería lo que le estaba costando contarle aquello, pero necesitaba hacerlo. Decirlo en voz alta. No para que lo oyese ella, sino para sí mismo. Había llegado el momento de aceptar que, después de dos décadas maravillosas, su carrera se estaba terminando.

–Cuando tengo el bate en la mano y mis fans corean mi nombre, no siento sólo que me sube la adrenalina. Me siento… aceptado –admitió.

Atlanta no dijo nada, pero le apretó la mano.

–Siento que soy alguien –continuó él–. Y no quiero perder eso, pero se me está escapando. No se trata de ser importante y famoso. Se trata de… importarle a alguien.

Cuando levantó la vista, ella estaba asintiendo y tenía los ojos azules nublados por las lágrimas.

–Sé lo que es no ser capaz de reconocer lo que vale uno y verte definido por cosas que escapan a tu control, pero lo cierto, Angelo, es que siempre le has importado a alguien. Y seguro que seguirá siendo así.

Él le apretó la mano también.

–Me gustaría poder creerlo.

–Lo harás. Lleva tiempo. Yo también estoy en ello.

Se quedaron así, con las manos unidas. La distancia emocional que habían mantenido hasta entonces se redujo. Angelo se aclaró la garganta.

–Bueno, ¿qué hay de ese café?

–Voy –le dijo ella, levantándose y tomando su taza–. Será sólo un momento.

# Capítulo 9

Cuando Atlanta se alejó, Angelo se pasó la mano por la cara. Después, su mirada fue a posarse en el guión que había encima de la mesa. El hecho de que estuviese al revés no lo ayudó, dada su dislexia. Tardó cinco minutos en descifrar las primeras palabras: *La bandera azul*.

Levantó la vista justo cuando Atlanta dejaba las tazas encima de la mesa. No la había oído llegar, probablemente porque estaba concentrado en intentar leer.

Se echó hacia atrás en la silla y se disculpó:

–Siento ser tan cotilla.

–No te disculpes. No es nada personal. Sólo un guión que estoy leyendo.

–¿Uno de esos proyectos independientes de los que me hablaste la otra noche? –le preguntó él, contento por poder cambiar de tema de conversación.

Atlanta asintió.

–¿Y vas a aceptar el papel?

–No, aunque la historia no es mala –añadió–. El papel principal, que es el que yo haría, es bastante profundo. Se trata de una mujer joven que acaba de descubrir que está embarazada y que, al mismo tiempo, intenta aceptar que a su hermana pequeña le acaban de diagnosticar una esquizofrenia. Le preocupa que su hijo pueda tener también una enfermedad mental. Y también tiene miedo de contárselo a su marido, que piensa que todas las personas con problemas mentales deben vivir encerradas.

–¿Y cómo termina?

–Digamos que tiene un final satisfactorio, pero no precisamente feliz.

–Suena bastante triste.

Mucho más triste que el resto de papeles que Angelo recordaba que hubiese hecho Atlanta. Y por eso ella estaba considerando si debía hacerlo. Quería salirse del molde.

–Algunas escenas son demasiado superficiales y no contribuyen a aumentar la tensión general. Además, el papel del marido no está bien desarrollado. No entiendo cuáles son sus motivaciones, por qué es tan cretino. Ni tampoco entiendo por qué mi personaje está con él.

–Tal vez no sea tan fuerte como tú. Hay que tener agallas para marcharse.

Atlanta levantó la mirada, pero cuando habló, lo hizo para cambiar de tema.

–Deberíamos marcharnos. Ahora hace sol, pero han dicho que luego va a llover. Si nos vamos ahora, podremos hacer la excursión antes de que empeore el tiempo.

Las ruinas estaban apartadas de la carretera principal y, durante la última media hora en coche, no pasaron por delante de ningún local. Por suerte, Atlanta había seguido el consejo de Franca y había preparado algo para comer.

–¿Estás segura de que es aquí? –le preguntó Angelo después de detener el coche a un lado de la carretera.

Había un camino que se adentraba en la densa arboleda, pero la única señal era una flecha de madera en la que ya no se veían las letras.

–Según me ha dicho Franca, no suelen venir muchos turistas.

–No hace falta que vayamos –le dijo Angelo, mirándole los pies. Atlanta no iba bien calzada para andar por la montaña.

Pero ella abrió la puerta del coche.

–Ya hemos llegado hasta aquí. Además, creo que estará bien ver otras ruinas que no sean las de mi vida.

–Ni las de la mía –murmuró Angelo, bajándose del coche.

Hacía más fresco allí, tal vez porque los árboles impedían el paso del sol. Y el camino era lo suficientemente ancho para que pudiesen andar el uno al lado del otro. Empezaron a avanzar a buen paso, y lo mantuvieron incluso cuando la pendiente se hizo más pronunciada. Veinte minutos más tarde, Atlanta tenía el corazón acelerado, le empezaban a quemar los músculos de las piernas y se le estaba haciendo una ampolla en el talón izquierdo.

–Estamos haciendo mucho ejercicio –comentó Angelo, como si le hubiese leído el pensamiento.

–Darnell estaría encantado –comentó ella, pensando en su entrenador personal por primera vez en muchos días.

Un momento después, estuvo a punto de tropezar con la raíz de un árbol.

Angelo le ofreció la mano para que se agarrase.

–Ten cuidado –le dijo entre risas–. Tal y como tengo el hombro, no podré llevarte de vuelta al coche si te tuerces un tobillo.

Atlanta pensó que, aunque lo había dicho de broma, aquellas palabras representaban un cambio para él. Ya no negaba su lesión y el efecto que estaba teniendo y que tendría en el futuro.

Llegaron al final del camino unos minutos después y vieron un claro en el que la hierba estaba muy alta. Había algún matorral y pocos árboles, pero lo que más llamó su atención fueron las enormes piedras grises que se alzaban entre la vegetación como un ejército de fantasmas, un evocador e inquietante recuerdo de un tiempo pasado.

–No es lo que esperaba –comentó Angelo.

Había sido una fortaleza, pero ya no era más que una pila de escombros. Atlanta tuvo que utilizar la imaginación para visualizar los altos muros, las torres y a toda una comunidad viviendo allí.

–No, pero es impresionante.

Apoyó la mano en una de las piedras cubiertas de musgo. Estaba fría. Mucho tiempo atrás, alguien había trabajado muy duro para llevar aquellas piedras hasta allí.

Aquella fortaleza había soportado ataques durante más de dos siglos antes de caer en manos enemigas. Había sido entonces cuando se había dañado más su estructura, según Franca. No obstante, sus restos seguían allí, y lo estarían hasta mucho después de que Angelo y ella se marchasen.

Había cosas que desafiaban el paso del tiempo. Eso le hizo recordar lo que le había dicho a Angelo, que seguiría siendo importante aunque su carrera se terminase. Había estado a punto de decirle que seguiría importándole… a ella.

Era un hecho que Atlanta no podía seguir negando.

Estuvieron una hora paseando entre las ruinas.

Sólo las vistas merecían la pena. Atlanta se apoyó en lo que quedaba del muro y miró hacia el valle que se extendía a sus pies.

–¿De verdad piensas que soy tan fuerte? –le preguntó a Angelo,

volviendo a la conversación que habían tenido en su patio. Se giró a mirarlo–. ¿Y no la devorahombres de la que hablan las revistas?

Él apoyó la cadera en una piedra y se quedó mirándola fijamente.

–Tienes mucha fuerza, Atlanta.

–Cuando era niña… no era tan fuerte. Me prometí a mí misma que no volvería a cometer jamás ese error, pero lo hice con Zeke. Las circunstancias eran diferentes, pero… –se encogió de hombros.

–Nadie es fuerte de niño, Atlanta, ni siquiera cuando uno quiere que todo el mundo piense que lo es.

–¿Te incluyes a ti?

–Hace una semana, lo habría negado, pero, sí. Me incluyo a mí.

–¿Y qué ha cambiado desde hace una semana?

–Te lo contaré cuando lo sepa.

Ya lo habían visto todo, pero se quedaron por allí un rato más. La tormenta, que cada vez estaba más cerca, hacía que las vistas fuesen cautivadoras.

–No me puedo creer que se me haya olvidado la cámara de fotos –dijo Atlanta.

–Yo he traído el teléfono móvil. Tiene cámara –le dijo él, sacándolo.

–¿Tienes cobertura aquí?

–No lo he comprobado. A decir verdad, espero que no.

–Entonces, ¿por qué has traído el teléfono? –preguntó ella.

–Es una costumbre. Una mala costumbre.

Luego levantó el teléfono y le pidió que sonriese. Miró cómo había quedado la foto.

–Preciosa.

Atlanta le quitó importancia al comentario y se encogió de hombros.

–Soy fotogénica, eso es todo.

–Pues la verdad es que yo pienso que eres mucho más guapa en persona que en el cine.

Ella abrió la boca para volver a negarlo, pero, sin saber por qué, preguntó:

–¿De verdad?

–De verdad. Siempre han dicho que la cámara engorda y es verdad.

Atlanta se echó a reír e intentó darle un golpe en el brazo, pero él le agarro la muñeca antes de que lo consiguiese e hizo que se acercase a él. Una vez en sus brazos, la acarició, subiendo las manos desde la cintura hasta la altura de los pechos.

–Bueno, tal vez no engorde tanto –se acercó más y la besó en el cuello–. Sabes que lo digo de broma, ¿no?

–Sí, pero es sólo porque no pude terminar de comerme los pasteles.

Atlanta inclinó la cabeza y él le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

–Deberías comerte dos pasteles diarios durante toda tu estancia en Italia.

–¿Es una orden?

–Ya sé que no te gustan las órdenes, así que, no. Considéralo más bien una petición.

–¿Una petición?

–Soy capaz de suplicar si es necesario.

Ella pensó que también sería capaz de hacerlo.

Era casi de noche cuando regresaron a Monta Correnti. Para entonces, se había levantado el viento y la masa de nubes oscuras estaba ya encima de sus cabezas. Por suerte, la madre naturaleza esperó a desatar su furia a que ellos estuviesen casi en casa de Atlanta.

Entonces, empezó a diluviar. Ni siquiera los limpiaparabrisas podían funcionar con suficiente rapidez como para que pudiesen ver. Angelo condujo el último tramo a paso de tortuga, agarrando el volante con todas sus fuerzas. Cuando por fin detuvo el coche, suspiró aliviado.

–Qué aventura, aunque preferiría no volver a repetirla.

Había aparcado lo más cerca posible de la entrada principal de la casa, pero, aun así, Atlanta supo que se empaparían antes de entrar.

–Esperemos un minuto –sugirió Angelo cuando vio que iba a salir–. Va a amainar.

Atlanta miró a su alrededor.

–Supongo que no tienes ningún paraguas por aquí…

Él encendió la luz del techo y miró también.

–Al parecer, no. Lo siento.

Los limpiaparabrisas seguían moviéndose con rapidez.

A Atlanta le pareció una situación muy romántica, allí encerrada en el coche con Angelo, con la tormenta fuera.

Aunque tal vez no fuese la situación, sino el hombre con el que estaba lo que la hacía romántica. Había luchado contra la atracción que sentía por él desde el principio, pero era como luchar contra la gravedad… agotador y, al fin y al cabo, inútil. Se dio cuenta de que Angelo la estaba mirando con deseo.

–No está amainando –comentó ella en voz baja.

–No, sigo pensando que lo hará, pero… –le respondió Angelo en tono divertido.

Ella se humedeció los labios.

–No deberías volver a casa con este tiempo. La carretera es muy mala.

–Me las arreglaré.

–Me quedaría preocupada. Entra conmigo.

Él respiró hondo.

–¿Estás segura de que quieres que entre?

Estaban hablando de algo más que de refugiarse en casa de Atlanta.

–Sí. No.

–¿Entonces?

–No quiero que te marches.

Angelo apagó el motor y se metió las llaves en el bolsillo. El interior del coche se oscureció. Los limpiaparabrisas se detuvieron. El corazón de Atlanta continuó golpeándole el pecho.

Corrieron juntos hacia la puerta de la casa, sin aliento. Tal y como Atlanta se había imaginado, llegaron los dos empapados. Angelo tenía la camisa pegada al pecho, marcando sus fuertes músculos. Distraída, Atlanta tardó unos segundos en darse cuenta de que a ella le había ocurrido lo mismo con su ropa. Se cruzó de brazos. Levantó la vista y vio que Angelo la estaba observando.

–Esto… iré a por unas toallas –le dijo.

–Espera un momento, antes necesito hacer algo –la detuvo él, acercándose y retirándole el pelo mojado de la cara–. Eres la mujer más guapa que he visto en toda mi vida –le susurró.

Atlanta tragó saliva.

«Eres una chica muy guapa, Jane. Pronto todos los chicos irán

detrás de ti».

Se negó a recordar lo que le había dicho Duke después de hacerle lo que le había hecho. Se negó a pensar en Zeke y en que había hecho fortuna con su rostro.

Allí de pie, con Angelo, decidió limitarse a sentir. Por primera vez en su vida, se sentía bella y femenina. Le resultó irónico, estando empapada. Tenía el pelo aplastado y seguro que llevaba todo el rímel por la cara. Y, aun así, a Angelo le parecía guapa y ella también se sentía así.

Se sintió fuerte. Ya no era la hijastra aterrada de Duke, ni la obediente protegida de Zeke. Era como si la lluvia se hubiese llevado todo lo malo de su pasado.

Se quitó las bailarinas y les dio una patada.

–Soy mucho más que un rostro bonito, ¿sabes?

Angelo asintió despacio, como si le hubiese gustado oír aquella aclaración, casi como si entendiese por qué la había hecho.

–Me di cuenta a los cinco minutos de conocerte. Y me estoy refiriendo a hace tres años, cuando te vi en aquella discoteca.

Recorrió su labio inferior con el dedo pulgar, haciéndole sentir un escalofrío.

–Pues a mí me costó más.

«Toda una vida», pensó.

–Más vale tarde que nunca.

Angelo tomó su rostro con ambas manos y la besó. Desesperada por hacer durar el beso, Atlanta se aferró a su camisa y se entregó al deseo.

Lo peor de la tormenta ya había pasado, tanto fuera como dentro de la casa. Angelo y Atlanta se quedaron tumbados en la cama, agotados. Ella pensó que había hecho escenas similares en numerosas películas, y con Zeke, pero nunca había sentido de verdad lo que había fingido sentir.

Hasta entonces.

No se trataba sólo de sexo, aunque éste había sido increíble. Se trataba del hombre. De su fuerza y su vulnerabilidad. De su generosidad, no sólo como amante, sino también como amigo.

Todas las emociones que Atlanta estaba experimentando eran tan nuevas y desconcertantes como las sensaciones físicas que había

tenido. Habían ido creciendo desde su primer encuentro, se habían ido haciendo cada vez más profundas, más fuertes, eran imposibles de ignorar.

«Te quiero».

Estuvo a punto de decírselo, pero no estaba segura de que él quisiera oírlo, así que no lo dijo.

Pensó que Angelo se había quedado dormido hasta que le oyó decir:

–Estás muy callada.

–Me he quedado sin habla, diría yo.

Él se apoyó en el codo y la observó.

–¿Te ha gustado? Parecías… indecisa.

–¿Sí?

–Un poco. Sólo al principio.

La Atlanta de antes se habría disculpado y se habría ido al cuarto de baño a esconderse. La nueva Atlanta se puso encima de él, decidida a conseguir que los recuerdos que Angelo se llevase de su encuentro fuesen positivos.

–Vamos a ver qué opinas esta vez.

# Capítulo 10

El sol ya estaba en lo alto del cielo cuando Angelo se despertó. Se desperezó y alargó los brazos hacia la mujer responsable de la sonrisa que tenía en los labios, pero sólo encontró las sábanas frías. Abrió los ojos. La habitación estaba vacía. Se vistió y bajó al primer piso.

Atlanta estaba sentada en la mesa de fuera, tomándose un café y leyendo otro guión. Parecía… tranquila. Sonrió al verlo, era una sonrisa seductora e ingenua al mismo tiempo.

–Me preguntaba cuándo ibas a despertarte. ¿Has dormido bien?

–Sí –le contestó. En parte, porque había dormido con ella. Se acercó y le dio un beso en los labios–. Pero lo que más me ha gustado ha sido el rato que hemos estado despiertos.

–A mí también –admitió ella, ruborizándose.

Angelo se sentó en la silla que tenía enfrente y señaló los papeles que tenía en la mano.

–¿Otro guión?

–Sí.

–¿Más prometedor que el anterior?

–Mi personaje sería una asesina en serie –le contó ella, sonriendo con malicia–. Aunque ella no se ve así, por supuesto. Es enfermera y sus víctimas son personas sin familia. Piensa que les hace un favor liberándolos de su soledad.

–Pareces contenta.

–Un poco. Aunque sólo he leído un par de capítulos, es evidente que los personajes están bien desarrollados.

–Suena interesante.

–El único problema es que la película no tiene financiación. De hecho, llevo la última hora pensando en financiarla yo.

–¿Te refieres a montar una productora?

–Exacto. ¿Crees que estoy loca?

–Ya te he dicho que tienes mucha fuerza. Lo único que puedo añadir es: tiembla, Hollywood.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por creer en mí.

–Lo mismo digo –respondió él.

Angelo se marchó poco después, tras rechazar la invitación de Atlanta a desayunar. Ya habían pasado casi las últimas veinticuatro horas juntos y si no quiso quedarse más fue, precisamente, porque la idea le gustaba demasiado.

Antes de volver a casa, se detuvo a tomar un café en la misma cafetería a la que había entrado con Atlanta al día siguiente de llegar a Monta Correnti. Pensó en lo mucho que habían cambiado ambos desde entonces, y en lo mucho que había cambiado su relación.

La noche anterior, después de hacer el amor por segunda vez, ella le había preguntado qué ocurriría cuando volviesen a casa.

–Que retomaremos nuestras vidas –había contestado él.

En realidad, quería seguir viéndola, fuesen cuales fuesen las complicaciones. Lo suyo no tenía por qué terminarse en Italia.

Iba de vuelta a su coche, perdido en sus pensamientos, cuando oyó que alguien decía su nombre. No reconoció la voz, pero supo de quién se trataba al instante.

–Papá –respondió en un susurro.

No pudo evitar que los recuerdos se agolpasen en su mente. Recordó haber ido montado en sus hombros, recordó subirse en sus rodillas. Recordó haber reído mientras Luca lo lanzaba en el aire.

«*Ti amo, papa*».

Sintió amor en su forma más pura, el amor de un niño por su padre. Y otros sentimientos: ira, confusión, dolor y miedo, lo ayudaron a aplacarlo y borraron de su mente aquellos recuerdos.

–¡Angelo! Hijo mío. No puedo creer lo que estoy viendo –le dijo Luca con una sonrisa, abriendo los brazos para darle un abrazo.

Él retrocedió. Lo habían mandado al exilio, y no estaba seguro de poder perdonar a su padre por ello. Luca asintió, como si lo comprendiese.

–Quería haber ido a verte después de mandarte la cesta de fruta, pero Isabella me dijo que esperase, que te diese más tiempo.

–He tenido treinta y cinco años de tiempo.

Luca se sonrojó.

–No… no tengo excusa. Sólo puedo disculparme.

–En realidad, me alegro de que no vinieses a verme. He estado disfrutando de mi estancia aquí.

Luca no se dio por aludido.

–Me alegro. La compañía de una mujer bella siempre ayuda.

–Es cierto.

–Tal vez podríais venir los dos al restaurante una noche para que os invitase a cenar.

–No quiero nada de ti.

–Sólo sería una cena –le dijo Luca en tono tranquilo.

Angelo decidió moderar el suyo.

–La llevaré a Rosa para la fiesta que tiene planeada Isabella. Supongo que serás tú quien correrá con los gastos.

La expresión de Luca era triste.

–Ojalá pudiese cambiar el pasado.

A Angelo empezaron a picarle los ojos. Quería creer a su padre.

–Pero no puedes hacerlo, Luca. No puedes.

De vuelta en su casa, Angelo paseó de un lado a otro, nervioso. ¿Cómo podía su padre actuar como si estuviese tan triste y arrepentido? Llegaba tres décadas tarde.

–No te quiero en mi vida –murmuró–. No te necesito.

Poco a poco, volvió a levantar el muro que había rodeado su corazón en todo lo referente a su padre. Si no hubiese sido por Atlanta, ya tendría las maletas hechas y estaría volviendo a Nueva York.

Se lo dijo a Atlanta cuando ésta llegó a cenar a su casa esa noche.

–Me alegro de que te quedes –admitió ella, cuando ya estuvieron sentados en el patio–. No sólo por mí, sino también por ti.

Él entendió lo que quería decir. Suspiró.

–No pensé que esto iba a ser tan difícil.

–Enfrentarse al pasado nunca es fácil.

–Tú nunca hablas de tu familia –le dijo Angelo.

–Porque no me gusta hablar de ella –respondió Atlanta en voz baja.

–A mí tampoco, pero tengo que hacerlo.

Ella dio un trago de vino antes de volver a hablar.

–Digamos que Luca es un padre modélico al lado de mi padrastro.

–Vale.

–Duke era el demonio en persona. En casa, siempre intentaba pasar desapercibida, sobre todo, si mi madre no estaba.

Angelo notó que se le hacía un nudo en el estómago.

–Hablas de tu padrastro. ¿Qué fue de tu padre?

–Nada. No sé quién es mi padre. Ni siquiera mi madre está segura. Esto no lo sabe casi nadie. En realidad, sólo se lo he contado a otra persona.

–A Zeke –adivinó él.

–A mi abogado –lo corrigió ella–. Le manda cheques a mi madre para que mantenga la boca cerrada y no perjudique mi carrera.

–¿Y tu padrastro?

–Murió hace cinco años. Hasta entonces, también tuve que mandarle cheques. Me pedía más que mi madre.

–¿Por qué?

Atlanta guardó silencio.

–Te chantajeaba –adivinó Angelo.

–Sí. Así que ya ves. Tu familia es normal en comparación con la mía.

–Yo no diría tanto, pero… –le tomó la mano–. Lo siento mucho, Atlanta.

Ella hizo un esfuerzo por controlar sus emociones.

–No pasa nada –le dijo–. Hace mucho tiempo que me hice a la idea. Con mi madre no tengo relación, aparte de los cheques. Me ha dejado muy claro que eso es lo único que quiere de mí. Nunca me llama por mi cumpleaños, ni en vacaciones. Sólo contacta conmigo a través de mi abogado, cuando se queda sin dinero.

Atlanta tomó aire antes de continuar:

–Y me alegré cuando me enteré de que a Duke le había dado un infarto. Aunque tengo que admitir que no me siento orgullosa de ello. Me bebí media botella de champán para celebrarlo.

–Tenías derecho a hacerlo.

–Eso pensé yo, aunque a Zeke no le gustó llegar a casa y encontrarme medio borracha, escuchando música country –comentó Atlanta, riendo con desgana al recordar a su ex yendo y viniendo

por la habitación, haciéndole preguntas mientras ella reía de forma histérica.

–La familia es un asco –se quejó Angelo.

–Estoy de acuerdo, pero me gustaría que no fuese así.

Él la miró sorprendido.

–Sigo soñando con que mi madre viene a verme, me pide perdón y me dice que está orgullosa de mí, que le importo –le confesó Atlanta.

–No te confundas, yo a Luca no le importo. Si le importase, no habríamos estado treinta años sin saber nada de él. Y habría sido él quien se hubiese puesto en contacto con Alex y conmigo, en vez de dejar que lo hiciese Isabella.

–Tal vez tuviese miedo, Angelo.

–¿A qué?

–A vuestra reacción. Quizá le diese miedo que lo rechazaseis otra vez. Ya sabes cómo es eso.

–No.

–Tu padre sabe que no hizo lo que debía –continuó ella, pensando en las decisiones equivocadas que había tomado en la vida–. Esas cosas te persiguen toda la vida.

Angelo suspiró.

–Suelo ser un tipo de trato fácil. Nunca he sido rencoroso, pero esto… –sacudió la cabeza–. No entiendo por qué Luca nos mandó a Estados Unidos. No puedo olvidarlo. Ni tampoco puedo perdonarlo.

Atlanta pensó en Zeke y en su padrastro. Ambos hombres le habían dejado cicatrices, tanto emocionales, como psicológicas y físicas. ¿Los había perdonado? ¿Sería capaz de olvidar alguna vez?

–Tal vez sea el momento de intentarlo –sugirió.

Habían terminado de cenar. La luna estaba cada vez más alta en el cielo. Al menos uno de ellos había aceptado el pasado.

Miró hacia donde estaba el jacuzzi.

–Qué tentador –dijo.

–Es una pena que no te hayas traído el bañador.

Atlanta se levantó y lo agarró de la camisa.

–Yo estaba pensando que es una suerte.

A Angelo lo despertó el teléfono a la mañana siguiente. Era la segunda vez que dormía con Atlanta. Y la segunda que se

despertaba solo. No le importaba, pensó mientras intentaba quitarse la sábana de encima para responder al teléfono. Era su hermano.

–Eh, Angelo. ¿Cómo va todo?

–Va –respondió él, intentando espabilarse. Según el reloj de la mesita de noche, eran casi las nueve.

–¿Has hablado ya con Luca?

–Ayer. Me lo encontré por casualidad.

–¿Te lo encontraste? No parece que hablaseis mucho.

–Lo suficiente.

–Angelo…

–No –le advirtió él.

–¿Estás bien?

–¿Por qué no iba a estarlo?

–Para mí también fue una gran impresión volver a ver a papá.

–No lo llames así –gruñó Angelo, sentándose en el borde de la cama.

–Es nuestro padre. Te guste o no, eso no puede cambiarse. Y Luca quiere formar parte de nuestras vidas, si nosotros se lo permitimos.

–Ya sabes cuál es mi respuesta.

–Entonces, ¿por qué estás allí?

–Porque tú me convenciste para que viniera –replicó.

Alex tardó un momento en volver a hablar.

–También fue extraño para mí estar en Italia. Hasta que llegué a Monta Correnti, pensaba que no tenía ningún recuerdo del lugar, ni de Luca o de aquella época de nuestra niñez, pero al estar allí empecé a recordar cosas.

Angelo tragó saliva antes de preguntar:

–¿Te acuerdas de cuando íbamos al campo a recoger hierbas?

–Sí –contestó Alex riendo–. Luca sabía muy bien lo que quería. Recuerdo que siempre lo convertía en un juego. A ver quién encontraba las hojas de albahaca más perfectas.

–Y siempre ganabas tú.

–Sólo porque tú eras demasiado impaciente.

–Cada vez nos subía a uno de nosotros a sus hombros –continuó Angelo–. Yo me sentía como un gigante allí arriba.

–Sí.

Ambos guardaron silencio y después Alex cambió el tema de la

conversación:

–Según los medios de comunicación, parece que no te está faltando la compañía femenina en este viaje. ¿Cómo has conseguido conocer a Atlanta Jackson?

Angelo decidió contestar en tono de broma.

–Ya sabes lo que pasa, hermanito. Ninguna mujer se me resiste. Será mejor que te cases pronto con Allie, antes de que me conozca y se dé cuenta de que está con el gemelo equivocado.

–No lo creo. Estamos hechos el uno para el otro –le aseguró Alex.

Angelo se acercó a la ventana. Atlanta estaba fuera. El corazón se le encogió al verla, porque había pensado que se había marchado.

–Me alegro por ti, Alex –le dijo a su hermano–. Me alegro por los dos.

–Gracias, pero tengo que confesarte que yo estoy preocupado por ti. Lo que dice la prensa de Atlanta últimamente no es nada bueno. Y ahora están hablando también de ti.

–Ya sabes cómo es la prensa.

–Sí, pero no es sólo la prensa amarilla la que está hablando de vosotros. La otra noche vi las noticias y dijeron que estáis los dos juntos en alguna parte de Italia. Tus fans se preguntan por qué no estabas en la final, aunque no pudieses batear. Cuando los Rogues perdieron la otra noche, hubo quien quemó tu fotografía.

–¿Qué?

–Estaban borrachos, pero no son los únicos que piensan que dabas por hecho que iba a perder

tu equipo.

–¡Eso no es cierto! –gritó Angelo por teléfono.

–No es a mí a quien tienes que convencer –le respondió Alex en voz baja.

–No habría soportado ver el partido desde el banquillo, pero lo he seguido por Internet. He estado en contacto con mi agente.

–Los hinchas sólo ven lo que ven. Y ahora mismo lo que ven es que el Ángel de Nueva York está en algún lugar de Italia con la Mata Hari de Hollywood.

Angelo juró mientras su hermano seguía hablando.

–Dicen que Atlanta y tú os conocisteis hace unos años. Se

especula con que habéis estado viéndoos a espaldas de su novio y con que tú eres el principal motivo de la ruptura de su relación.

–Tú me conoces y sabes que no es verdad. Nunca me meto en terreno ajeno –protestó Angelo.

–Eh, no lo pagues conmigo. Sólo te estoy contando lo que se dice por ahí.

–Bueno, pues yo voy a contarte la verdad. Atlanta y yo nos conocimos hace unos años, pero ella me rechazó tajantemente.

Angelo oyó reír a su hermano al otro lado del teléfono, pero no le hizo caso.

–Luego nos encontramos en el aeropuerto de Nueva York, de camino aquí –continuó–. Casi no nos conocemos –concluyó, sabiendo que estaba mintiendo.

–Una camarera de la sala VIP del restaurante ha contado que os vio sentados juntos. Y ha dicho que parecíais muy amigos, y que hasta os disteis un beso.

–Fue un beso de despedida.

–¿De despedida? Pero seguís juntos –puntualizó Alex.

–Resultó que viajábamos en el mismo avión. Y que veníamos al mismo sitio. Pura coincidencia.

¿O había sido el destino?

–Así que, ¿no hay nada? –le preguntó Alex.

Angelo observó a Atlanta por la ventana y se tomó su tiempo antes de responder:

–No sé qué es lo que hay.

–Eso suena muy serio, viniendo de ti.

–No lo sé.

–Yo creo que no deberías conformarte con una rubia tonta.

Si hubiesen estado cara a cara, Angelo le habría dado un meneo a su hermano por decir aquello, pero expresó su enfado con su tono de voz y sus palabras.

–Ten cuidado con lo que dices de ella.

–¿Tan en serio va la cosa?

–No va en serio –mintió Angelo.

–¿Estás seguro? –Alex bajó la voz para continuar–. Lo mismo me dije yo cuando conocí a Allie. El amor da mucho miedo, pero merece la pena cuando se trata de la mujer adecuada.

–No estoy enamorado –replicó Angelo.

Alex no se lo discutió; en su lugar, le dijo:
–Ten cuidado, Angelo. Asegúrate de que es la adecuada.
–No es quien tú piensas que es. Atlanta es muy distinta a la mujer a la que representa en el cine, y no tiene nada que ver con la actriz de la que habla la prensa.
–Donde hay humo… –comentó Alex.
En cualquier otra ocasión, Angelo se habría dado cuenta de que su hermano lo estaba provocando, pero en aquélla no pudo evitar entrar al trapo.
–Te equivocas. Todo se lo inventa su ex. Es un tipo amargado y dominante. Lleva una década exprimiéndola y está enfadado porque ella lo ha dejado.
–Te veo muy implicado en el tema –le dijo Alex.
Angelo contuvo un suspiro.
–Odio ver que se condena a alguien injustamente.
–¿Y qué hay de todas esas aventuras que dicen que ha tenido?
–Son sólo rumores. Tonterías. Atlanta no es una mujer fatal.
–Entonces, no seré yo quien diga lo contrario –le respondió Alex en voz baja–. De todos modos, tu vida amorosa no era el motivo de mi llamada.
–Prefiero hablar de Atlanta antes que de Luca.
Alex se echó a reír.
–Seguro que sí. ¿Has tenido la oportunidad de conocer a alguien más de la familia?
–A Isabella –le contó Angelo, suavizando el tono de voz–. Estaba en la casa cuando llegué. Me dio la bienvenida a Monta Correnti con un gran banquete.
–Es todo corazón, además de una estupenda cocinera.
–Todavía no puedo creerme que tengamos una hermana.
–Y un par de hermanos también –añadió Alex echándose a reír–. Espera a conocer a Valentino. Es la alegría de la fiesta. En cierto modo, me recuerda a ti. Le encanta la adrenalina, y las mujeres. Aunque ahora está muy contenido, gracias a Clara.
Angelo recordó otras conversaciones que había tenido con su hermano acerca de aquel tema.
–Valentino no es nuestro hermano en realidad, ¿verdad? Quiero decir, que no tenemos la misma sangre. No es un Casali.
–Que nadie te oiga decir eso –le advirtió Alex muy serio–. Tal

vez Valentino no sea hijo biológico de Luca, pero es de la familia.

Familia. Alex decía aquella palabra con tanta facilidad…

–Así que Luca crió a un hijo que no era suyo, pero se olvidó de nosotros, ¿no?

–Tiene que ser muy duro llevar esa cruz a cuestas todo el día –le reprochó Alex–. Por cierto, ¿qué vas a hacer?

–¿Con la cruz?

–Con el hombro.

Angelo lo sabía. Siempre lo había sabido.

–Operarme.

–¿Y luego?

–Estoy pensando en entrenar. O en intentar trabajar de comentador.

–Me sorprende oírte decir eso.

–¿Por qué? Me encanta el béisbol. Siempre formaré parte de él.

–No es eso lo que me sorprende –le dijo Alex, pensativo–. Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

Angelo pensó que había sido gracias a la ayuda de Atlanta, pero decidió dirigir la conversación hacia otro tema.

–Isabella me ha contado que Cristiano es bombero y que resultó herido en un incendio en Roma.

–Sí, aunque, al parecer, Isabella no te lo ha contado todo. No fue un incendio cualquiera. Cristiano salvó once vidas en los atentados de Roma. Es un héroe. Y todo el mundo está muy orgulloso de él.

Angelo sintió respeto por aquel hombre. Y después, admiración también. Sintió curiosidad por conocerlo. De hecho, deseó conocer también a Valentino. Eran familia. ¿Cuándo había empezado a familiarizarse con aquel concepto?

–Eh, ¿sigues ahí? –le preguntó Alex.

–Sigo aquí –le contestó él, frotándose la frente–. Tengo muchas cosas que procesar, ya sabes –admitió.

–Lo sé. También a mí me costó al principio, pero Allie me ayudó a darme cuenta de que era un regalo.

–Un regalo –repitió Angelo, resoplando.

–Dale tiempo –le aconsejó su hermano antes de colgar–. Y una oportunidad a Luca.

Angelo estuvo dándole vueltas a aquello último hasta mucho rato después de haber colgado el teléfono. Tal vez su padre se

mereciese algo más de su tiempo.

# Capítulo 11

Angelo salió a la piscina en busca de Atlanta, que estaba sentada en el bordillo, con los pies metidos en el agua. Se sentó a su lado y le dio un beso.

–Tengo que decírtelo, no me gusta despertarme solo.

–Lo siento. Siempre me levanto temprano. No quería despertarte.

–Pues hazlo –le pidió él, dándole otro beso, más largo que el anterior–. Ha habido un cambio de planes para hoy.

–¿Te ha surgido algo?

–Necesito… ver a mi padre.

–¿Cómo es que has cambiado de idea? –le preguntó ella, sorprendida.

–Ha sido Alex –confesó él, suspirando–. Acaba de llamarme. Cree que debo dedicarle algo más de tiempo a nuestro padre.

–Estoy de acuerdo –le dijo Atlanta.

–Lo sé.

–No creo que te arrepientas, sea cual sea el resultado.

–Ya, hay que enfrentarse al pasado y todo eso.

–Veo que me escuchas cuando te hablo –le dijo Atlanta, dándole un beso y poniéndose de pie–. ¿Me llamarás luego?

–Cuenta con ello.

A pesar de haber tomado la decisión de ir a ver a su padre, Angelo no fue a Rosa, donde averiguó que estaría su padre después de hablar con Isabella, hasta el final de la tarde. Al llegar a la puerta, se detuvo y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Pasaron cinco minutos y seguía allí, parado en el mismo lugar.

–El que duda… –comentó una voz de mujer a sus espaldas.

Angelo se giró y vio a una mujer mayor que lo miraba desde la puerta del otro restaurante. No la conocía, pero supo que era la

famosa tía Lisa. La mujer que, al parecer, podía haber ayudado a su padre para que éste no hubiese tenido que mandar a sus hijos a vivir con su madre.

–No estoy perdido –le dijo él.

–Y, sin embargo, sigues ahí.

Los rasgos de Lisa eran clásicos, de los que desafiaban al paso del tiempo. Debía de tener más o menos la misma edad que Luca, pero seguía siendo una mujer guapa.

–Me gusta tomarme mi tiempo.

–En ese caso, continúa haciéndolo.

Ninguno de los dos se movió de donde estaba y, poco después, Angelo comentó:

–Creo que somos familia.

–Y yo creo que tienes razón –asintió ella–. Soy Lisa Firenzi.

Él asintió y añadió en su mente un rostro más a la lista de familiares que tenía en la cabeza.

–La hermana mayor de Luca.

Ella apretó los labios un segundo. Angelo pensó que lo hacía por vanidad. A pocas mujeres les gustaba que se hablase de su edad. A juzgar por el pelo moreno de aquélla, y por su aspecto moderno, estaba claro que estaba decidida a luchar contra el paso del tiempo.

–Y tú eres Angelo, o, como te llaman en Nueva York, el Ángel.

–Eso es.

–En una ocasión estuve en tu ciudad y vi una fotografía tuya en un periódico. Eres bastante famoso.

–Se me da bien lo que hago –respondió él.

–Eres mejor que bueno, al menos, según el periódico que leí. Aunque la verdad es que no sé nada de ese deporte al que juegas.

–Béisbol.

–Sí. El artículo decía que tenías muchos y leales admiradores.

¿Cómo de leales? Aquella pregunta, que llevaba preocupándolo durante varias semanas, perdió de repente toda su importancia. Se acordarían de él o no lo harían. ¿Qué más daba?

¿Por qué no entras a Sorella? –le sugirió Lisa–. Deja que invite a cenar a mi sobrino el famoso.

Él miró el restaurante de su padre.

Y Lisa debió de leerle el pensamiento.

–Rosa no va a irse a ninguna parte, ni Luca tampoco. Además,

creo que conoces a una de mis clientas, una guapa joven estadounidense que ha venido sola –Lisa chasqueó la lengua–. Qué pena.

Angelo miró por encima del hombro de su tía, hacia el interior de Sorella. Atlanta estaba sentada de espaldas a él, en una mesa en medio del restaurante. El pulso se le aceleró al ver su melena rubia.

–Entraré –le dijo a su tía–, pero pagaré mi cena.

–Te pareces mucho a tu padre –comentó su tía, dejando de sonreír y encogiéndose de hombros–. Como quieras.

Angelo se acercó adonde estaba Atlanta.

–Qué gracia, encontrarte aquí.

Ella levantó la vista, sorprendida.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Lo mismo que tú, cenar temprano –le dijo Angelo, sentándose enfrente de ella.

–¿Qué tal con Luca? –le preguntó Atlanta en voz baja.

–Todavía no lo he visto.

–Has tenido todo el día.

–Lo sé.

Pero todavía no estaba preparado.

Angelo pidió la comida y poco después llegó el camarero con una botella de vino y los entrantes.

–Tengo curiosidad –comentó Atlanta–. Cuando te ha llamado tu hermano esta mañana, ¿qué te ha dicho de mí?

Angelo dejó de beber, lo que a Atlanta le pareció que era mala señal.

–¿Qué te hace pensar que hemos hablado de ti?

Ella lo retó con la mirada.

–¿No lo habéis hecho?

–Tal vez un poco. Ha leído lo que dicen las revistas de nosotros.

–Vaya. Dime que le has dicho la verdad.

–Por supuesto, le he dicho que todo eso son mentiras –Angelo alargó la mano y tomó la de ella–. Le vas a caer muy bien.

Mientras se terminaba su plato de pasta, Angelo reflexionó acerca de lo que acababa de decir. Nunca le había presentado a su hermano a ninguna mujer, pero no podía negar que deseaba presentarle a Atlanta porque quería que la conociese de verdad.

–Estás frunciendo el ceño –le dijo ella en voz baja.

–Se trata de Luca –dijo, evadiendo el tema–. No me gusta estar en desacuerdo con mi hermano.

Era verdad, aunque no toda la verdad. Y Atlanta se dio cuenta.

–Pero no es el único motivo por el que estás así. De hecho, si has venido a Italia, no ha sido sólo por Alex.

–Estoy buscando respuestas –admitió él.

A pesar de su relación con Alex, Angelo nunca había comprendido la importancia que tenía la familia. Estaba empezando a hacerlo. Gracias a la familia, se creaban vínculos, no sólo entre personas, sino también entre el pasado y el presente. Isabella y sus primas estaban intentando poner fin a un distanciamiento que venía de lejos. La familia era también una promesa de futuro. Vínculos, se dijo de nuevo, pensando en Alex y en Allie y su hija Cherry.

–¿Cuál es mi herencia? –preguntó, casi para sí.

Hasta entonces, había pensado que sería inmortal gracias al béisbol, pero ya no le parecía suficiente.

–Tu herencia es lo que tú quieras que sea –le respondió Atlanta, como si supiese muy bien de lo que hablaba.

Angelo se sintió bien y sintió miedo al mismo tiempo. ¿Y si se enamoraba de Atlanta y ésta lo dejaba también? La miró fijamente; ella estaba sonriendo con aire vacilante.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Sí –mintió él, sintiéndose inundado por un cúmulo de emociones.

–No lo estás, pero lo comprendo.

–¿De verdad? –preguntó Angelo, tragando saliva, sin importarle parecer vulnerable.

–Ve a ver a Luca. Ha llegado el momento, Angelo.

Podía haberse sentido aliviado al ver que Atlanta había malinterpretado sus pensamientos, pero no fue así.

–No hemos terminado de cenar.

–Pediré que me pongan lo que queda de tu cena para llevar y te la terminarás en mi casa.

«Y acabaremos también esta conversación», decidió él.

–Vale, pero pago yo.

Cuando Angelo fue a pagar, le dijeron que ya estaba pagado. Maldijo a su tía. Miró a su alrededor para ponerla en su sitio. Pagaría. No estaba seguro de por qué era tan importante, pero lo

era.

–Lo ha invitado el señor Casali –dijo la camarera, para su sorpresa–. Ha estado aquí hace unos minutos.

A Angelo le habría molestado que su tía lo invitase, pero que lo hiciese su padre, lo enfureció. La ira que tenía guardada desde hacía varias décadas, salió a la superficie. En la puerta de al lado, Rosa estaba lleno de clientes. A Angelo volvió a sorprenderle que el ambiente fuese tan distinto al de Sorella, mucho menos formal, más… hogareño. La idea lo calentó todavía más.

Avanzó entre las mesas y fue directo a la cocina. Entró empujando con fuerza las puertas y vio que el chef, vestido de blanco, se giraba y le hablaba en tono duro en italiano.

–Estoy buscando a Luca Casali –anunció Angelo.

El otro hombre se calmó.

–¿Eres… Angelo?

–Sí.

El chef le sonrió.

–Soy Lorenzo. Lorenzo Nesta. El chef de Rosa y el prometido de tu prima Scarlett. Más vínculos.

–¿Puedes decirme dónde puedo encontrar a Luca?

–Está con Scarlett en el despacho –le dijo Lorenzo, señalando unas puertas–, pero llama antes de entrar –añadió, haciendo una mueca.

Angelo no tenía intención de seguir su consejo. Luca había entrado en su vida sin que nadie lo invitase. Así que, al llegar a la puerta del despacho, giró el pomo y abrió con fuerza. La puerta volvió a cerrarse y le golpeó el brazo lesionado, enfadándolo todavía más.

–¡Angelo! –exclamó su padre, sorprendido, lo mismo que la joven que había detrás del escritorio.

–He venido a devolverte tu dinero –espetó él.

–*Scusi?* –preguntó Luca confundido.

–No tenías que invitarnos a cenar a Atlanta y a mí.

–No tenía que hacerlo, pero deseaba hacerlo. Ya te lo dije el otro día.

–Bueno, pues yo no quiero que lo hagas. No quiero nada tuyo. ¡Nada! –le dijo, sacándose un puñado de billetes del bolsillo y dándoselos a su padre.

–¿Te das cuenta de lo insultante que es lo que has hecho? –le preguntó Scarlett, que se había puesto en pie y estaba rodeando el escritorio. Su pelo oscuro y sus ojos de color chocolate hacían evidente su origen italiano, pero su acento era australiano.

–¿Acaso se ha dado cuenta él? –replicó Angelo.

–No puedo creer que tengas tanta cara…

–No pasa nada, Scarlett –intervino Luca, levantando una mano–. Angelo tiene derecho a estar enfadado.

–¿Y también tiene derecho a ser tan desagradecido y grosero? –preguntó ella.

–No –respondió Angelo, empezando a calmarse. Entendía la reacción de su prima. Estaba siendo grosero. Y también parecía un desagradecido–. Al menos debía haber llamado, pero estaba fuera de mí. El cocinero…

–Chef –lo corrigió Scarlett en tono ácido.

–Lorenzo, sí. Nos hemos conocido en la cocina. Tengo entendido que es tu prometido.

La expresión de su prima se suavizó un poco, así que Angelo continuó:

–Lorenzo me ha aconsejado que llamase antes de entrar, pero yo estaba que me salía humo por las orejas.

–¿Por qué? Tu padre deseaba darte la bienvenida invitándote a cenar en el restaurante de mi madre. No entiendo por qué te sientes ofendido.

–Tiene motivos –intervino Luca de nuevo.

–No, tío, no lo entiende…

Luca tomó la mano de su sobrina y le dio un beso.

–¿Puedes dejarnos a solas un momento, *per favore*?

Scarlett dudó, pero al final, asintió.

–Te he visto con Atlanta por la ventana. No pretendía ofenderte al pagar la cena –empezó Luca cuando se quedaron solos–. Pretendía que fuese un gesto de buena fe.

Angelo tragó saliva y se tragó con ella parte de su orgullo. Atlanta le había dicho que era el momento de avanzar.

–Gracias.

Luca sonrió.

–De nada. ¿Has cenado bien?

–Sí.

–Sobre todo, por la compañía, imagino. Es una mujer muy guapa.

–Es mucho más que una mujer guapa.

–Lo mismo me pasó a mí con mi Violetta –comentó Luca sin pensarlo.

–¿Y por mi madre? ¿Qué sentiste por ella?

Luca se quedó pensativo.

–Tu madre era encantadora. Tenía una risa muy contagiosa y le encantaba la aventura.

–Era la alegría de la fiesta, ya lo sé. ¿La quisiste?

–Todo ocurrió muy deprisa.

–¿La quisiste? –insistió Angelo.

–Pensé que la quería. Era una mujer increíble, pero la vida aquí no era como ella esperaba. Cuando decidió volverse a Estados Unidos, ambos sabíamos que no estábamos hechos el uno para el otro.

–Y nos dejó a Alex y a mí aquí contigo.

–Ella tenía una carrera muy absorbente y vivía en una gran ciudad. Ambos pensamos que sería lo mejor para vosotros.

–Pero no duramos mucho.

Luca cerró los ojos mientras suspiraba.

–De todos los errores que he cometido en mi vida, enviaros con Cindy es el que más lamento.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

–Tenía un puesto de carretera –empezó Luca–. Y poco dinero. No tenía medios para manteneros, no podía ocuparme de vosotros.

No era la primera vez que Angelo oía aquella explicación, pero seguía sin entenderlo.

–Así que nos mandaste a Boston, a pesar de que habías decidido con Cindy que nos quedásemos aquí.

–Quería que tuvieseis un hogar estable.

–Cindy era alcohólica. Estoy seguro de que el estrés de tener que criarnos ella sola tampoco la ayudó.

–Yo… Angelo no esperó a que su padre terminase de hablar.

–Muchas noches, ni siquiera volvía a casa. O perdía el conocimiento y se caía al suelo, ni siquiera le daba tiempo a llegar a la cama. ¿Es ése el hogar estable que tenías en mente?

Luca negó con la cabeza. Parecía muy triste, pero Angelo decidió

contarle otro de sus amargos recuerdos.

–En una ocasión, Alex y yo comimos de un contenedor de basura. Fue justo después de que nos escapásemos de la primera casa de acogida, que no nos gustaba.

–Alessandro me contó que el padre no era una buena persona.

–¿Que no era bueno? –dijo Angelo, riendo con amargura–. Nos molía a palos por cualquier motivo. Eso, cuando nos pillaba. Por suerte, tanto Alex como yo éramos muy rápidos.

–Lo siento mucho –le dijo Luca.

–Sí, yo también lo siento. Tanto, que he dejado que Alex y Atlanta me convenzan para venir a hablar contigo.

–Tu hermano decidió perdonarme.

–Sí, pero, por mucho que nos parezcamos físicamente, Alex y yo somos muy distintos.

–Sí, ya lo veo. Sé que te ganas la vida como jugador profesional de béisbol. Alessandro me contó que eras muy bueno en ese juego.

–Es más que un juego. Es el principal entretenimiento en Estados Unidos, como aquí el fútbol.

–Y tú eres muy bueno –repitió su padre, sonriendo.

Angelo resopló. El chico perdido que había en él no pudo evitar jactarse de ello:

–Soy mejor que bueno. Soy uno de los mejores. He ganado tres mundiales y en más de una ocasión he sido elegido como mejor jugador. Algún día estaré en el Salón de la Fama del Béisbol. Mientras tanto, los Rogues me pagan millones de dólares todas las temporadas, y gano todavía más haciendo todo tipo de publicidad, desde de cereales para el desayuno, hasta automóviles de lujo.

–Has llegado muy lejos tú solo –admitió Luca–. Y yo me alegro y estoy muy orgulloso de ti.

Aquellas palabras enternecieron a Angelo. Llevaba toda la vida esperando que su padre se las dijese, y fue eso precisamente lo que volvió a enfurecerlo. Era demasiado tarde.

–Vete al infierno, Luca.

Atlanta estaba esperándolo fuera, en el patio que compartían ambos restaurantes. Estaba lleno de gente. Había música y todo el mundo charlaba o reía. Al verla, Angelo abrió la boca para hablar, pero no pudo hacerlo. Ella avanzó y lo abrazó. Resultó que no hacía

falta que hablasen. Angelo enterró el rostro en su pelo y, por primera vez desde que era niño, lloró.

# Capítulo 12

Atlanta abrió el correo electrónico y vio que tenía un mensaje de su estilista cuyo asunto era: *¡Urgente!* Lo abrió y, un segundo después, deseó no haberlo hecho.

*Siéntate antes de hacer clic en este link. Lo siento mucho, cariño*.

Atlanta se sentó y se quedó de piedra al leer el titular de la historia:

*«Mi hija sedujo a mi marido». La madre de Atlanta Jackson nos cuenta el lado más oscuro de la actriz*.

–Dios mío –gimió, al ver la fotografía, en la que aparecía ella con Duke.

Él tenía la mano en su espalda y ella estaba sonriendo porque su madre le había pedido que lo hiciese antes de tomar la fotografía.

–Dios mío –repitió.

Su primer instinto fue hacerse un ovillo en el suelo, pero el segundo fue el que siguió: se puso en pie con los hombros muy rectos y se dijo que era hora de luchar.

Angelo llegó a casa de Atlanta y vio sus maletas en la entrada.

–¿Qué pasa?

–Angelo. Gracias a Dios. He estado intentando localizarte.

–Tenía el teléfono apagado. ¿Qué ocurre?

–Tengo que marcharme.

–Ya veo –dijo él, sintiendo un cúmulo de emociones, pero, sobre todo, una que conocía muy bien. Ya sabía lo que era que alguien en quien confiaba lo abandonase.

Alguien a quien quería.

–Tengo que dar una conferencia de prensa en Los Ángeles mañana por la tarde –le contó ella–. No pienso seguir huyendo ni permitir que se siga mintiendo acerca de mi persona.

Angelo pensó que tenía sentido. Y se sintió orgulloso de ella, a pesar de no poder evitar seguir sintiéndose abandonado. Así que le preguntó:

–¿Por qué ahora? ¿Qué han dicho de ti en esta ocasión?

–Al parecer, Zeke se ha puesto en contacto con mi madre. O tal vez haya sido ella la que lo haya buscado –Atlanta se frotó los ojos–. No lo sé. En realidad, me da igual. El caso es que me acusan de haber seducido a mi padrastro.

–No puedo creer que te acuse de haberte acostado con ese tipo.

–Fue lo que hice –confesó ella.

–Atlanta…

Angelo alargó la mano para tocarla, pero ella se encogió.

–Duke vino a mi cama muchas noches, desde que cumplí los once años, hasta que pude ahorrar el dinero suficiente para marcharme.

Aquello era precisamente lo que Angelo se había temido.

–Antes incluso, había empezado a tocarme de forma inapropiada –Atlanta cerró los ojos–. ¿Cómo no iba a saber mi madre lo que hacía? Lo sabía, maldita sea. Y ahora finge que la culpable era yo.

–No sé qué decir –admitió Angelo.

–No tienes que decir nada –le respondió Atlanta, utilizando una de sus sonrisas de Hollywood.

Él pensó que lo había estropeado todo. Lo que Atlanta necesitaba era su apoyo. Antes de que le diese tiempo a reparar el error, un coche se detuvo delante de la casa y tocó el claxon.

–El marido de Franca va a llevarme al aeropuerto. Cuanto antes me enfrente a esto, mejor. No voy a seguir huyendo. Me da igual mi carrera. Lo que quiero es poder mirarme al espejo y saber que hice todo lo que pude por hacer las cosas bien.

A pesar de las duras palabras, una lágrima corrió por su rostro.

–Atlanta –le dijo él, limpiándole la lágrima.

–Siento no poder estar aquí mañana por la noche, para conocer a tu familia.

–Yo también lo siento.

–Te voy a decir lo mismo que tu hermano, que mantengas la mente abierta. La familia, la de verdad, es un regalo. No lo dejes escapar.

–Te ayudaré con las maletas –contestó él.

–No. Tienes mal el hombro. El marido de Franca lo hará.

Abrió la puerta y le hizo un gesto al hombre para que fuese a ayudarla. Después, todo ocurrió muy rápido. Metieron las maletas en el maletero y Atlanta y Angelo se quedaron al lado del coche.

–Buen viaje.

–Gracias.

–Te llamaré.

–Por favor. Me encantará… tener noticias tuyas.

Angelo le dio un beso en los labios.

Luego, se quedó allí parado hasta después de que el coche hubiese desaparecido de su vista. No se sentía solo, sino vacío. Acaba de darse cuenta de que Atlanta no era sólo una parte de su vida. Ella era su vida.

–No puedo ir a la fiesta.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Isabella a su hermano.

–Ha ocurrido algo. Me marcho esta noche a Los Ángeles. Atlanta me necesita.

–¿Está bien?

–No, pero lo estará –sonrió–. Los dos vamos a estar bien.

–Te llevaré al aeropuerto.

–¿De verdad? –preguntó él, sorprendido–. Te acabo de decir que no voy a ir a la fiesta que has preparado por estar con una mujer a la que no conoces.

–Tú sí que la conoces –le respondió Isabella–. Y la quieres.

–No… –negó Angelo, pero se dio cuenta de que era mentira. Amaba a Atlanta Jackson. Y, sobre todo, quería a la mujer que en el pasado había sido Jane Marie Lutz–. Sí.

Isabella sonrió más.

–Entonces, ella también es de la familia –afirmó.

Angelo se dio por fin cuenta de lo que significaba aquella palabra. Familia.

–Haré todo lo que esté en mi mano para que lo sea –le prometió

Atlanta paseó nerviosa por la habitación. Todo el mundo iba a enterarse de que su padrastro había abusado de ella, y de que Zeke la había manipulado. Pero sólo le preocupaba la reacción de Angelo.

–Ya estamos preparados, señorita Jackson.

Ella sonrió al joven que acababa de hablarle y salió por la puerta con decisión, pero se quedó de piedra al ver a Angelo de pie delante de los micrófonos.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó.

–Estar. Lo mismo que has hecho tú por mí.

–Angelo, no hace falta…

–Te equivocas –la interrumpió–. No podría estar en ningún otro lugar. Eres demasiado importante para mí.

Los periodistas allí reunidos los oyeron murmurar.

–Eh, Angelo. ¿Qué hay entre ustedes? –gritó alguien.

–Se trata de la conferencia de prensa de la señorita Jackson. Yo sólo estoy aquí para apoyarla. Háganle las preguntas a ella, por favor.

Los periodistas realizaron las preguntas relativas a la relación de Atlanta con su padrastro. Angelo se mantuvo a su lado, orgulloso de su valor, mientras ella confesaba cuál había sido la dura realidad.

Cuando hubo terminado, un periodista le preguntó:

–¿Qué opina de todo esto, señor Casali?

–Estoy orgulloso de ella –contestó él–. No fue más que una víctima, una niña indefensa, pero ya no es una niña, ni una víctima.

–¿Y qué hay entre ustedes dos?

–Lo cierto es que Atlanta no me ha seducido, como han dicho algunas revistas, pero me he enamorado de ella.

Atlanta se quedó boquiabierta, mirándolo.

–¿Angelo?

–Pensaba que no era capaz de enamorarme, pero tú me has demostrado lo contrario, Atlanta. Te quiero. Y espero que tú también me quieras a mí, porque, si no, estoy haciendo bastante el ridículo.

Ella se lanzó a sus brazos.

–Te quiero –le dijo.

–¿Y qué va a ser de sus carreras? –quiso saber otro periodista–. Dicen que están los dos acabados.

–Yo no estoy acabado, voy a retirarme –contestó Angelo–. Mi carrera en los Rogues ha sido increíble y se siento muy agradecido con el equipo, pero creo que ha llegado el momento de pasar página.

–Hay informes que dicen que su hombro…

–Voy a tener que operarme –contestó él sin más. Atlanta le había enseñado a afrontar los problemas–. No podré volver a jugar al mismo nivel. Es el momento de brindar una oportunidad a jugadores más jóvenes.

–¿Y la señorita Jackson? ¿Cómo va a encajar en sus planes?

–No va a encajar en mis planes –replicó Angelo–. Es el centro de ellos. Si acepta, me casaré con ella y formaremos una familia juntos.

–Señorita Jackson, ¿qué va a responder a la propuesta del señor Casali? –preguntó de nuevo el periodista, sonriendo.

–Sólo puedo responder una cosa.

Pero los periodistas no la oyeron decir que sí, ya que lo hizo en un susurro, mientras besaba a Angelo en los labios.

# Epílogo

La fiesta con la familia de Angelo se aplazó. Isabella se había encargado de todos los detalles. Angelo pensó que se sentiría incómodo y que desearía marcharse temprano, pero no fue así. Con Atlanta a su lado, conoció a todos los Casali y Firenzi y se enfrentó a un pasado que, durante tanto tiempo, lo había atormentado.

–Me alegro de que estéis aquí –le dijo Luca casi al final de la velada.

Se habían saludado al llegar y, después, su padre se había mantenido un poco al margen de todo. En esos momentos en que la fiesta llegaba a su fin, Luca había vuelto a acercarse a él.

–Yo también me alegro.

–Sé que no me has perdonado, pero…

–El pasado, pasado está –lo interrumpió Angelo–. Ahora estoy concentrándome en el futuro.

–Gracias.

–Dáselas a Atlanta. Me lo ha enseñado ella –su expresión se suavizó–. Hiciste lo que tenías que hacer en esos momentos.

–Vamos a brindar –anunció Isabella.

Empezó brindando por Cristiano, que pronto saldría del hospital y que iba a recibir una medalla al valor.

Todos los presentes levantaron sus copas.

Luego, Isabella miró a Angelo y sonrió.

–Por la familia –añadió.

Él le devolvió la sonrisa antes de vaciar la copa. Con Atlanta a su lado y con todos los fantasmas del pasado bien enterrados, por fin entendía lo que quería decir realmente aquella palabra.

–Me alegro de que hayáis venido –les dijo Isabella a Atlanta y a él un poco después.

–Nosotros también.

–¿Volveréis para celebrar con nosotros la fusión y reapertura de los dos restaurantes?

Angelo abrazó a Atlanta y se sintió completamente en paz.

–Volveremos –le dijo a su hermana.